



La Bella y la Bestia

Gabrielle de Villeneuve

Traducción, prólogo y notas de Miguel Ángel

Frontán y Carlos Cámara

Lectulandia

Ningún cuento de hadas es, quizás, más conocido que *La Bella y la Bestia*. La literatura y el cine se han encargado de difundir universalmente las terribles y encantadoras aventuras de una joven virtuosa que debe sacrificarse por su padre, entregándose a un monstruo, para descubrir feliz e inevitablemente que su horrible prometido es el más hermoso de los príncipes. Pero nadie más desconocido, sin duda, que la auténtica autora de la historia, Gabrielle de Villeneuve (1685-1755), que cayó injustamente en el olvido luego de que una hábil narradora concentrase su novela en las dimensiones de un simple cuento infantil.

La historia de la literatura abunda en injusticias semejantes, de las que con gran frecuencia fueron víctimas las mujeres; es paradójico que, en este caso, el cono de sombra en el que entró durante más de dos siglos Gabrielle de Villeneuve se haya debido a la luz que la posteridad prefirió proyectar sobre otra mujer, Jeanne-Marie Leprince de Beaumont. Mayor aún es esta injusticia si consideramos las enormes diferencias que existen entre las complejidades narrativas de la novela original y el carácter lineal del cuento, que redujo la historia a su esquema más simple. La novela de Gabrielle de Villeneuve tuvo que esperar a 1875 para ser traducida al inglés; la presente traducción, primera al español, pretende devolverle a la obra su lugar en la historia de la literatura. Esta edición incluye en apéndice la posterior versión de Leprince de Beaumont, así como dos de las principales fuentes del relato: la *Fábula de Cupido y Psiquis*, de Apuleyo, y el cuento *El Rey Cerdo*, de Straparola da Caravaggio.

Lectulandia

Gabrielle-Suzanne de Villeneuve

La Bella y la Bestia

ePub r1.1

MaskDeMasque 01.05.15

Título original: *La Belle et la Bête*

Gabrielle-Suzanne de Villeneuve, 1740

Traducción: Miguel Ángel Frontán y Carlos Cámara

Apéndices: Lucio Apuleyo, Giovanni Francesco Straparola y Jeanne-Marie Leprince de Beaumont

Ilustraciones: Walter Crane

Editor digital: MaskDeMasque

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Ningún cuento de hadas es, quizás, más conocido que La Bella y la Bestia. La literatura, el teatro, las historietas, el cine, la misma ópera, se han encargado de difundir universalmente las terribles y encantadoras aventuras de una joven virtuosa que acepta sacrificarse por su padre entregándose a un monstruo, para acabar descubriendo, feliz e inevitablemente, que su horrible prometido es el más hermoso de los príncipes. Pero nadie más desconocido, sin duda, que Gabrielle de Villeneuve, autora de la versión original de una historia que, como el desdichado enamorado, estaría llamada a continuar sus propias metamorfosis, una de las cuales tendría como consecuencia la de hacer caer injustamente en el olvido a su creadora luego de que Jeanne-Marie Leprince de Beaumont concentrase su novela en las dimensiones de un simple cuento infantil, que publicó apenas un año después de la muerte de la autora del relato original.

La historia de la literatura abunda en injusticias semejantes, de las que con gran frecuencia fueron víctimas las mujeres; es paradójico que, en este caso, el prolongado eclipse en el que entró Gabrielle de Villeneuve se haya debido a la luz que la posteridad prefirió proyectar sobre otra mujer. Mayor aún es esta injusticia si consideramos las enormes diferencias que existen entre las complejidades narrativas de la novela original y el carácter lineal del cuento, que redujo la historia a su esquema más simple (y sentimental y edificante). El cuento se acaba, escuetamente, en el momento en que la Bestia recupera su forma humana y se une a la Bella para hacer real la promesa de una dicha interminable; en la novela, este acontecimiento da inicio a una larga continuación retrospectiva del relato, en la que, como en un juego de cajas chinas, se nos explican las circunstancias que anteceden a la historia que se acaba de contar y la explican. El carácter de los protagonistas se nos muestra con mayor sutileza y detalle; la heroína, en particular, se destaca por su sangre fría y el sentido común que demuestra en los momentos más terribles. Cierta crudeza de expresión de la que, a fin de cuentas, era una historia de hadas para adultos, quedó naturalmente eliminada en la versión de Leprince de Beaumont, dirigida a los niños. La historia de Gabrielle de Villeneuve tiene, además, una riqueza de invención mucho mayor; señalemos, como detalle más sorprendente, la escena en que la autora, en pleno siglo XVIII, prevé la televisión (¡y no sólo eso, sino hasta las actualidades transmitidas en directo!). En el cuento de Leprince de Beaumont no se nos dice cuál es el aspecto del monstruo; en el relato de Gabrielle de Villeneuve lo percibimos por algunos detalles: tiene trompa de elefante, escamas, su voz ronca y sus aullidos infunden terror, es muy grande y pesado (curiosamente, en la célebre película que Jean Cocteau filmaría en 1946, la Bestia tiene un aspecto leonino; seguramente porque un felino tiene más *sex-appeal* que un paquidermo...). Pese a todo, el relato original se las ingenió a su manera, a lo largo de los años, para hacer solapadas señas

que indicasen su presencia; las manos que sostienen candelabros en la película de Cocteau, por ejemplo, provienen de él, y las ilustraciones de Walter Crane y Edmund Evans que ilustran cierta bella edición inglesa del cuento de Leprince de Beaumont hecha en 1875 (una de las cuales es posible ver en la cubierta de este libro), están evidentemente inspiradas en los episodios de la novela, así como en el cuento del italiano Giovanni Francesco Straparola que fue una de sus fuentes más cercanas. A la autora, en cambio, le tocó esperar mucho más para sustraerse a la invisibilidad.

Para no correr el peligro que acecha a todo autor de prólogos: el de abusar de la palabra por el hecho de ser el primero en usarla, nos atendremos a la recomendación que la propia autora hace en la *Advertencia* con que introduce su relato y abreviaremos nuestra intervención, poniéndole aquí mismo punto final, para dejarle al lector el placer de descubrir, sin dilaciones, uno de los más sorprendentes y perfectos cuentos de hadas de la literatura francesa.

Miguel Ángel Frontán
Carlos Cámara

NOTA EDITORIAL

La Bella y la Bestia de Gabrielle de Villeneuve tuvo que esperar a 1858 para ser traducida al inglés; la presente traducción es la primera al español. Apareció anónimamente en francés en 1740, en el volumen *La Jeune Américaine et les contes marins*; era el primero de cinco relatos anunciados, de los que su autora sólo publicaría dos (un tercero se encontró después de su muerte). Nuestra edición se basa en el texto de la novela incluido en *Le Cabinet des fees*, colección de cuentos de hadas publicada en Ámsterdam de 1785 a 1789; *La Bella y la Bestia* apareció en el tomo xxvi, de 1786. Incluimos además en apéndice la versión posterior de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, así como dos de las principales fuentes del relato: la *Fábula de Cupido y Psiquis*, de Apuleyo (en la célebre traducción renacentista de Diego López de Cortegana), y el cuento *El Rey Cerdo*, de Giovanni Francesco Straparola da Caravaggio que forma parte de su libro de relatos *Le piacevoli notti*, de 1550.

LA BELLA Y LA BESTIA

ADVERTENCIA

De todos los libros, los que más tendrían que ahorrarle al público el trabajo de tener que leer un prefacio, y al autor el de escribirlo, son sin duda las novelas, ya que la mayoría están dictadas por la vanidad al mismo tiempo que se mendiga la limosna de una vergonzosa indulgencia; pero mi sexo ha tenido siempre privilegios particulares, con lo que dejo en claro que soy mujer, y deseo que esto no sea demasiado visible debido a la extensión de un libro compuesto con más rapidez que precisión. Es una vergüenza confesar de este modo las propias faltas, creo que hubiera sido preferible no publicarlas. Pero ¿cómo suprimir el deseo de hacerse imprimir? Y, por otra parte, quien quiera leer, que lea: eso es más asunto del lector que mío. Así es que, lejos de presentarle unas muy humildes disculpas, lo amenazo con seis cuentos al menos tan extenso como éste, cuyo éxito, grande o pequeño, es lo único capaz de inducirme a hacerlos públicos o a dejarlos en un cajón mi escritorio^[1].

En un país muy alejado de éste se puede ver una gran ciudad en la que el comercio floreciente es la base de la abundancia. Esta ciudad contó entre sus ciudadanos a un comerciante afortunado en sus empresas y sobre el cual el destino, complaciente con sus deseos, volcó siempre sus mejores favores. Pero si bien tenía riquezas inmensas, también tenía muchos hijos. Su familia estaba compuesta por seis varones y seis mujeres. Todos seguían viviendo con él. Los varones eran demasiado jóvenes para pensar en independizarse. Las mujeres, demasiado orgullosas de los grandes bienes que esperaban poseer algún día, no podían decidirse fácilmente acerca de la elección que debían realizar.

Su vanidad se sentía halagada por las galanterías de los jóvenes más brillantes. Pero un revés de la fortuna, que ellas no se esperaban, trastornó la serenidad de sus vidas. Su casa se incendió. Los muebles magníficos que la colmaban, los libros de cuentas, los billetes, el oro, la plata y todas las mercaderías valiosas que constituían el conjunto de los bienes del comerciante se perdieron en aquel funesto incendio, que fue tan violento que sólo se salvaron muy pocas cosas.

Esa primera desgracia fue sólo el preanuncio de las demás. El padre, que hasta entonces había prosperado en todo, perdió a un tiempo, ya fuese por causa de naufragios o debido a los corsarios, todos los navíos que tenía en el mar. Sus socios se declararon insolventes; sus representantes en países extranjeros le fueron infieles; por último, cayó de pronto de la más alta opulencia en una horrenda pobreza.

Lo único que le quedó fue una pequeña casa en el campo situada en un lugar desierto, a más de cien leguas de la ciudad, en la que solía pasar largos períodos. Obligado a hallar refugio lejos del tumulto y del ruido, fue allí adonde condujo a su familia desesperada por una conmoción semejante. Las hijas, sobre todo, de ese desdichado padre, no podían encarar sino con horror la vida que iban a llevar en aquella triste soledad. Durante algún tiempo se habían ilusionado con la idea de que, una vez conocido el proyecto del padre, los enamorados que las habían cortejado se sentirían más que felices de ver que se volvían menos esquivas.

Se imaginaban que todos rivalizarían en reclamar el honor de obtener la preferencia. Incluso pensaban que no tenían más que quererlo para encontrar marido. No se mantuvieron mucho tiempo en tan dulce error. Habían perdido el más bello de sus encantos, al ver desaparecer como un relámpago la brillante fortuna del padre, y

la época en que podían elegir y ser elegidas había pasado para ellas. La afanosa multitud de adoradores desapareció en cuanto cayeron en desgracia. La fuerza de sus encantos no pudo retener a ninguno de ellos.

Los amigos no fueron más generosos que los enamorados. En cuanto se hallaron en la miseria, todos, sin excepción, dejaron de conocerlas. Incluso llevaron la crueldad hasta el punto de achacarles el desastre que acababa de ocurrirles. Aquéllos con los que el padre había tenido más atenciones fueron los primeros en calumniarlo. Dijeron que él mismo había provocado sus infortunios con su mala conducta, sus prodigalidades y los gastos alocados que había hecho y dejado hacer a sus hijos.

Así fue como aquella familia desolada no pudo tomar otra decisión que la de abandonar una ciudad en la que todos se complacían en insultar su desgracia. Carentes de todo recurso, se encerraron en su casa de campo, situada en medio de un bosque casi impenetrable y que bien hubiera podido ser considerado la morada más triste de la tierra. ¡Cuántas aflicciones se vieron obligadas a soportar en aquella horrorosa soledad! Tuvieron que decidirse a trabajar en las tareas más penosas. Como su condición no les permitía tener a alguien que los sirviese, los hijos de aquel desdichado comerciante se repartieron entre ellos las ocupaciones y los trabajos domésticos. Todos, rivalizando uno con otro, se ocuparon de las tareas que el campo impone a quienes quieren obtener de él su subsistencia.

A las muchachas, por su lado, no les faltó trabajo. Como campesinas, se vieron en la obligación de emplear sus manos delicadas para todas las tareas de la vida campestre. Vestidas con ropa de lana, carentes ahora de todo lo que hubiera podido satisfacer su vanidad, sin otra cosa para vivir que lo que el campo puede brindar, reducidas a lo estrictamente necesario, pero sin perder el gusto por el refinamiento y la delicadeza, aquellas muchachas echaban de menos sin cesar la ciudad y sus encantos. El recuerdo mismo de sus primeros años, que habían pasado rápidamente en medio de risas y de juegos, constituía su mayor suplicio.

Sin embargo, la menor de ellas mostró, en la desdicha compartida, más constancia y resolución. Se la vio, con una firmeza muy superior a la de su edad, resignarse generosamente a su situación. No porque no hubiese dado, al principio, muestras de una verdadera tristeza. ¿Quién no sería sensible a semejantes desgracias? Pero después de haber deplorado los infortunios de su padre, ¿qué cosa mejor podía hacer sino recobrar su carácter alegre, abrazar voluntariamente el estado de soledad en el que se encontraba, y olvidarse de un mundo cuya ingratitud había sufrido junto con su familia y con cuya amistad estaba tan convencida de que no podía contar en la adversidad?

Dedicada a consolar a su padre y a sus hermanos con la dulzura de su carácter y la alegría de su ánimo, ¿qué no imaginaba para distraerlos agradablemente? El comerciante no había escatimado esfuerzos para educarla a ella y a sus hermanas.

En esos tiempos nefastos, sacó de su educación todo el provecho que deseaba. Como tocaba muy bien varios instrumentos, a los que acompañaba con la voz,

invitaba a sus hermanas a seguir su ejemplo, pero su alegría y su paciencia no hicieron más que entristecerlas.

Aquellas muchachas, a las que tan grandes desgracias volvían inconsolables, hallaban en la conducta de su hermana menor una mezquindad de espíritu, una bajeza de alma, e incluso debilidad, evidenciadas por el hecho de vivir alegremente en el estado al que el cielo acababa de reducir las.

—¡Qué feliz es! —Decía la mayor—. Está hecha para las ocupaciones groseras. Con tan bajos sentimientos, ¿qué hubiera podido hacer en la buena sociedad?

Tales discursos eran injustos. Aquella joven hubiera sido más capaz de brillar que cualquiera de ellas.

Una belleza perfecta adornaba su juventud, un buen humor siempre parejo la hacía adorable. Su corazón, tan generoso como compasivo, se dejaba ver en todo. Tan sensible como sus hermanas a los desastres que acababan de abrumar a su familia, debido a una fuerza de ánimo que no es común en su sexo, pudo ocultar su dolor y ponerse por encima de la adversidad. Tanta constancia fue vista como insensibilidad. Pero es muy fácil rebatir un juicio formulado por la envidia.

Las personas lúcidas la conocían tal como era y todo el mundo se había apresurado a preferirla. En medio de su más alto esplendor, si su mérito hizo que se la distinguiese, su hermosura hizo que le dieran por antonomasia el nombre de Bella. Únicamente conocida por este nombre, ¿hacía falta más para acrecentar los celos y el odio de sus hermanas?

Sus encantos y la estima general que se había ganado tendrían que haberle permitido esperar una situación mejor de la que esperaban sus hermanas; pero, afectada tan sólo por las desdichas de su padre, lejos de hacer algún esfuerzo por demorar la partida de una ciudad en la que había tenido tantos placeres, hizo todo lo posible por ponerla cuanto antes en ejecución. Esta joven mostró en la soledad la misma calma que había tenido en el seno de la sociedad. Para aliviar sus penas, en las horas de descanso se adornaba la cabeza con flores, y, como a las pastoras de los primeros tiempos, la vida rústica, haciéndole olvidar lo que más la había halagado en medio de la opulencia, le procuraba todos los días inocentes placeres.

Ya habían transcurrido dos años, y aquella familia comenzaba a acostumbrarse a llevar una vida campestre cuando una esperanza de mejora llegó para perturbar su tranquilidad. El padre recibió el aviso de que uno de sus barcos, que creía perdido, acababa de llegar a buen puerto con una abundante carga. Se le decía también que era de temer que sus agentes, abusando de su ausencia, vendiesen la carga a vil precio y, por medio de ese fraude, sacasen provecho del bien que le pertenecía. Comunicó esta noticia a sus hijos, que no dudaron ni por un instante que tal cosa los pusiese pronto en situación de abandonar el lugar de su exilio. Las hijas, sobre todo, más impacientes que sus hermanos, creyendo que no había por qué esperar confirmación alguna, querían partir de inmediato y abandonarlo todo. Pero el padre, más prudente, les rogó que moderasen sus impulsos. Por muy necesario que le fuese a su familia en

momentos en que no se podían interrumpir los trabajos del campo sin un notable perjuicio, dejó el cuidado de la cosecha a sus hijos y tomó la decisión de emprender sólo un viaje tan largo.

Sus hijas, con excepción de la menor, no tenían ninguna duda de que pronto volverían a su anterior opulencia. Se imaginaban que, aunque la fortuna de su padre no llegase a ser lo bastante considerable para que las llevara de vuelta a la gran ciudad, lugar donde habían nacido, tendría lo bastante como para hacerlas vivir en otra ciudad menos floreciente. Esperaban encontrar allí gente de buen tono, tener pretendientes y sacar provecho de la primera proposición que se les hiciera. Sin ya casi pensar en las penas que habían soportado durante dos años, creyéndose incluso, como por milagro, transportadas ya de una fortuna mediocre al seno de una agradable abundancia, se atrevieron (dado que la soledad no les había hecho perder el gusto por el lujo y la vanidad) a abrumar a su padre con pedidos disparatados. Le encargaron que comprase para ellas joyas, adornos, sombreros. Rivalizaban unas con otras para ver cuál pediría más. Pero el producto de la supuesta fortuna del padre no hubiese podido bastar para satisfacerlas. A la Bella, a quien la ambición no tiranizaba, y que siempre actuaba guiada por la prudencia, le bastó con una mirada para ver que si el padre cumplía con los pedidos de sus hermanas el suyo resultaría totalmente inútil. Pero el padre, sorprendido con su silencio, le dijo, interrumpiendo a sus hijas insaciables:

—Y tú, Bella, ¿no tienes ningún deseo? ¿Qué puedo traerte? ¿Qué deseas? Habla sin temor.

Querido papá —le respondió aquella adorable hija, besándolo cariñosamente—, deseo algo más precioso que todos los adornos que mis hermanas te piden. A eso limito mi deseo, bastante feliz seré con que se cumpla: es la dicha de verte regresar con plena salud.

Esta respuesta, en que tan bien se veía el sello del desinterés, cubrió a las otras de vergüenza y confusión. Tanto se enojaron que una de ellas, respondiendo en nombre de todas, dijo con acritud:

—Esta niña se hace la importante y se imagina que se distinguirá con esa afectación heroica. Sin duda, no hay nada que sea más ridículo.

Pero el padre, enternecido por sus sentimientos, no pudo dejar de mostrar su alegría; conmovido, incluso, por el deseo al que se limitaba su hija, quiso que pidiera algo y, para apaciguar a sus otras hijas, indispuestas con ella, le echó en cara tamaña indiferencia por los adornos, diciéndole que no era cosa apropiada a su edad y que para todo había un tiempo.

—Y bien, querido padre —dijo ella—, ya que me lo ordenas, te suplico que me traigas una rosa. Amo esa flor con pasión; desde que me encuentro en estas soledades, no he tenido la satisfacción de ver tan siquiera una sola.

Aquello era obedecer y, al mismo tiempo, querer que no hiciera ningún gasto por ella.

Llegó el día, sin embargo, en que el anciano tuvo que soltarse de los brazos de su numerosa familia. Lo más rápido que pudo, se dirigió a la gran ciudad a la que lo llamaba la ilusión de una nueva fortuna. No encontró allí las ventajas que podía esperar. Era cierto que su barco había llegado, pero sus socios, que lo daban por muerto, se habían apoderado de él, y toda la carga había sido dispersada. De modo tal que, lejos de entrar en la plena y tranquila posesión de lo que podía pertenecerle, para hacer valer sus derechos tuvo que soportar todas las artimañas imaginables. Pudo superarlas, pero, después de más de seis meses de esfuerzos y gastos, siguió siendo tan pobre como antes. Sus deudores se habían declarado insolventes, y apenas logró recuperar el dinero invertido. Ése fue el fin de aquella riqueza quimérica. Para colmo de males, con el objeto de no precipitar su ruina, se vio obligado a partir en la estación menos propicia y con el tiempo más espantoso. Expuesto en el camino a todas las inclemencias del tiempo, estuvo a punto de morir de cansancio, pero cuando se vio a algunas leguas de su casa, de la que no había creído que tendría que salir para correr en pos de locas esperanzas que la Bella había tenido razón en despreciar, recuperó sus fuerzas.

Tardaría varias horas en atravesar el bosque; aunque ya era tarde, quiso continuar en camino; pero la noche lo sorprendió y, transido de frío y casi sepultado con su caballo bajo la nieve, sin saber, además, adónde dirigir sus pasos, creyó que le había llegado la última hora. No veía ninguna cabaña en el camino, a pesar de que el bosque estuviese lleno de ellas. Un árbol ahuecado por la podredumbre fue lo mejor que encontró, y aun fue una suerte que pudiera guarecerse en él; ese árbol, protegiéndolo del frío, le salvó la vida, y el caballo, no muy lejos de su amo, vio otro hueco en el que, conducido por el instinto, se puso al abrigo.

La noche, en ese estado, le pareció extremadamente larga; además, torturado por el hambre, aterrorizado por los aullidos de las fieras que pasaban sin cesar junto a él, ¿podía estar un instante tranquilo? Sus penas y sus inquietudes no se terminaron con la noche. Apenas tuvo el gusto de ver el amanecer y lo embargó la confusión. Viendo el suelo cubierto completamente de nieve, ¿qué camino podía tomar? Sus ojos no veían ningún sendero; sólo después de una penosa caminata y caídas frecuentes pudo encontrar una especie de camino, por el que anduvo con mayor facilidad.

Avanzando sin saber hacia dónde, el azar condujo sus pasos hasta la alameda de un bellísimo castillo, que la nieve parecía haber respetado. Estaba formada por cuatro hileras de naranjos sumamente altos, cargados de flores y frutos. Se veían allí estatuas colocadas sin orden ni simetría; algunas estaban a la vera del camino, otras entre los árboles; todas eran de una materia desconocida, de tamaño y color humanos, y mostraban diferentes actitudes y vestimentas; la mayoría de ellas representaban guerreros. Al llegar al primer patio, vio también una infinidad de otras estatuas. El frío que sufría no le permitió examinarlas.

Una escalera de ágata con barandilla de oro cincelado fue lo primero que se ofreció a su vista; atravesó varias habitaciones magníficamente amuebladas, un calor

suave que se sentía en ellas lo repuso de sus fatigas. Tenía necesidad de algún alimento, ¿a quién dirigirse? Aquel vasto y magnífico edificio parecía estar habitado tan sólo por estatuas. Reinaba en él un silencio profundo, y, sin embargo, no tenía el aspecto de un viejo palacio que hubiera sido abandonado. Las salas, las habitaciones, las galerías, todo estaba abierto y ningún ser vivo se mostraba en un lugar tan encantador. Cansado de recorrer los aposentos de esa vasta morada, se detuvo en un salón en el que habían encendido un gran fuego. Presumiendo que estaba preparado para alguien que no tardaría en aparecer, se acercó a la chimenea para calentarse. Pero nadie llegó. Mientras esperaba, se sentó en un sofá que estaba cerca del fuego; un dulce sueño le cerró los párpados y lo dejó incapacitado para observar si alguien llegaba de sorpresa.

El cansancio había causado su reposo, el hambre lo interrumpió. Hacía más de veinticuatro horas que lo atormentaba, el ejercicio mismo que acaba de hacer desde que estaba en ese palacio aumentaba aún más sus necesidades. Cuando despertó tuvo la agradable sorpresa de ver, al abrir los ojos, una mesa servida con el mayor refinamiento. Un almuerzo ligero no lo podía contentar, y los platos suntuosamente aderezados lo invitaban a comer de todo.

Su primera preocupación fue la de agradecer en voz alta a quienes lo trataban tan bien; y se decidió, luego, a esperar tranquilamente a que sus huéspedes se dignaran darse a conocer. Así como el cansancio lo había inducido a dormir antes de la comida, el alimento produjo el mismo efecto, e hizo su descanso más largo y apacible, de modo tal que esta segunda vez durmió por lo menos cuatro horas. Al despertarse, en lugar de la primera mesa vio otra de pórvido, en la cual manos bienhechoras habían dispuesto una colación formada por pasteles, frutos secos y vinos licorosos. Nuevamente era para que él se sirviera de todo aquello. De modo tal que, sacando provecho de las amabilidades que se tenían con él, se sirvió todo lo que podía halagar su apetito, su gusto y sus exigencias.

Sin embargo, como no veía a nadie a quien hablar y que le revelara si ese palacio era la morada de un hombre o de un dios, el terror se apoderó de sus sentidos (porque era naturalmente miedoso). Tomó el partido de volver a pasar por todos los aposentos, en los que cubría de bendiciones al genio a quien debía tantos favores y respetuosamente lo instaba a aparecer ante él. Tanto afán resultó inútil. No había rastros de sirvientes, nada sucedió que le permitiera saber si aquel palacio estaba habitado. Reflexionando profundamente en lo que debía hacer, se le ocurrió que, por razones que no podía alcanzar, algún ser superior le obsequiaba esa morada con todas las riquezas que la colmaban.

Le pareció que este pensamiento era una inspiración y, sin tardar, pasando de nuevo revista a todo, tomó posesión de aquellos tesoros. Más aún, dispuso mentalmente la parte que le destinaba a cada uno de sus hijos, y eligió las habitaciones que podían agradarle a cada uno de ellos, felicitándose por la alegría que les causaría un viaje semejante; luego bajó al jardín, en el que, a pesar del rigor del

invierno, vio, como si fuese plena primavera, las flores más exóticas, que exhalaban un perfume encantador. Se respiraba allí un aire suave y templado. Pájaros de todas las especies, mezclando sus cantos al ruido confuso de las fuentes, creaban una encantadora armonía.

El anciano, extasiado con tantas maravillas, decía para sí mismo: «A mis hijas, creo, no les costará acostumbrarse a esta deliciosa morada. No puedo creer que echen de menos la ciudad o que prefieran vivir en ella antes que aquí. Vamos —dijo con un arrebatado de alegría poco común—, partamos ya mismo. Me siento feliz de antemano imaginando lo felices que se sentirán ellas; no retardemos esa dicha».

Al entrar en aquel castillo tan acogedor había tenido cuidado, a pesar de sentirse transido de frío, de desensillar el caballo y guiarlo hasta una caballeriza que había visto en el primer patio. Llevaba a ella un sendero cubierto por una enramada de rosales en flor. Nunca había visto rosas tan bellas. Su fragancia le trajo a la memoria que había prometido llevarle una a la Bella. Cortó una e iba a continuar para hacer seis ramos, pero un ruido terrible le hizo volver la cabeza: su espanto fue grande cuando vio junto a él a un horrible animal que, con gesto furioso, le apoyó en el cuello una especie de trompa parecida a la de un elefante y le dijo con una voz espantosa:

—¿Quién te ha dado libertad para cortar mis rosas? ¿No bastaba que te tolerase en mi palacio con tanta bondad? Lejos de estar agradecido, ¡temerario!, te veo robarme las flores. Tu insolencia no quedará impune.

El hombre, ya muy horrorizado con la presencia inopinada de aquel monstruo, creyó morir de espanto con este discurso y, arrojando rápidamente la rosa fatal, dijo prosternándose en el suelo:

—¡Ah, monseñor, apiádate de mí! No soy desagradecido. Impresionado con tu bondad, no imaginé que tan poca cosa fuese capaz de ofenderte.

El monstruo, muy encolerizado, le respondió:

—¡Cállate, maldito charlatán, no me interesan tus lisonjas ni los títulos que me otorgas! No soy monseñor, soy la Bestia, y tú no evitarás la muerte que mereces.

El comerciante, consternado por una sentencia tan cruel, y creyendo que mostrarse sumiso era lo único que podía salvarlo de la muerte, le dijo, con aire realmente compungido, que la rosa que se había atrevido a arrancar era para una de sus hijas, llamada la Bella. Luego, ya fuese porque esperase retardar el momento fatal o suscitar la compasión de su enemigo, le hizo la crónica de sus desdichas: le contó el motivo de su viaje, sin olvidar el regalito que se había comprometido a hacerle a la Bella, agregando que el objeto al que ésta había limitado sus deseos, mientras que las riquezas de un rey no hubieran bastado para satisfacer los de sus otras hijas, acababa de hacer nacer en él, al presentársele la ocasión, las ganas de contentarla; que había creído que podía hacerlo sin consecuencias y que, por lo demás, le pedía perdón por esa falta involuntaria.

La Bestia permaneció un momento pensativa; luego, retomando la palabra en

tono menos furioso, le habló en estos términos:

—Estoy dispuesto a perdonarte, pero sólo será con la condición de que me des una de tus hijas. Me hace falta alguien para reparar esta falta.

—¡Dios santo! ¿Qué cosa me pides? —replicó el comerciante—. ¿Cómo podría respetar mi palabra? Aunque fuese lo bastante inhumano como para querer salvar mi vida a expensas de la de una de mis hijas, ¿qué pretexto podría usar para hacerla venir aquí?

—No tiene que haber ningún pretexto —lo interrumpió la Bestia—. Quiero que esa hija tuya que conducirás hasta aquí venga voluntariamente; de lo contrario, no quiero saber nada con ella. Fíjate si entre ellas hay alguna lo bastante valiente y que te ame lo bastante como para exponerse con el fin de salvarte la vida. Pareces ser un hombre de bien: dame tu palabra de que regresarás dentro de un mes, si logras que alguna te siga; ella se quedará en este lugar y tú volverás a tu casa. Si no puedes hacerlo, prométeme que volverás sólo después de despedirte de tus hijos para siempre, ya que me pertenecerás. No creas —prosiguió el monstruo haciendo crujir los dientes— que puedes aceptar lo que te propongo sólo para salvarte. Te advierto que, si piensas así, iré a buscarte y te destruiré junto con toda tu estirpe, aunque cien mil hombres se presentasen para defenderte.

El buen hombre, aunque estaba totalmente convencido de que sería inútil poner a prueba el afecto de sus hijas, aceptó sin embargo lo que el monstruo le proponía. Le prometió que estaría de regreso en el momento establecido, para entregarse a su triste destino sin que fuese necesario ir a buscarlo. Después de esta promesa pensó que era dueño de retirarse y despedirse de la Bestia, cuya presencia no podía hacer más que afligirlo. La merced que había obtenido era mínima, pero seguía temiendo que el monstruo la revocase. Le manifestó el deseo que tenía de partir: la Bestia le respondió que sólo partiría al día siguiente.

—Encontrarás —le dijo— un caballo listo en cuanto amanezca. Te llevará en poco tiempo. Adiós, vete a cenar y espera mis órdenes.

Aquel pobre hombre, más muerto que vivo, volvió al salón en el que tan bien había comido. La cena, servida frente a un gran fuego, lo invitaba a sentarse a la mesa. La exquisitez y la suntuosidad de los manjares ya no tenían nada que lo halagase. Abrumado por su desdicha, si no hubiera temido que la Bestia, oculta en alguna parte, lo observase, si hubiera estado seguro de no excitar su cólera con el desprecio de sus favores, no se habría sentado a la mesa. Para evitar un nuevo desastre, hizo, por un momento, tregua con su dolor y, tanto como su corazón afligido podía permitirselo, comió bastante de todos los manjares.

Al terminar la comida, se oyó un gran ruido en el aposento contiguo y él no dudó de que se trataba de su siniestro anfitrión. Como le era imposible evitar su presencia, trató de superar el terror que ese súbito ruido acababa de producirle. La Bestia, que apareció en ese mismo instante, le preguntó bruscamente si había cenado bien. El buen hombre le respondió, en tono modesto y temeroso, que, gracias a sus atenciones,

había comido mucho.

—Prométeme —repuso el monstruo— que te acordarás de la palabra que acabas de darme y que cumplirás con ella como un hombre de honor, trayendo contigo a una de tus hijas.

El anciano, al que no le divertía esta conversación, le juró que cumpliría lo que había prometido y que estaría de regreso al cabo de un mes, solo o con una de sus hijas, en caso de que hubiera una que lo quisiese lo bastante como para seguirlo a pesar de la condiciones que tendría que proponerle.

—Te advierto una vez más —dijo la Bestia— que tengas cuidado en no disimularle el sacrificio que debes exigir de ella ni el peligro que tendrá que correr. Descríbele mi rostro tal cual es. Que sepa lo que va a hacer; sobre todo, que sea firme en sus resoluciones. Ya no tendrá tiempo para reflexionar cuando la hayas traído aquí. No tiene que volverse atrás: tú estarías igualmente perdido sin que ella tuviese la posibilidad de regresar a su casa.

El comerciante, al que semejante discurso anonadaba, le reiteró la promesa de obedecer a todo lo que se le acababa de prescribir. El monstruo, contento con su respuesta, le ordenó que se fuese a acostar y que no se levantara antes de que saliese el sol y sonara una campanilla de oro.

—Desayunarás antes de partir —le dijo también—; y puedes cortar una rosa para la Bella. El caballo que te llevará estará listo en el patio. Confío en que volveré a verte dentro de un mes, por poco que seas hombre de bien. Adiós, si careces de probidad, iré a visitarte.

El buen hombre, por miedo a prolongar una conversación ya demasiado dolorosa para él, le hizo una profunda reverencia a la Bestia, quien le indicó también que no se preocupara por saber cuál era el camino de regreso, ya que, en el momento prefijado, el mismo caballo que montaría al día siguiente por la mañana estaría delante de su puerta y sería suficiente para él y para su hija.

Por pocas ganas de dormir que tuviera el anciano, no se atrevió a desobedecer las órdenes que había recibido. Obligado a acostarse, sólo se levantó cuando el sol comenzó a brillar en su habitación. Desayunó rápidamente y luego bajó al jardín a cortar la rosa que la Bestia le había ordenado que se llevase. ¡Cuántas lágrimas le hizo derramar aquella flor! Pero, por el temor de sufrir nuevas desgracias, se contuvo y fue sin demora a buscar el caballo que le habían prometido, sobre cuya silla encontró un manto abrigado y ligero. Al montarlo se sintió más cómodo que con el suyo. En cuanto el caballo lo sintió sentado sobre él, partió con una rapidez increíble. El comerciante, que en un instante perdió de vista aquel fatal palacio, sintió tanta alegría como placer había sentido el día anterior al divisarlo, con la diferencia de que el alivio que experimentaba al alejarse estaba envenenado por la cruel necesidad de tener que volver.

«¿A qué me he comprometido? —se dijo a sí mismo (mientras el corcel lo llevaba con una prontitud y una ligereza que sólo se conocen en el país de los cuentos)—;

¿acaso no era mejor que fuese víctima, en el acto, de ese monstruo sediento de la sangre de mi familia? Por una promesa que le hice, tan desnaturalizada como indiscreta, me prolongó la vida. ¿Es posible que yo haya pensado en salvar mis días a expensas de los de una de mis hijas? ¿Seré tan bárbaro como para traerla, para ver como es devorada delante de mis ojos?»... Pero de pronto, interrumpiéndose a sí mismo, declaró: «¡Ay, infeliz de mí!, ¿es eso lo que debo temer más? Aun si pudiese acallar en mi corazón la voz de la sangre, ¿dependería de mí cometer un acto tan cobarde? Esa hija mía tiene que conocer su destino y aceptarlo; no me parece probable que quiera sacrificarse por un padre inhumano, y no debo hacerle una proposición semejante porque es injusta. Pero suponiendo que el afecto que todas me tienen indujese a una de ellas a sacrificarse, ¿el solo hecho de ver a la Bestia no acabaría con su coraje? Y yo no me podría quejar. ¡Ah, Bestia demasiado imperiosa —exclamó—, a propósito le has puesto una condición imposible al medio que me ofreces de evitar tu furor y obtener el perdón por una falta tan ligera! Eso es sumar el insulto a la pena; pero —continuó—, no debo pensar tanto: no lo dudo más y prefiero exponerme sin vueltas a tu furia antes que intentar un inútil auxilio que le causa espanto al amor paterno. Retomemos —continuó— el camino de ese funesto palacio, y, desdeñando pagar tan alto rescate por los restos de una vida que sólo podría ser miserable, antes que pase el mes que nos fue otorgado, volvamos para terminar hoy mismo nuestros infelices días».

Dichas estas palabras, quiso dar marcha atrás, pero le fue imposible hacer que el caballo volviese sobre sus pasos. Dejándose llevar a pesar suyo, tomó al menos la decisión de no proponerles nada a sus hijas. Ya veía su casa a lo lejos y, fortaleciéndose cada vez más en su resolución, dijo: «No les hablaré del peligro que me amenaza, así tendré el gusto de besarlas una vez más. Les daré mis últimos consejos; les rogaré que se lleven bien con sus hermanos, a quienes les recomendaré que no las abandonen».

En medio de estas reflexiones llegó a su casa. Su caballo, que había vuelto la noche anterior, había inquietado a la familia. Sus hijos, dispersándose por el bosque, lo habían buscado por todas partes, y sus hijas, en su impaciencia por tener noticias suyas, permanecían en la puerta para pedir informaciones al primero que pasara. Como llegaba montado en un magnífico caballo y estaba envuelto en un suntuoso manto, ¿hubieran podido reconocerlo? Al principio lo tomaron por un hombre que venía de su parte, y la rosa que vieron atada a la empuñadura de la silla acabó de tranquilizarlas.

Cuando aquel padre afligido se encontró más cerca, lo reconocieron. No pensaron en otra cosa que en manifestarle la satisfacción que sentían al verlo regresar con buena salud. Pero la tristeza que trasuntaba su rostro, y sus ojos llenos de lágrimas que en vano se esforzaba por retener, cambiaron la alegría en inquietud. Todos se apresuraron a preguntarle el motivo de su pena. Su única respuesta fue decirle a la Bella, presentándole la rosa fatal:

—Aquí tienes lo que me pediste; lo pagarás caro, tanto como las demás.

—Me lo imaginaba —dijo la mayor—, y hace un momento sostenía que ella sería la única a la que le traerías lo que pidió. Teniendo en cuenta la estación, habrás gastado por lo menos lo que habrías empleado para nosotras cinco juntas. Esa rosa, como bien puede verse, estará marchita antes de que termine el día; no importa, fuese cual fuese el precio, quisiste contentar a la dichosa Bella.

—Es cierto —repuso tristemente el padre— que esta rosa me cuesta caro, y más caro que lo que me habrían costado todas las ropas y joyas que ustedes deseaban. ¡Pero no en dinero, y ojalá el Cielo hubiese querido que la comprara con toda la fortuna que me resta!

Esas palabras excitaron la curiosidad de sus hijos e hicieron que se desvaneciese la resolución que había tomado de no revelar su aventura. Les contó el poco éxito de su viaje, los esfuerzos que le había exigido perseguir una fortuna quimérica y todo lo que había ocurrido en el palacio del monstruo. Después de estas explicaciones, la desesperación ocupó el lugar de la esperanza y la alegría.

Las hijas, viendo todos sus proyectos aniquilados como por un rayo, dieron gritos espantosos; los hermanos, más valientes, dijeron resueltamente que no tolerarían que su padre volviese a aquel funesto castillo, que ellos eran lo bastante valientes para librar la tierra de la horrible Bestia, suponiendo que ésta tuviese la temeridad de ir a buscarlo. El buen hombre, a pesar de sentirse conmovido por su aflicción, les prohibió hacer uso de violencia, diciéndoles que, puesto que había dado su palabra, se daría muerte antes que faltar a ella.

No obstante, buscaron alguna forma de salvarle la vida; aquellos jóvenes, llenos de coraje y de virtud, propusieron que uno de ellos fuese a ofrecerse a la cólera de la Bestia; pero ésta se había explicado con claridad al decir que quería una de las mujeres y no uno de los varones. Aquellos valientes hermanos, contrariados porque su buena voluntad no podía llevarse a cabo, hicieron todo lo posible por inspirarles los mismos sentimientos a sus hermanas. Pero los celos que éstas sentían por la Bella bastaban para poner un obstáculo insuperable a esa acción heroica.

—No es justo —dijeron— que perezamos de manera horrenda por una falta de la que no somos culpables. Sería hacernos víctimas de la Bella, la que se sentiría muy contenta de sacrificarnos; pero el deber no exige de nosotras tamaño sacrificio. Ése es el fruto de la moderación y de las perpetuas lecciones de moral de esta desdichada. ¿Por qué no pidió, como nosotras, trapos y alhajas? Si no obtuvimos nada de eso, por lo menos no costó nada pedirlo, y no tenemos motivos para reprocharnos por haber expuesto la vida de nuestro padre con pedidos insensatos. Si no hubiese querido destacarse por un desinterés afectado, como tiene más suerte que nosotras en todo, no habría faltado el dinero para satisfacerla. Pero tenía que ser la causa, por un singular capricho, de todas nuestras desgracias. Es ella la que las atrae y quieren que nos caigan encima a nosotras. No nos dejaremos engañar. Ella las ha causado, que ella encuentre el remedio.

La Bella, a quien el dolor había dejado casi sin conocimiento, les dijo a sus hermanas, acallando sus sollozos y sus suspiros:

—Yo soy la culpable de esta desgracia y sólo a mí me corresponde repararla. Reconozco que sería injusto que ustedes sufriesen por mi falta. Sin embargo, ¡ay!, es muy inocente. ¿Cómo podía prever que el deseo de tener una rosa en mitad del verano debía ser castigado con semejante suplicio? La falta ya está hecha; inocente o culpable, es justo que la expíe. No se puede culpar a nadie más. Me expondré — continuó diciendo— para liberar a mi padre de su fatal compromiso. Iré a encontrarme con la Bestia, muy contenta de conservarle la vida, con mi muerte, a aquél de quien la recibí, y de acallarlas a ustedes. No teman que algo pueda hacerme cambiar de idea. Pero por favor, durante este mes, denme el gusto de no oír más sus reproches.

Tanta firmeza en una muchacha de su edad causó a todos gran sorpresa, y sus hermanos, que le tenían mucho cariño, se sintieron conmovidos con su resolución. Para ellos la Bella tenía atenciones infinitas, y fueron conscientes de la pérdida que iban a sufrir. Pero se trataba de salvar la vida de un padre: ese piadoso motivo les cerró la boca y, del todo convencidos de que se trataba de una decisión irreversible, lejos de pensar en oponerse a un propósito tan generoso se contentaron con verter algunas lágrimas y hacerle a su hermana los elogios que merecía su noble resolución, tanto más admirable cuanto que, con sólo dieciséis años, tenía derecho a lamentar la pérdida de una vida que se disponía a sacrificar de manera tan cruel.

El padre fue el único que no quiso aceptar la decisión que tomaba su hija menor; pero las otras le reprocharon con insolencia que sólo se preocupase por la Bella y que, a pesar de las desgracias que ésta había ocasionado, a él lo contrariase que no fuera una de las mayores quien pagase por su imprudencia.

Palabras tan injustas lo obligaron a dejar de insistir. La Bella, por lo demás, acababa de asegurarle que, aunque él no aceptase el intercambio, ella lo haría a pesar suyo, ya que iría sola a buscar a la Bestia y perdería la vida sin salvarlo.

—¿Qué sabemos? —dijo, esforzándose en mostrar más tranquilidad de la que tenía—. Quizás la suerte espantosa que me está destinada oculta otra tan afortunada como ésta parece terrible.

Sus hermanas, oyéndola hablar de este modo, sonreían con malicia ante esa quimérica idea, y se sentían encantadas de que creyese en lo que para ellas era un error. Pero el anciano, vencido por todas sus razones y acordándose de una antigua predicción por cual había sabido que esa hija estaba destinada a salvarle la vida y a ser la causa de la felicidad de toda la familia, dejó de oponerse a la voluntad de la Bella. Poco a poco se pusieron a hablar de su partida como de una cosa casi indiferente. Ella era la que daba el tono de la conversación, y si en presencia de los demás parecía dar por descontado algún suceso feliz, era únicamente para consolar a su padre y a sus hermanos y no alarmarlos más aún. Aunque la enfadase la conducta de sus hermanas, que se mostraban como impacientes por verla partir y a las que les

parecía que el mes pasaba con demasiada lentitud, tuvo la generosidad de repartir entre ellas sus pequeños muebles y las joyas de las que disponía.

Las hermanas recibieron con alegría esa nueva prueba de generosidad sin que por ello disminuyese su odio. Una alegría extrema llenó sus corazones cuando oyeron relinchar el caballo enviado para llevarse a una hermana a la que los negros celos no las dejaban hallar digna de amor. El padre y los hermanos, que eran los únicos en sentirse afligidos, no podían resistir aquel fatal momento y querían degollar al caballo; pero la Bella, conservando toda su tranquilidad, les hizo ver en ese momento lo ridículo que era aquel propósito y la imposibilidad de llevarlo a cabo. Después de despedirse de sus hermanos, besó a sus insensibles hermanas, diciéndoles adiós de manera tan conmovedora que les hizo brotar algunas lágrimas y que, durante unos minutos, se creyeron casi tan afligidas como sus hermanos.

Mientras ellas manifestaban esos pesares breves y tardíos, el buen hombre, urgido por su hija, montó a caballo, y la Bella hizo otro tanto con la misma premura que hubiese mostrado por un viaje sumamente agradable. El animal pareció volar más que andar. Esa extrema rapidez no la incomodó: el galope de aquel caballo singular era tan suave que la única agitación que sintió la Bella era la que provenía del soplo de los céfiros.

Fue en vano que, mientras estaban en camino, su padre le ofreciera cien veces bajarla e ir solo a encontrarse con la Bestia.

—Piensa, querida hija mía —le decía—, que todavía estamos a tiempo. Ese monstruo es más espantoso de lo que puedes imaginar. Por muy firme que sea tu resolución, temo que flaquee al ver su aspecto. Entonces será demasiado tarde, estarás perdida y ambos pereceremos.

—Si yo fuese al encuentro de esa Bestia terrible —respondía con prudencia la Bella— con la esperanza de ser feliz, no sería imposible que esa esperanza me abandonara al verla; pero como doy por descontada mi muerte inminente, y la creo segura, ¿qué me importa que quien debe dárme la sea agradable o repulsivo?

Mientras conversaban de este modo, llegó la noche y no por ello el caballo dejó de correr en la oscuridad. Por el más sorprendente de los prodigios, ésta se disipó de golpe. Fuegos de artificio de todo tipo, morteros, molinetes, ruedas y todo lo más bello que el ingenio puede inventar deslumbraron a nuestros dos viajeros. Aquella luz agradable e imprevista que iluminaba todo el bosque difundió en el aire una suave tibieza que comenzaba a hacerse necesaria, porque el frío, en aquel país, se siente de manera más penetrante por la noche que durante el día.

Gracias a aquella encantadora claridad, padre e hija se dieron cuenta de que estaban en la alameda de los naranjos. En cuanto llegaron allí, cesaron los fuegos de artificio. Su luz fue remplazada por todas las estatuas, que tenían en las manos antorchas encendidas. Además, innumerables farolillos cubrían toda la fachada del palacio: dispuestos de manera simétrica, formaban cintas y cifras coronadas en las que se veían dobles LL y dobles BB. Cuando entraron en el patio los saludó una salva

de artillería que, sumada al sonido de mil instrumentos distintos, tanto dulces como guerreros, crearon una armonía encantadora.

—La Bestia —dijo la Bella en tono burlón— debe de estar muy hambrienta para festejar de tal modo la llegada de su presa.

Sin embargo, a pesar de la emoción que le causaba la inminencia de un acontecimiento que, según toda apariencia, iba a resultarle fatal, al prestar atención a tantas magnificencias, que se sucedían unas a otras y le ofrecían el espectáculo más hermoso que alguna vez hubiese visto, no pudo dejar de decirle a su padre que los preparativos de su muerte eran más brillantes que la pompa nupcial del rey más grande de la tierra.

El caballo fue a detenerse al pie de la escalinata de entrada. La Bella bajó prestamente y su padre, en cuanto puso pie en tierra, la condujo por un vestíbulo hasta el salón en el que había recibido tantos agasajos. Allí encontraron un gran fuego, velas encendidas que difundían un perfume exquisito y, además, una mesa espléndidamente servida.

El buen hombre, al tanto de la manera en que la Bestia alimentaba a sus huéspedes, le dijo a su hija que aquella comida les estaba destinada y que lo correcto era que se sirviesen de ella. La Bella no opuso ningún reparo, completamente convencida de que no sería eso lo que adelantaría su muerte. Se imaginó, por el contrario, que sería una manera de hacerle saber al monstruo la poca repugnancia que había tenido en ir a encontrarse con él. Se ilusionó pensando que su franqueza sería capaz de aplacarlo e incluso que su aventura podría resultar menos triste de lo que había temido al principio. Aquella Bestia espantosa con la que la habían amenazado no se dejaba ver: en el palacio todo trasuntaba alegría y magnificencia. Daba la impresión de que era su llegada la que las había hecho brotar, y no era verosímil que aquéllos fuesen los preparativos de unas pompas fúnebres.

Sus esperanzas duraron muy poco. El monstruo se hizo oír. Un ruido horrendo, causado por el peso enorme de su cuerpo, por el tintineo terrible de sus escamas y por atroces aullidos, anunció su llegada. El terror se apoderó de la Bella. El anciano, abrazando a su hija, lanzó gritos lancinantes. Pero ella, que en un instante recuperó el dominio de sí misma, contuvo su agitación. Al ver acercarse a la Bestia, a la que no pudo enfrentar sin un íntimo estremecimiento, se adelantó con paso firme y, con aire modesto, la saludó con el mayor de los respetos. Esa manera de actuar le gustó al monstruo. Después de examinarla de un modo que, sin parecer encolerizado, podía inspirar terror a los más audaces, le dijo al anciano:

—Buenas noches, buen hombre —y volviéndose hacia la Bella, le dijo asimismo—: Buenas noches, Bella.

El anciano, que seguía temiendo que le ocurriese algo siniestro a su hija, no tuvo fuerzas para responder. Pero la Bella, sin inmutarse, y con voz dulce y firme, le dijo:

—Buenas noches, Bestia.

—¿Vienes aquí voluntariamente —prosiguió la Bestia— y consientes en dejar

partir a tu padre sin seguirlo?

La Bella le respondió que ésas eran todas sus intenciones.

—¿Y qué crees que te ocurrirá cuando se haya ido?

—Lo que te plazca —dijo ella—, mi vida está a tu disposición y me someteré ciegamente a lo que quieras hacer conmigo.

—Tu docilidad me complace —respondió la Bestia—, y ya que es así, y que no te han traído a la fuerza, te quedarás conmigo. En cuanto a ti, buen hombre —le dijo al comerciante—, te irás mañana al amanecer; la campana te avisará, no tardes luego de desayunar, el mismo caballo te llevará a tu casa. Pero —agregó— cuando estés en medio de tu familia, que no se te ocurra volver a ver mi palacio, y recuerda que la entrada te está prohibida para siempre. Tú, Bella —continuó el monstruo dirigiéndose a la joven—, conduce a tu padre al guardarropa que está aquí al lado; elijan allí todo lo que ambos crean que puede agradar a tus hermanos y hermanas. Encontrarán dos baúles: lléntenlos. Es justo que les envíes algo de mucho valor para hacer que se acuerden de ti.

A pesar de la liberalidad del monstruo, la partida inminente del padre conmovía profundamente a la Bella y le causaba una pena extrema; sin embargo, se dispuso a obedecer a la Bestia, que los dejó después de decirles, como había hecho al entrar:

—Buenas noches, Bella. Buenas noches, buen hombre.

Cuando estuvieron solos, el buen hombre besó a su hija y no dejó de llorar. La idea de que iba a dejarla con el monstruo era para él el más cruel de los suplicios. Se arrepentía de haberla conducido a ese lugar; las puertas estaban abiertas y él hubiese querido llevársela consigo, pero la Bella le hizo conocer los peligros y las consecuencias posibles de esa decisión.

Entraron en el guardarropa que se les había indicado. Se quedaron sorprendidos al ver las riquezas que encontraron allí. Estaba lleno de trajes tan soberbios que una reina no habría podido desear nada más bello ni de mejor gusto. Jamás hubo una tienda mejor provista.

Cuando la Bella hubo elegido los atuendos que le parecieron más adecuados, no de acuerdo con la actual condición de su familia sino en proporción a las riquezas y a la liberalidad de la Bestia, que le hacía esos regalos, abrió un armario cuya puerta era de cristal de roca enmarcada en oro. Aunque, después de haber visto tan magnífico exterior, tendría que haber esperado encontrar un tesoro raro y precioso, el montón de gemas de todo tipo que vio era de un esplendor tal que resultó apenas soportable para sus ojos. La Bella, por espíritu de sumisión, juntó sin miramientos una cantidad prodigiosa, que repartió lo mejor que pudo entre los diferentes paquetes que había hecho.

Al abrir el último armario, que no era más que un gabinete lleno de monedas de oro, cambió de parecer.

—Creo —le dijo a su padre— que sería más atinado vaciar esos baúles y llenarlos de dinero. Tú les darás a tus hijos lo que te plazca. De esa manera no te verás

obligado a compartir tu secreto con nadie, y tus riquezas te pertenecerán sin peligro. La ganancia que sacarías de las piedras preciosas, aunque el precio sea mucho más alto, nunca podría ser tan fácil de obtener. Para conseguirla, estarías obligado a venderlas y a confiarlas a personas que sólo te mirarían con envidia. Quizás tu misma confianza te resultaría fatal; en cambio —continuó— las monedas de oro te pondrán a cubierto de cualquier suceso desagradable, dándote la facilidad de adquirir tierras y casas y comprar muebles finos, joyas y piedras preciosas.

El padre aprobó su idea. Pero, como quería llevarles a sus hijas trajes y alhajas, a fin de hacerle lugar al oro que quería poner sacó de los baúles lo que había elegido para su propio uso. La gran cantidad de monedas que metió en ellos no alcanzaba a llenarlos. Estaban hechos de pliegues que se iban abriendo a medida que se los llenaba. Encontró lugar para las joyas que había sacado y los baúles terminaron conteniendo más de lo que quería.

—Todas estas monedas —le dijo a su hija— me permitirán vender las piedras preciosas poco a poco. Siguiendo tu consejo, ocultaré mi riqueza a todo el mundo, incluso a mis hijos. Si supiesen lo rico que voy a ser, me atormentarían para abandonar la vida campestre, que sin embargo es la única en la que he obtenido algún agrado, y en la que no he padecido la perfidia de los falsos amigos de que el mundo está lleno.

Pero los baúles eran tan pesados que un elefante hubiera sucumbido bajo la carga, y la esperanza con la que acababa de ilusionarse le pareció como un sueño y nada más que eso.

—La Bestia se ha burlado de nosotros —dijo—, ha simulado darme bienes y al mismo tiempo me pone en la imposibilidad de llevármelos.

—No la juzgues —respondió la Bella—, no provocaste su liberalidad con ningún pedido indiscreto, ni con ninguna consideración ávida o interesada. Semejante broma carecería de gracia. Creo, dado que el monstruo ha sido atento contigo, que ya encontrará la manera de que puedas gozar de estos bienes. Lo único que tenemos que hacer es cerrar los baúles y dejarlos aquí. Seguramente sabe por qué medio de transporte enviártelos.

Era imposible pensar de manera más prudente. El buen hombre, plegándose a este punto de vista, volvió al salón con su hija. Sentados uno y otro en un sofá, vieron el desayuno servido en un instante. El padre comió con más ganas que la noche anterior. Lo que acababa de pasar disminuía su desesperación y hacía renacer su confianza; se hubiera ido sin tristeza si la Bestia no hubiera tenido la crueldad de decirle que se olvidase de volver a ver su palacio, y que tenía que despedirse para siempre de su hija. El único mal sin remedio que conocemos es la muerte. El buen hombre no se sintió del todo abatido por esa sentencia. Se ilusionaba con la idea de que no fuese irrevocable, y esta esperanza hizo que se separase bastante satisfecho con su anfitrión.

La Bella no estaba tan contenta. Poco convencida de que le estuviera reservado

un porvenir dichoso, temía que los ricos presentes con los que el monstruo colmaba a su familia fueran el precio de su vida, y que la devorase en cuanto estuviese a solas con ella; el menor de los males que temía era el de estar destinada a sufrir prisión eterna y que su única compañía fuese una horrenda Bestia.

Esta reflexión la dejó profundamente ensimismada, pero un segundo toque de campana les avisó de que ya era hora de separarse. Bajaron al patio, donde el padre encontró dos caballos, uno cargado con los dos baúles y el otro únicamente destinado a él. Este último caballo, cubierto con un buen manto y con dos bolsas de viandas colgadas a cada lado de la silla, era el mismo que el anciano ya había montado. Tan grandes atenciones de parte de la Bestia iban a dar pábulo nuevamente a la conversación, pero los caballos, relinchando y rascando el suelo con las patas, les dieron a entender que ya era hora de separarse.

El comerciante, por miedo a irritar a la Bestia con su tardanza, se despidió para siempre de su hija. Los dos caballos partieron más rápidos que el viento y la Bella los perdió de vista en un instante. Volvió a subir bañada en llanto a la habitación que sería la suya y en la que, durante unos momentos, quedó sumida en las más tristes reflexiones.

Sin embargo, el sueño la vencía y quiso buscar un descanso que había perdido desde hacía más de un mes. Como no tenía nada mejor que hacer, estaba por acostarse cuando vio en su mesita de noche una taza de chocolate ya preparada. La bebió a medias dormida y, como los ojos se le cerraron casi de inmediato, se hundió en un sueño tranquilo que no había vuelto a conocer desde el momento en que había recibido la rosa fatal.

Mientras dormía, soñó que estaba al borde de un canal que se extendía hasta perderse de vista, flanqueado por dos hileras de naranjos y mirtos florecidos de una altura prodigiosa, donde, embargada por el pensamiento de su triste situación, deploraba el infortunio que la condenaba a pasar sus días en aquel lugar, sin esperanzas de poder salir de él.

Un joven, hermoso como pintan al amor, le dijo con una voz que le llegaba al corazón:

—No creas, Bella, que eres tan desdichada como pareces. Es en este lugar donde debes recibir la recompensa que te ha sido tan injustamente negada en todas partes. Usa tu sagacidad para descubrirme debajo de las apariencias que me encubren. Juzga, viéndome, si mi compañía es despreciable, y si no debe ser preferida a la de una familia indigna de ti. Di lo que desees y todos tus deseos serán cumplidos. Te amo entrañablemente; eres la única que puedes hacerme feliz haciéndote feliz a ti misma. Nunca cambies. Siendo por las cualidades de tu alma tan superior a las demás mujeres como lo eres por tu belleza, seremos completamente felices.

Luego, aquel fantasma tan encantador se le apareció a sus pies, uniendo a las promesas más halagüeñas las palabras más cariñosas. La urgía, en los términos más apasionados, a que consintiese en hacerlo feliz, y le aseguraba que era algo que

estaba perfectamente en su poder realizar.

—¿Qué puedo hacer? —Le decía ella, solícita.

—Sigue tan sólo los impulsos de tu agradecimiento —le respondía él—, no consultes la opinión de tus ojos y, sobre todo, no me abandones y sácame de la pena atroz que padezco.

Después de este primer sueño, creyó estar en un salón magnífico, con una dama cuyo aire majestuoso y belleza sorprendente hicieron nacer en su corazón un respeto profundo. Esa dama le dijo con voz acariciante:

—Encantadora Bella, no lamentes nada de lo que acabas de dejar. Un destino más ilustre te espera, pero, si quieres merecerlo, ten cuidado de no dejarte engañar por las apariencias.

Su sueño duró más de cinco horas, durante las cuales vio al joven en cien lugares diferentes y de cien maneras distintas.

A veces le ofrecía una fiesta galante, a veces le hacía los más tiernos juramentos. ¡Qué agradable fue su sueño! Hubiese querido prolongarlo, pero sus ojos abiertos a la luz no pudieron volver a cerrarse, y la Bella creyó que todo lo que le había ocurrido no era más que el placer de un sueño.

Un reloj dio las doce, repitiendo doce veces su nombre con música, y la obligó a levantarse. Lo primero que vio fue una mesa de tocador provista de todo lo que pueden necesitar las mujeres. Después de engalanarse con una suerte de agrado, cuya causa no podía adivinar, pasó al salón, donde acababan de servirle el almuerzo.

Cuando se come solo, una comida se termina pronto. De regreso en su habitación, se echó en un sofá; allí, el joven con el que había soñado volvió a presentársele a la mente.

—Puedo hacerte feliz, me dijo. Aparentemente, la horrible Bestia, que parece mandar aquí, lo mantiene en prisión. ¿Cómo hacer para sacarlo de ella? Me repitieron que no me fíe de las apariencias. No entiendo nada, pero ¡qué loca soy! Me entretengo buscando razones para explicar una ilusión que formó el sueño y que el despertar destruyó. No tengo que prestarle atención. Tengo que ocuparme únicamente de mi situación presente y buscarme entretenimientos que me impidan sucumbir al aburrimiento.

Un poco más tarde, se puso a recorrer los numerosos aposentos del palacio. Quedó maravillada, ya que nunca había visto algo tan hermoso. El primero en el que entró era un gran salón de espejos. Se veía a sí misma en ellos desde todos lados. Lo primero que le llamó la atención fue una pulsera que colgaba de un candelabro. Encontró en ella el retrato del apuesto caballero, tal como había creído verlo mientras dormía. ¿Cómo hubiera podido no reconocerlo? Ya tenía sus rasgos demasiado profundamente grabados en la mente y quizás en el corazón. Con súbita alegría se puso la pulsera, sin pensar si era correcto hacerlo.

Al pasar de ese salón a una galería repleta de pinturas, encontró allí el mismo retrato en tamaño natural, que parecía mirarla con una atención tan afectuosa que se

sonrojó, como si aquella pintura fuese lo que representaba o hubiera testigos que vieses sus pensamientos.

Siguiendo con su paseo, encontró una sala llena de distintos instrumentos. Como sabía tocarlos casi todos, probó con varios, prefiriendo el clavecín a los demás, porque iba mejor con su voz. De esa sala pasó a otra galería diferente de la de las pinturas. Contenía una biblioteca inmensa. Le gustaba instruirse, y desde que vivía en el campo se había visto privada de ese placer. Su padre, debido al trastorno de sus negocios, se había visto obligado a vender sus libros. Allí, el gran gusto que ella tenía por la lectura podía encontrar fácilmente satisfacción y preservarla del tedio y la soledad. El día pasó sin que pudiese verlo todo. Al acercarse la noche, todos los aposentos fueron iluminados con velas perfumadas puestas en arañas transparentes o de distintos colores, y no de cristal sino de diamantes y rubíes.

A la hora de costumbre, la Bella halló su cena servida con el mismo refinamiento y la misma corrección. Ninguna figura humana se presentó ante ella; su padre la había prevenido de que estaría sola. Esa soledad ya comenzaba a no molestarla cuando su oído le reveló que la Bestia se acercaba. Como todavía no se había hallado a solas con ella, y dado que ignoraba cómo sería el encuentro e incluso temía que el monstruo llegase para devorarla, ¿hubiera podido no temblar? Pero al llegar la Bestia, cuyo aspecto no tenía nada de furioso, sus temores se disiparon. El monstruoso gigante le dijo toscamente:

—Buenas noches, Bella.

Ella le devolvió el saludo en los mismos términos, con voz dulce pero un poco temblorosa.

Entre las diferentes preguntas que le hizo, el monstruo quiso saber en qué se había entretenido. La Bella le respondió:

—Pasé el día visitando tu palacio, pero es tan vasto que no tuve tiempo de ver todas las estancias y las bellezas que contienen.

La Bestia le preguntó:

—¿Crees que podrás habituarte a vivir aquí?

La joven le respondió cortésmente que no la entristecería vivir en un lugar tan hermoso. Después de una hora de conversación sobre el mismo tema, la Bella logró distinguir fácilmente, a través de la voz espantosa, que el tono estaba determinado por la constitución física de la Bestia, y que a ésta no era tanto la furia como la falta de inteligencia lo que la caracterizaba. Sin rodeos, la Bestia le preguntó a la joven si la dejaría acostarse con ella. Ante esta pregunta imprevista, los temores de la Bella se renovaron y, dando un grito terrible, no pudo evitar decir:

—¡Ay, Dios mío, estoy perdida!

—De ningún modo —replicó tranquilamente la Bestia—, pero, sin espantarte, respóndeme como es debido, dime claramente sí o no.

La Bella le respondió temblando:

—No, Bestia.

—Y bien, ya que no quieres —repuso el monstruo, dócil—, me voy. Buenas noches, Bella.

—Buenas noches, Bestia —dijo con gran alivio la espantada joven.

Contentísima de no tener que temer violencia alguna, se acostó tranquilamente y se durmió. De inmediato se presentó a su mente su querido desconocido. Éste pareció decirle afectuosamente:

—Qué alegría volver a verte, querida Bella, pero ¡qué pena me causa tu rigor! Me doy cuenta de que tendré que ser desdichado durante mucho tiempo.

Las ideas de la Bella cambiaron de objeto: le parecía que aquel joven le presentaba una corona y el sueño se la hacía ver de mil maneras diferentes. A veces le parecía que él estaba arrodillado delante de ella, ya sea abandonándose a la alegría más extrema, ya sea derramando un torrente de lágrimas que la conmovían hasta lo más hondo del alma. Esta mezcla de alegría y de tristeza duró toda la noche. Al despertarse, con la imaginación ocupada por tan dulce objeto, buscó su retrato para volver a verlo y estar segura de que no se había equivocado. Fue corriendo hasta la galería de pinturas, donde lo reconoció mejor que la primera vez. ¡Cuánto tiempo estuvo admirándolo! Pero, como avergonzada de su debilidad, se contentó con mirar el que llevaba en el brazo.

Mientras tanto, para poner fin a esas tiernas reflexiones, bajó a los jardines; el buen tiempo la invitaba a pasear y sus ojos quedaron encantados: nunca habían visto nada tan hermoso en la naturaleza. Los bosquecillos estaban adornados con estatuas admirables y fuentes sin número, que refrescaban el aire con chorros de agua tan altos que casi se los perdía de vista.

Lo que más la sorprendió fue reconocer los lugares en los que, durante el sueño, había imaginado ver al desconocido. Sobre todo, cuando vio el gran canal bordeado de naranjos y mirtos, no supo qué pensar de aquel sueño, que ya no le parecía una ficción. Creyó encontrar la explicación al imaginar que la Bestia tenía a alguien prisionero en su palacio. Decidió que esa misma noche saldría de dudas preguntándose al monstruo, cuya visita esperaba recibir a la hora acostumbrada. Tanto como sus fuerzas se lo permitieron, se paseó el resto del día, sin llegar aún a contemplarlo todo.

Los aposentos que no había podido ver la víspera no eran menos dignos de sus miradas que los otros. Además de los instrumentos y las curiosidades que la rodeaban por todas partes, encontró en otra sala algo con que entretenerse. Estaba repleta de bolsas y lanzaderas para tejer, de tijeras para cortar, de bastidores preparados para todo tipo de bordados, en fin, allí había de todo. Una puerta de esa encantadora sala le permitió ver una soberbia galería, desde la que se divisaba el paisaje más hermoso del mundo.

Se habían ocupado de colocar en esa galería una gran pajarera llena de pájaros exóticos, los que, al entrar la Bella, hicieron un concierto admirable. Fueron también a posarse en los hombros, y todas aquellas aves afectuosas rivalizaban entre ellas

por acercársele.

—Adorables prisioneros —les dijo ella—, los encuentro encantadores y me apena que estén tan lejos de mi habitación, tendría a menudo el placer de escucharlos.

Cuál no fue sorpresa cuando, mientras decía estas palabras, abrió una puerta y se encontró en su propio cuarto, que creía alejado de aquella hermosa galería a la que había llegado dando vueltas y a través de una sucesión de estancias que componían aquel pabellón. La puerta que abrió le había impedido darse cuenta de la cercanía de los pájaros, y era muy práctica para aislarse del ruido cuando uno no tenía ganas de oírlos.

La Bella, continuando su paseo, vio otra bandada emplumada: eran loros de todo tipo y color. Todos, al verla, se pusieron a parlotear. Uno le daba los buenos días; otro le pedía de comer; otro, más galante, le rogaba que lo besase. Varios de ellos cantaban arias de ópera, otros declamaban versos compuestos por los mejores autores, y todos se ofrecían para divertirla. Eran tan afables y cariñosos como los ocupantes de la pajarera. Su presencia le dio un auténtico gusto. Se sintió contentísima de encontrar con quien hablar, ya que el silencio no la hacía feliz. Interrogó a varios de ellos, que le respondieron como animales muy inteligentes. Eligió a uno que le gustaba más que los otros. Los demás, celosos de esa preferencia, se lamentaron dolorosamente, y ella los calmó con unos mimos y dándoles permiso de ir a verla cuando quisieran.

No muy lejos de aquel lugar vio un numeroso grupo de monos de todo tamaño: grandes, chicos, monos capuchinos, monos con cara humana, otros con barba azul, verde, negra o color de aurora.

Le salieron al encuentro en la entrada de la estancia que ocupaban, adonde el azar la había conducido. Le hicieron reverencias acompañadas de innumerables cabriolas, y le manifestaron con sus gestos lo sensibles que eran al honor que les hacía. Para festejar, bailaron sobre una cuerda. Hicieron volteretas con una habilidad y una ligereza inigualables. La Bella estaba muy satisfecha con los monos, pero no estaba contenta de no encontrar nada que le diese noticias del apuesto desconocido. Perdiendo las esperanzas de tenerlas y pensando que su sueño había sido una quimera, hacía todo lo posible por olvidarlo, pero sus esfuerzos eran vanos. Acarició a los monos y, mientras lo hacía, dijo que le gustaría que algunos la siguieran para acompañarla.

De inmediato, dos grandes monas vestidas con traje de corte, que parecían estar pendientes de sus órdenes, fueron gravemente a colocarse a su lado. Dos monitos despiertos le tomaron la cola de su vestido y le sirvieron de pajes. Un gracioso mono de Gibraltar, vestido como un señor escudero, le dio la pata correctamente enguantada. Acompañada por ese singular cortejo, la Bella se fue a comer. Mientras duró el almuerzo, los pájaros silbaron como instrumentos y acompañaron con afinación la voz de los loros, que cantaron las melodías más bellas y más de moda.

Durante ese concierto, los monos, que se habían arrogado el derecho de servir a la

Bella, estableciendo en un instante sus rangos y cargos respectivos, entraron en funciones y la sirvieron ceremoniosamente, con la destreza y el respeto con que las reinas son servidas por sus oficiales.

Al levantarse de la mesa, otro grupo quiso agasajarla con un nuevo espectáculo. Eran una especie de actores que interpretaron una tragedia del modo más excepcional. Aquellos señores monos y aquellas señoras monas con ropas de teatro, cubiertos de bordados, de perlas y de diamantes, hacían gestos acordes con las palabras de sus papeles, que los loros pronunciaban de manera muy clara y atinada, de modo que había que estar seguro de que esos pájaros estaban ocultos debajo de la peluca de unos y del manto de otros para darse cuenta de que esos actores de un nuevo género no hablaban por sí mismos. La obra parecía hecha expresamente para aquellos actores y la Bella se sintió encantada. Al final de la tragedia, uno de ellos fue a hacerle un muy hermoso cumplido y le agradeció la paciencia con que los había escuchado. Sólo se quedaron con ella los monos que constituían su servicio doméstico y estaban destinados a divertirla.

Después de la cena, la Bestia fue como de costumbre a hacerle una visita, y luego de las mismas preguntas y las mismas respuestas, la conversación terminó con un «Buenas noches, Bella». Las monas que oficiaban de azafatas de palacio desvistieron a su señora, la metieron en la cama y tuvieron la amabilidad de abrir la ventana de la jaula, para que los pájaros, con un canto menos estridente que el que tenían durante el día, provocasen el sueño y, adormeciendo los sentidos, le procurasen el placer de volver a ver a su encantador enamorado.

Pasaron varios días sin que se aburriese. Cada momento estaba marcado por nuevos placeres. Los monos, en tres o cuatro lecciones, se dieron maña para domesticar cada uno un loro que, sirviéndole de intérprete, le respondía a la Bella con tanta rapidez y precisión como los monos ponían en sus gestos. En fin, lo único que a la Bella le resultaba penoso era tener que soportar todas las noches la presencia de la Bestia; pero sus visitas eran cortas, y gracias a ella, sin duda, disfrutaba de todos los placeres imaginables.

La mansedumbre de aquel monstruo le inspiraba a la Bella, a veces, el propósito de preguntarle si sabía algo del joven que ella veía en sueños. Pero, bastante consciente de que la Bestia estaba enamorada de ella, temió despertar sus celos con esa pregunta, de modo que calló por prudencia y no se atrevió a satisfacer su curiosidad.

En varias ocasiones, la Bella había visitado todos los aposentos de aquel palacio encantado; pero con gusto volvemos a ver las cosas poco comunes, curiosas y magníficas. Sus pasos la llevaron a un gran salón que sólo había visto una vez. Esa habitación tenía cuatro ventanas en cada uno de sus lados: solamente dos estaban abiertas y dejaban pasar muy poca luz. La Bella quiso darle más claridad, pero en lugar de la luz que creía hacer entrar sólo se encontró con una abertura que daba a un lugar cerrado. Ese lugar, aunque espacioso, le pareció oscuro, y sus ojos no pudieron

percibir más que un tenue resplandor lejano que sólo parecía llegar hasta ella a través de una gasa negra y sumamente gruesa. Mientras pensaba para qué podía servir ese lugar, una luz intensa la deslumbró de pronto. La tela se levantó y la Bella descubrió un teatro de los mejor iluminados. En las gradas y en los palcos, vio a personas de uno y otro sexo de lo más proporcionadas y hermosas.

De inmediato, una suave sinfonía, que empezó a dejarse oír, sólo terminó para permitir que actores muy distintos de monos y loros representasen una hermosísima tragedia, seguida de una obrita que, en su género, igualaba a la primera. A la Bella le gustaban los espectáculos: era el único placer que había echado de menos luego de dejar la ciudad. La curiosidad que tenía por saber de qué tela estaba hecha la alfombra del palco contiguo al suyo se vio impedida por un vidrio que los separaba, lo que le hizo saber que aquello, que había creído real, no era más que un artificio que, por medio de ese vidrio, reflejaba los objetos y los enviaba hacia ella desde lo alto del teatro de la ciudad más hermosa del mundo. Obtener una reverberación desde tan lejos es la obra maestra de la óptica.

Después de la representación, la Bella permaneció un rato más en su palco para ver salir al público elegante. La oscuridad que colmó ese lugar la obligó a dirigir sus reflexiones en otro sentido. Contenta con ese descubrimiento, del que se prometió hacer uso frecuente, bajó a los jardines. Los prodigios comenzaban a volvérselo familiares, se daba cuenta con placer de que sólo ocurrían por su bien y para agradarle.

Después de la cena, la Bestia, según lo acostumbrado, fue a preguntarle lo que había hecho durante el día. La Bella le dio cuenta con exactitud de todas sus diversiones y le dijo que había estado en el teatro.

—¿Te gusta? —le preguntó el tosco animal—. Desea todo lo quieras y lo tendrás: eres muy bonita.

La Bella sonrió para sus adentros ante esa manera grosera de hacerle cumplidos, pero lo que no la hizo reír fue la pregunta acostumbrada; y el «¿Quieres que me acueste contigo?» hizo cesar su buen humor. Se vio libre con sólo responder «no»; sin embargo, la docilidad del monstruo en ese último encuentro no la tranquilizó.

—¿En qué terminará todo esto? —Se decía a sí misma—. La pregunta que me hace cada vez, si quiero acostarme con él, me prueba que persiste en su amor. Sus bondades me lo confirman. Pero aunque no se obstina en sus pedidos, y aunque no me manifiesta ningún resentimiento por mis negativas, ¿quién me asegura que no perderá la paciencia y que no terminará pagándolo con la muerte?

Estas reflexiones la dejaron tan pensativa que ya casi había amanecido cuando se acostó. Su desconocido, que sólo esperaba ese momento para aparecer, le hizo tiernos reproches por su demora. La encontró triste, pensativa, y le preguntó qué podía desagradarle en aquel lugar. Ella le respondió que lo único que le desagradaba era el monstruo, al que veía todas las noches. Habría terminado por acostumbrarse, pero él estaba enamorado de ella y ese amor le hacía temer una posible violencia.

—Por los tontos cumplidos que me hace, creo que querrá que me case con él. ¿Me aconsejarías —le dijo la Bella a su desconocido— que le diga que sí? Por desgracia, aunque fuese tan encantador como ahora es horrible, tú has hecho que mi corazón sea inaccesible para él así como para cualquier otro, y no me avergüenza confesar que solamente puedo amarte a ti.

Una confesión tan encantadora no dejó de halagar al joven, pero él sólo respondió diciendo:

—Ama a quien te ama, no te dejes engañar por las apariencias y sácame de esta prisión.

Esas palabras continuamente repetidas, sin ninguna otra explicación, le causaron a la Bella una pena infinita.

—¿Cómo quieres que lo haga? —le dijo ella—. Querría a toda costa lograr tu libertad, pero esta buena voluntad me resulta inútil mientras no me des los medios para ponerla en práctica.

El desconocido le respondió, pero de una manera tan confusa que ella no entendió nada. Mil cosas extravagantes le pasaban delante de los ojos. Veía al monstruo, en un trono deslumbrante de piedras preciosas, que la llamaba y la invitaba a sentarse a su lado; un momento después, el desconocido lo hacía bajar de allí precipitadamente y ocupaba su lugar. La Bestia recuperaba la ventaja y, a su vez, el desconocido desaparecía. Le hablaban a través de un velo negro que cambiaba la voz y la volvía horrenda.

Todo el tiempo de su sueño transcurrió de ese modo, y, a pesar de la agitación que le causaba, le pareció, sin embargo, que terminó demasiado pronto, puesto que el despertar la privaba del objeto de su cariño. Una vez aseada y vestida, distintas labores, los libros y los animales la entretuvieron hasta el momento de la representación teatral. Ya era hora de que fuese allí. Pero no estaba en el mismo teatro sino en la ópera, que comenzó en cuanto ella ocupó su lugar. El espectáculo era magnífico y los espectadores no lo eran menos. Los espejos le mostraban nítidamente hasta el menor de los atuendos de la platea. Encantada de ver caras humanas, muchas de las cuales conocía personalmente, hubiera sido un gran placer para ella poder hablarles y hacerse oír.

Quedó más satisfecha con ese día que con el precedente, y el resto se pareció a lo que había ocurrido desde que estaba en aquel palacio. La Bestia llegó por la noche; luego de su visita, se retiró como de costumbre. La noche fue semejante a las otras, quiero decir que estuvo llena de sueños agradables. Al despertarse, encontró la misma cantidad de domésticos para servirla. Después del almuerzo, sus ocupaciones fueron diferentes.

El día anterior, al abrir otra ventana, se había encontrado en la Ópera; para variar sus entretenimientos, abrió una tercera que le procuró los placeres de la feria de Saint-Germain^[2], mucho más brillante por entonces de lo que es hoy en día. Pero como todavía no era la hora en que llegaba la gente de buen tono, tuvo tiempo para

verlo y examinarlo todo. Allí vio las curiosidades más raras, las producciones extraordinarias de la naturaleza, las obras de ingeniería; las cosas más insignificantes pasaron delante de sus ojos. Las mismas marionetas, a la espera de algo mejor, no fueron una distracción indigna de ella. La ópera cómica estaba en su esplendor. La Bella quedó muy contenta con todo aquello.

A la salida de ese espectáculo, vio a todas las personas selectas que se paseaban por las tiendas de los comerciantes. Entre ellas reconoció a jugadores profesionales, que iban a ese lugar como a su lugar de trabajo. Reparó en algunos que, perdiendo su dinero por la habilidad de aquéllos contra los que jugaban, salían de allí con semblantes menos alegres de los que tenían al entrar. Los jugadores prudentes, que no exponen su fortuna al azar del juego, y que juegan para sacar provecho de su talento, no pudieron ocultarle sus trampas a la Bella. Hubiera querido advertirles a sus víctimas el mal que les estaban haciendo, pero, a más de mil leguas de ellos, tal cosa no estaba en su poder. Oía y veía todo de manera muy nítida, sin que le fuese posible hacerles oír su voz, ni tampoco lograr que la vieran. Los reflejos que llevaban hasta ella lo que veía y oía no eran lo bastante perfectos como para hacer el camino inverso. Estaba situada por encima del aire y el viento, todo llegaba a ella por el pensamiento. Reflexionó en todas estas cosas y eso le impidió hacer tentativas inútiles.

Ya había pasado la medianoche cuando pensó que era hora de retirarse. La necesidad de comer podría haberle revelado lo tarde que era, pero había encontrado en su palco licores y canastas llenas con todo lo necesario para una colación. Su cena fue ligera y corta. Se dio prisa en acostarse. La Bestia percibió su impaciencia y fue simplemente a desearle las buenas noches, para dejarle a ella tiempo para dormir y al desconocido libertad para volver a aparecer. Los días siguientes fueron similares. Tenía en sus ventanas una fuente inagotable de nuevos entretenimientos. Las otras tres le procuraban, una, el placer de la Comedia Italiana^[3], otra, la vista a las Tullerías, donde se dan cita todas las personas más distinguidas y agraciadas de ambos sexos que hay en Europa. La última ventana no era la menos agradable: le brindaba una manera segura de enterarse de todo lo que se hacía en el mundo. Las escenas eran entretenidas y variadas de todos los modos posibles. A veces lo que veía era una célebre embajada, una boda ilustre o algunas revoluciones interesantes. Estaba delante de esta ventana en tiempos de la última revuelta de los jenízaros, y fue testigo de ella hasta el final^[4].

A cualquier hora que estuviese allí, estaba segura de hallar una ocupación agradable. El disgusto que había sentido los primeros días al oír a la Bestia se había disipado por completo. Sus ojos se habían acostumbrado a su fealdad. Se había habituado a sus tontas preguntas y, si la conversación hubiera sido más larga, quizás la habría visto con más agrado. Pero cuatro o cinco frases siempre iguales, dichas de manera grosera y que sólo pedían un sí o un no, no eran de su gusto.

Como todo parecía afanarse en satisfacer por adelantado los deseos de la Bella,

ésta ponía más cuidado en acicalarse, aunque estuviera segura de que nadie podía verla. Pero se debía a sí misma ese cuidado, y era un placer para ella ponerse los diferentes trajes de todas las naciones de la tierra, tanto más fácilmente cuanto que su ropero le brindaba todo lo que podía desear y todos los días le presentaba algo nuevo. Vestida con sus distintas galas, su espejo le hacía saber que hubiera podido agradecerles a todas las naciones, y sus animales, cada uno de acuerdo con su talento, se lo repetían sin cesar: los monos con sus gestos, los loros con sus palabras y los pájaros con su canto.

Una vida tan deliciosa tendría que haber colmado sus deseos. Pero todo cansa; la mayor felicidad se vuelve insulsa cuando es continua, cuando proviene siempre de las mismas cosas y uno se encuentra exento de temor y de esperanza. La Bella lo sufrió en carne propia. El recuerdo de su familia fue a turbarla en medio de su prosperidad. Su felicidad no podía ser perfecta mientras no tuviese la dulce satisfacción de hacérsela conocer a su familia.

Como su trato con la Bestia se había vuelto más familiar, ya fuese por la costumbre de verla o por la mansedumbre que le hallaba en el carácter, pensó que podía preguntarle algo; pero sólo se tomó esa libertad después de lograr que la Bestia le prometiese que no se pondría furiosa. La pregunta que le hizo fue si en el castillo estaban ellos dos solos.

—Sí, te lo juro —le dijo el monstruo con alguna vehemencia—, y te aseguro que tú y yo, los monos y los demás animales somos los únicos seres que respiran en este lugar.

La Bestia no dijo nada más y salió de manera más brusca que de costumbre.

La Bella había hecho esa pregunta sólo para tratar de averiguar si su enamorado no estaba en aquel palacio. Hubiera deseado verlo y conversar con él; ésa era una dicha que hubiera aceptado pagar con su libertad y aun con todos los placeres que la rodeaban. Si aquel encantador joven ya no existiese más que en su imaginación, ella consideraría ese palacio una prisión que terminaría siendo su tumba.

Estas tristes ideas la atormentaron también por la noche. Soñó que estaba, afligida, al borde un gran canal, cuando su querido desconocido, muy alarmado por su triste estado, le dijo, tomándole tiernamente las manos entre las suyas:

—¿Qué es, mi querida Bella, lo que te desagrada y altera tu tranquilidad? En nombre del amor que siento por ti, dignate explicármelo, nada te será negado. Eres aquí la única soberana, todo está sometido a tus órdenes. ¿De dónde proviene el pesar que te abrumba? ¿Será tener que ver a la Bestia lo que te apena? Tienes que quedar libre de ella.

Dijo estas palabras, y a la Bella le pareció que el desconocido sacaba un puñal y se disponía a degollar al monstruo, que no hacía ningún esfuerzo para defenderse, que incluso se exponía a los golpes con una sumisión y una docilidad que le hicieron temer a la bella durmiente que, aunque se había levantado para acudir en socorro de la Bestia, el desconocido alcanzase su objetivo antes que ella pudiera impedirlo. En

cuanto se dio cuenta de la intención del desconocido, y para anticipar los efectos de su protección, exclamó con todas sus fuerzas:

—¡Detente, bárbaro, no hieras a mi benefactor, o bien, mátame!

El joven, que se obstinaba en apuñalar a la Bestia a pesar de los gritos de la Bella, le dijo a ésta, encolerizado:

—¿Ya no me amas, entonces, puesto que tomas partido por este monstruo que se opone a mi dicha?

—Eres un ingrato —le contestó ella mientras seguía reteniéndolo—, te amo más que a mi propia vida, y preferiría perderla antes que dejar de amarte. Lo eres todo para mí, y no soy tan injusta como para compararte con ninguno de los bienes de este mundo. Renunciaría sin pena a ellos para seguirte a los desiertos más inhóspitos. Pero esos tiernos sentimientos no pueden ponerse por encima de mi agradecimiento. Le debo todo a la Bestia, ella se anticipa a mis deseos, es ella quien me procuró el bien de conocerte, y me someto a la muerte antes que sufrir que le hagas el menor ultraje.

Luego de semejantes combates, los objetos desaparecieron y la Bella creyó ver a la dama que ya había visto en noches anteriores, y que le decía:

—¡Ánimo, Bella, sé el modelo de las mujeres generosas! Haz saber que eres tan prudente como encantadora, no dudes en sacrificar tu inclinación en nombre de tu deber. Tomas el auténtico camino de la felicidad. Serás feliz, siempre y cuando no confíes en las apariencias engañosas.

Cuando la Bella se despertó, reflexionó en ese sueño que comenzaba a parecerle misterioso. Pero todavía era un enigma para ella. El deseo de volver a ver a su padre era más fuerte durante el día que las inquietudes que, mientras dormía, le causaban el monstruo y el desconocido. De modo tal que, ni tranquila durante la noche, ni contenta durante el día, a pesar de hallarse en medio de la mayor opulencia, para calmar sus pesares sólo tenía el placer de los espectáculos. Fue a la Comedia Italiana, de la que, desde la primera escena, salió para ir a la Ópera, pero también salió de allí con la misma prontitud. Su pesar la seguía a todas partes; a menudo abría más de seis veces cada una de las seis ventanas, sin encontrar en ellas un momento de tranquilidad. Las noches que pasaba eran semejantes a los días, siempre llenos de agitación; y la tristeza comenzaba a afectar profundamente sus encantos y su salud.

Tenía mucho cuidado de ocultarle a la Bestia el dolor que la abrumaba, y el monstruo, que la había sorprendido varias veces con los ojos llenos de lágrimas, aceptaba su explicación de que le dolía un poco la cabeza y no preguntaba nada más. Pero una noche sus sollozos la traicionaron y, sin poder ya disimular, le dijo a la Bestia, que quería conocer el motivo de su pena, que tenía ganas de volver a ver a su familia.

Al oír estas palabras, la Bestia se dejó caer, sin fuerzas para sostenerse, y dando un gran suspiro, o más bien un alarido capaz de hacer morir de miedo, respondió:

—¡Cómo, Bella! ¡Quieres abandonar a una desdichada Bestia! ¿Tendría que haberme imaginado que serías tan desagradecida? ¿Qué te falta para ser feliz? Las

atenciones que tengo para contigo, ¿no tendrían que protegerme de tu odio? ¡Qué injusta eres! Prefieres la casa de tu padre y la envidia de tus hermanas; te gusta más vigilar los rebaños que disfrutar aquí de los placeres de la vida. No es por cariño hacia tu familia, es por antipatía hacia mí que quieres alejarte.

—No, Bestia —le respondió la Bella con aire tímido y lisonjero—, no te odio, y me disgustaría perder la esperanza de volverte a ver; pero no puedo vencer el deseo que tengo de abrazar a mi familia. Permíteme que me ausente durante dos meses, y te prometo que regresaré con alegría a pasar el resto de mi vida a tu lado y que no te pediré nunca más otro permiso.

Durante este discurso, la Bestia, tendida en el suelo y con la cabeza echada hacia atrás, sólo dejaba ver que todavía respiraba por sus dolorosos suspiros. Le respondió a la Bella en estos términos:

—No puedo negarte nada, pero quizás esto me cueste la vida. No importa. En la habitación contigua a la tuya encontrarás cuatro cajas: llénalas con todo lo que te guste, ya sea para ti o para tu familia. Si faltas a tu palabra, te arrepentirás y te disgustará, cuando ya sea demasiado tarde, la muerte de tu pobre Bestia. Vuelve al cabo de dos meses y me hallarás con vida. Para tu regreso no necesitarás caballos ni carruaje. Tan sólo despídete de tu familia por la noche, antes de retirarte, y cuando estés en la cama, dale media vuelta a tu anillo y di con tono firme: *Quiero volver a mi palacio para ver a mi Bestia*. Buenas noches, y no te preocupes por nada: duerme tranquilamente, verás a tu padre mañana temprano. Adiós, Bella.

En cuanto se vio sola, se apresuró a llenar las cajas con todos los primores y riquezas imaginables. Las cajas sólo quedaron llenas cuando se cansó de meter cosas en ellas. Después de todos esos preparativos, se fue a la cama. La esperanza de volver a ver de un momento a otro a su familia la tuvo despierta todo el tiempo que tendría que haber dormido, y el sueño sólo la venció a la hora en que tendría que haberse levantado. Mientras dormía vio a su encantador desconocido, pero ya no era el mismo: tumbado en el césped, parecía sufrir el más intenso de los dolores.

La Bella, conmovida al verlo en ese estado, se ilusionó con sacarlo de aquella profunda melancolía preguntándole la causa de su pena. Pero su enamorado, mirándola con ojos llenos de languidez, le dijo:

—¿Cómo puedes, inhumana, hacerme esa pregunta? ¿Acaso lo ignoras, siendo que te vas y que esta partida es mi sentencia de muerte?

—No te abandones al dolor, querido desconocido —le respondió ella—; mi ausencia será breve, sólo quiero que mi familia deje de creer que he tenido un triste fin y muy pronto regresaré a este palacio. No volveré a dejarte. Y ¿cómo podría abandonar una morada que me gusta tanto? Además, le he dado a la Bestia mi palabra de que volveré, y no puedo faltar a ella. Pero ¿por qué este viaje tiene que separarnos? Sé mi guía. Pospondré mi viaje hasta mañana para pedírselo a la Bestia. Estoy segura de que no me lo negará. Acepta mi proposición; así no tendremos que separarnos y volveremos juntos aquí; mi familia estará encantada de verte y yo confío

en que tendrá para contigo toda la consideración que mereces.

—No puedo ceder a tus deseos —respondió el enamorado— a menos que estés decidida a no volver nunca aquí. Es el único medio de hacerme salir. Piensa lo que quieres hacer. El poder de los habitantes de este lugar no es lo bastante grande como para obligarte a volver. Lo único que puede ocurrirte es apenas a la Bestia.

—No te lo imaginas —respondió la Bella con vivacidad—: me dijo que se moriría si yo faltaba a mi palabra...

—¿Qué te importa eso? —replicó el enamorado—. ¿Acaso será una desgracia que para lograr tu satisfacción baste con sacrificar la vida de un monstruo? ¿De qué le sirve él al mundo? ¿Quién saldría perdiendo con la destrucción de un ser que no está en la tierra más que para causarle horror a la naturaleza entera?

—¡Ah! —exclamó la Bella casi furiosa—, tienes que saber que yo daría mi vida por conservar la suya, y que ese monstruo, que sólo lo es por su aspecto, tiene tanta humanidad que no debe ser castigado por una deformidad a la que no contribuye en nada. Yo no puedo pagar sus bondades con una ingratitud tan perversa.

El desconocido la interrumpió para preguntarle que haría si el monstruo tratase de matarlo y, en caso de que uno de los dos tuviera que hacer perecer al otro, a cuál de ellos le daría auxilio.

—Te amo de una manera exclusiva —respondió ella—; pero, aunque mi cariño sea extremo, no podría disminuir mi agradecimiento por la Bestia; y si me viese en esa funesta situación, me precavería del dolor que las consecuencias de ese dilema podrían causarme dándome muerte a mí misma. Pero ¿para qué hacer suposiciones tan desagradables? Aunque no sean más que una fantasía, la sola idea me hiela la sangre. Cambiemos de tema.

Y dio el ejemplo, diciéndole las más halagüeñas palabras que una tierna enamorada puede decirle a su enamorado. No se sentía retenida por el altivo decoro y, como el sueño le daba la libertad de actuar de manera natural, le reveló sentimientos que, de haber usado toda su razón, habría disimulado. Durmió largo tiempo y, cuando se despertó, sintió miedo de que la Bestia faltase a su palabra. Estaba sumida en esa incertidumbre cuando oyó el sonido de una voz humana que le era familiar. Descorrió precipitadamente las cortinas y se sorprendió al verse en una habitación que no conocía y cuyos muebles no eran tan lujosos como los del palacio de la Bestia.

Ese prodigio hizo que se apresurase a levantarse y abrir la puerta de la habitación. No reconocía nada de aquel aposento. Lo que más le extrañó fue encontrar allí las cuatro cajas que había preparado la víspera. El traslado de su persona y de sus tesoros era una prueba del poder y de las bondades de la Bestia, pero ¿dónde se encontraba? Seguía sin saberlo cuando, oyendo al fin la voz de su padre, fue a echarle los brazos al cuello. Su presencia sorprendió a sus hermanos y a sus hermanas. La miraron como si llegase de otro mundo. Todos la abrazaron dando las mayores muestras de alegría, pero sus hermanas, en lo hondo del corazón, sufrían al volver a verla. Sus celos no se habían extinguido.

Después de muchas amabilidades recíprocas, el buen hombre quiso verla a solas, para saber por ella las circunstancias de un viaje tan sorprendente y ponerla al corriente del estado de su fortuna, en la que ella había tenido una influencia tan grande. Le dijo que el día en que la había dejado en el palacio de la Bestia, él había sido devuelto a su casa esa misma noche sin la menor fatiga; que, por el camino, había reflexionado en la manera de ocultarles los baúles a sus hijos, deseando que se los depositase en un pequeño gabinete contiguo a su habitación y cuya llave tenía él solo; que había pensado que ese deseo era imposible de realizar; pero que, cuando puso el pie en el suelo, como el caballo que había cargado los baúles salió huyendo, se vio repentinamente libre de la dificultad de ocultar sus tesoros.

—Te confieso —le dijo aquel anciano a su hija— que esas riquezas de las que me creía privado no me causaron ninguna pena, no las había poseído durante tanto tiempo como para lamentarlas mucho. Pero me pareció que esa aventura era un cruel pronóstico de tu destino. No tenía dudas de que la Bestia pérfida actuaría de la misma manera contigo; temía que los favores de que te hacía objeto durasen tan poco como los que me había concedido. Esa idea me produjo inquietud; para disimularla, fingí tener necesidad de descanso; era sólo para poder entregarme sin freno al dolor. Pero mi aflicción no duró. Al ver mis baúles, que había creído perdidos, los consideré un buen augurio de tu felicidad; los encontré colocados en mi pequeño gabinete, en el lugar en que precisamente deseaba tenerlos; las llaves, que había olvidado en la mesa del salón en que habíamos pasado la noche, estaban puestas en las cerraduras. Esa circunstancia, que me daba una nueva prueba de la bondad de la Bestia, siempre atenta, me llenó de alegría. Fue entonces cuando, ya sin dudas de que tu aventura tendría un desenlace favorable, me reproché a mí mismo las injustas sospechas que había tenido de la probidad de ese generoso monstruo, y le pedí mil veces perdón por las injurias que, interiormente, mi dolor me había obligado a proferir contra él.

»Sin revelarles a mis hijos la magnitud de mi fortuna, me contenté con darles lo que tú les enviabas y hacerles ver algunas joyas de un valor muy modesto. Más tarde fingí que las había vendido y que había empleado el dinero para procurarnos una vida más cómoda. Compré esta casa; tengo esclavos que nos eximen de los trabajos a los que nos sometía la necesidad. Mis hijos gozan de una vida desahogada: ése era todo mi deseo. La ostentación y el fasto, en otros tiempos, me ganaron la envidia de muchos, y, si me diese aires de rico millonario, eso volvería a ocurrir. Hay muchos partidos, Bella, que se presentan para tus hermanas, de un momento a otro voy a casarlas, y tu feliz llegada me induce a hacerlo. Una vez que les haya dado la parte que tú les adjudiques de los bienes que me procuraste, ya sin tener que preocuparme por darles una situación, viviremos, hija mía, con tus hermanos, a los que tus presentes no han sido capaces de consolar de tu pérdida; o, si así lo prefieres, viviremos juntos nosotros dos solos.

La Bella, conmovida con las bondades de su padre y con el testimonio que le daba del afecto de sus hermanos, le dio cariñosamente las gracias por todos aquellos

ofrecimientos y creyó que era su deber no ocultarle que no había vuelto para quedarse con él. El buen hombre, apenado por no tener a su hija como sostén de su vejez, no trató, sin embargo, de apartarla de un deber que reconocía como algo indispensable.

La Bella, a su vez, le hizo el relato de todo cuanto le había acontecido en su ausencia. Le habló de la vida dichosa que llevaba. El buen hombre, feliz con los detalles encantadores de las aventuras de su hija, cubrió a la Bestia de bendiciones. Su alegría fue mucho mayor cuando la Bella, abriendo sus cajas, le hizo ver riquezas inmensas, y él se sintió en libertad para disponer en favor de su familia de las que había traído, ya que tenía bastante con esas últimas pruebas de generosidad de la Bestia para vivir agradablemente con sus hijos. Hallando que ese monstruo tenía un alma demasiado bella para estar alojada en un cuerpo tan horrible, consideró que era su deber aconsejarle a su hija que, a pesar de su fealdad, se casase con él. Llegó a emplear las más poderosas razones para hacerle tomar esa decisión.

—No debes basarte en lo que te muestran tus ojos —le dijo—. Sin cesar se te exhorta a dejarte guiar por el agradecimiento. Siguiendo los impulsos que éste te inspira, se te asegura que serás feliz. Es cierto que sólo recibes esos avisos en sueños; pero esos sueños son demasiado coherentes y se producen demasiado a menudo para atribuirlos sólo al azar. Te prometen ventajas considerables y eso es suficiente para que venzas tu repugnancia. De modo que, cuando la Bestia te pregunte si quieres que se acueste contigo, te aconsejo que no la rechaces. Me has confesado que te ama entrañablemente. Toma las medidas adecuadas para que tu unión sea eterna. Es más conveniente tener un marido de carácter amable que uno cuyo único mérito sea el buen aspecto. ¿Cuántas jóvenes hay a las que se las hace casar con tontos ricos, pero más tontos que la Bestia^[5], que sólo lo es por el rostro y no por los sentimientos y las acciones?

La Bella estuvo de acuerdo con todas estas razones. Pero decidirse a tomar por esposo un monstruo horrible por sus facciones y cuyo espíritu era tan tosco como el cuerpo era algo que no le parecía posible.

—¿Cómo decidirme —le respondió a su padre— a elegir un marido con el que no podré conversar, y cuya cara no se verá corregida por un diálogo ameno? ¡Carecer de cuanto pueda distraerme y hacerme olvidar esa funesta relación! ¡No tener nunca el agrado de estar a veces lejos de él! ¡Limitar todo mi placer a cinco o seis preguntas acerca de mi apetito y mi salud! ¡Ver como esa extraña conversación termina con un «Buenas noches, Bella», estribillo que mis loros se saben de memoria y repiten cien veces por día!... No, no está en mi poder hacer semejante matrimonio, y prefiero morirme de una vez antes que morirme cada día de miedo, de pena, de asco y de aburrimiento. No hay nada que hable en su favor fuera de la atención que tiene la Bestia de hacerme una corta visita y no presentarse ante mí sino cada veinticuatro horas. ¿Basta eso para inspirar amor?

El padre admitía que su hija tenía razón; pero, viendo tanta amabilidad en la Bestia, no creía que fuese tan estúpida. El orden, la abundancia, el buen gusto que

reinaban en su palacio, no eran, según él, la obra de un imbécil. En suma, la encontraba digna de las atenciones de su hija; y a la Bella habría llegado a gustarle un poco el monstruo, si su enamorado nocturno no estuviese allí para poner obstáculo. El paralelo que hacía entre aquellos dos enamorados no podía resultarle ventajoso a la Bestia. El mismo anciano tampoco ignoraba la gran diferencia que había que hacer entre uno y otro. Sin embargo, aún trató por todos los medios de vencer la repugnancia de su hija. Le hizo recordar los consejos de la dama, que le había advertido de que no se dejase engañar por el primer golpe de vista, y que, con sus discursos, parecía haber querido darle a entender que aquel joven sólo podía hacerla infeliz.

Es más fácil razonar sobre el amor que vencerlo. La Bella no tuvo fuerzas para rendirse a las reiteradas súplicas de su padre. Éste se separó de ella sin haber podido persuadirla. La noche, ya muy avanzada, la invitaba al reposo, y a aquella muchacha, aunque estuviese encantada de volver a verlo, no le disgustó que la dejase en libertad de acostarse. Se sintió feliz de quedarse sola. Sus ojos soñolientos le hacían esperar que pronto volvería a ver, mientras durmiese, a su querido enamorado. Se sentía impaciente por gozar de ese dulce placer. Un tierno afán era la marca de la alegría que su corazón enternecido podía sentir con tan hermoso trato; pero aunque su imaginación le mostró los lugares en que solía tener encantadoras conversaciones con el querido desconocido, y que habían quedado grabados en ella, no fue lo bastante potente para hacérselo ver tal como ella lo había deseado.

Se despertó varias veces, volvió a dormirse varias veces, y los angelitos del amor no revolotearon alrededor de su lecho; para decirlo todo, en lugar de la noche llena de agrado e inocentes placeres que había confiado en pasar en brazos del sueño, ésa fue para ella una noche extremadamente larga y repleta de inquietudes. En el palacio de la Bestia nunca había pasado una noche semejante, y el día, que vio nacer con una especie de satisfacción y de impaciencia, llegó oportunamente para librarla de esas penas crueles.

Su padre, enriquecido con las liberalidades de la Bestia, y para estar en condiciones de proporcionarles una situación a sus hijas, había dejado la casa de campo. Vivía en una gran ciudad, en la que su nueva fortuna acababa de granjearle nuevos amigos, o, más bien, nuevos conocidos. Entre las personas que frecuentaba pronto corrió el rumor de que la más joven de sus hijas estaba de regreso. Todo el mundo mostró el mismo afán por verla, y todos quedaron tan encantados con su inteligencia como con su persona.

Los días tranquilos que ella había pasado en su palacio desierto; los inocentes placeres que un dulce sueño le prodigaba sin cesar; las mil distracciones que se habían sucedido unas a otras para que el tedio no entrase en su corazón; en fin, todas las atenciones del monstruo habían contribuido a hacerla aún más bella y más encantadora de lo que era antes de que su padre la abandonase.

Fue la admiración de cuantos la vieron. Los pretendientes de sus hermanas, sin

molestarse en disfrazar su infidelidad con algún pretexto, se enamoraron de ella y, atraídos por la fuerza de sus encantos, no se avergonzaron en lo más mínimo por abandonar a sus primeras enamoradas. Insensible a las atenciones demasiado evidentes de una multitud de adoradores, la Bella no escatimó esfuerzos para desalentarlos y hacerlos volver a sus primeros amores, pero, a pesar de todo su empeño, no quedó al abrigo de los celos de sus hermanas.

Aquellos enamorados inconstantes, lejos de disimular sus nuevos ardores, inventaban cada día alguna nueva fiesta para hacerle la corte. Incluso le suplicaron que estableciese un premio capaz de animar los juegos que querían hacer en su honor; pero la Bella, que no podía ignorar la pena que les causaba a sus hermanas y no quería negarse del todo al favor que se le pedía tan encarecidamente y de una manera tan galante, encontró la manera de contentarlos a todos, declarando que sus hermanas y ella darían sucesivamente los premios que hubieran merecido los vencedores. Lo que ella prometía no era más que una flor o algo semejante. Les dejaba a sus hermanas mayores la vanidad de dar, por su parte, joyas, coronas de diamantes, espléndidas armas o brazaletes soberbios, obsequios que les suministraba su mano liberal y de los que no quería enorgullecerse ella misma. Los tesoros que el monstruo le había prodigado no dejaban que le faltase nada. Compartía con sus hermanas todo lo más extraordinario y elegante que había llevado consigo. Dando tan sólo bagatelas ella misma, y dejándoles a sus hermanas el gusto de dar mucho, esperaba inducir a los jóvenes tanto al amor como al agradecimiento. Pero aquellos enamorados querían conquistar su corazón, y lo que ella les daba les resultaba mucho más precioso que todos los tesoros que les prodigaban las otras.

Los placeres de los que gozaba en medio de su familia, aunque muy inferiores a aquéllos de los que gozaba en casa de la Bestia, la entretuvieron lo bastante como para impedir que se aburriese. No obstante, la satisfacción de ver a su padre, al que amaba entrañablemente, el agrado de estar con sus hermanos, que de cien modos diferentes se esforzaban en mostrarle todo el afecto que sentían por ella, y la alegría de conversar con sus hermanas, a las que amaba aunque ellas no le correspondiesen, nada de eso pudo impedir que echase de menos sus agradables sueños. En la casa de su padre, su desconocido, ¡qué pena para ella!, ya no iba en mitad de sus sueños a decirle las más tiernas palabras. Las atenciones que tenían con ella los enamorados de sus hermanas no la resarcían de la pérdida de aquel placer imaginario. Incluso aunque hubiese tenido un carácter que la hiciera capaz de vanagloriarse de semejantes conquistas, ella sabía diferenciar perfectamente entre su solicitud y la que mostraban por ella la Bestia y su amable desconocido.

Las atenciones de los jóvenes sólo recibieron en pago la mayor indiferencia; pero la Bella, al ver su obstinación en competir unos con otros para probarle el amor más apasionado, a pesar de la frialdad que les mostraba, creyó que era su deber darles a conocer que perdían el tiempo. El primero al que trató de desengañar fue el pretendiente de su hermana mayor, al que le dijo que ella sólo había vuelto con su

familia para asistir al casamiento de sus hermanas, sobre todo al de la mayor, y que iba a rogarle a su padre que se apresurase a realizarlo. La Bella no se encontró con un hombre seducido por las cualidades de su hermana. Ya no tenía suspiros más que para ella, y ni su frialdad, ni su desdén, ni la amenaza de volver a partir una vez pasados dos meses fueron capaces de disuadirlo. Afligidísima por no haber tenido éxito con su proyecto, les dijo lo mismo a los demás y la apesadumbró constatar que ellos albergaban sentimientos semejantes. Para colmo de tristeza, sus injustas hermanas, que la consideraban una rival, concibieron por ella una aversión que no pudieron disimular, y mientras la Bella deploraba el efecto demasiado grande que poseían sus encantos, tuvo el dolor, además, de enterarse de que sus nuevos pretendientes, pensando que se estorbaban unos a otros y que la oposición entre ellos era la causa de que ninguno se viese favorecido, llegaron al disparate de querer batirse a duelo. Todos esos disgustos le hicieron concebir el propósito de partir más pronto de lo que tenía decidido.

Su padre y sus hermanos lo hicieron todo por retenerla, pero, esclava de su palabra y firme en su resolución, las lágrimas de uno y las plegarias de los otros no pudieron doblegarla. Todo lo que obtuvieron fue que postergase su partida tanto como pudo. Los dos meses habían transcurrido, y cada mañana tomaba la resolución de despedirse de su familia; pero, al llegar la noche, no tenía fuerzas para hacerlo. Debatiéndose entre el cariño y el agradecimiento, no podía decidirse por el primero sin ser injusta con el segundo. En medio de su confusión, lo único que pudo hacer que se decidiese fue un sueño. Mientras dormía, creyó que estaba en el palacio de la Bestia, en un sendero apartado, al final del cual había un fuerte cubierto de malezas que ocultaba la entrada de una caverna de la que salían horribles gemidos; reconoció la voz de la Bestia y acudió a socorrerla. El monstruo, que en el sueño se le apareció tendido en el suelo y agonizante, le reprochó que ella fuese la causa de que él se encontrase en ese triste estado, y que le hubiese pagado su amor con la más cruel ingratitud. Luego vio a la dama a la que ya había visto en sueños, que le dijo con tono severo que estaría perdida por poco que tardase en cumplir sus promesas; que le había prometido a la Bestia que regresaría al cabo de dos meses, los que ya habían transcurrido; que si tardaba un día más, la Bestia se iba a morir; que el desorden que causaba en la casa de su padre y el odio de sus hermanas tenían que inducirlo a partir con tanto más gusto cuanto que en el palacio de la Bestia todo contribuía a complacerla.

La Bella, espantada con este sueño y temiendo ser causa de la muerte de la Bestia, se despertó de golpe y sin tardanza fue a decirle a toda la familia que no quería demorar su partida. La noticia suscitó distintas reacciones. El padre dejó que hablasen sus lágrimas, los hermanos declararon que no la dejarían partir, y los enamorados, presas de la desesperación, juraron que montarían guardia en torno a la casa. Sólo las hijas, lejos de parecer afligidas por la partida de su hermana, no tuvieron más que alabanzas para su buena fe; incluso, adornándose a sí mismas con esa virtud, tuvieron

la osadía de asegurar que, si hubiesen dado su palabra, como lo había hecho la Bella, el aspecto de la Bestia no las haría dudar en cumplir tan justo deber, y ya estarían de regreso en aquel palacio maravilloso. De ese modo querían disimular los crueles celos que tenían en el corazón. Sin embargo, la Bella, encantada con sus aparentes sentimientos de generosidad, ya sólo pensó en convencer a sus hermanos y a sus pretendientes de la obligación en que se encontraba de alejarse de ellos. Pero sus hermanos la amaban demasiado para aceptar su partida, y los pretendientes, demasiado enamorados de ella, no entraban en razones. Unos y otros, que ignoraban de qué modo la Bella había vuelto a casa de su padre y no dudaban que el caballo que la primera vez la había llevado al palacio de la Bestia la volviese a buscar, resolvieron por unanimidad oponerse a ello.

Las hermanas, que sólo mostraban la apariencia de una pretendida buena fe para ocultar la alegría íntima que sentían, al ver que se acercaba el momento de la partida de la Bella temían más que a la muerte que los enamorados lo retrasaran. Pero la Bella, firme en su resolución, sabiendo adónde la llamaba el deber y sin querer que una pérdida de tiempo le impidiese prolongarle los días a la Bestia, su benefactora, se despidió, en cuanto llegó la noche, de toda su familia y de aquéllos que se interesaban en su destino. Les aseguró que, por más atentos que estuviesen a impedir su partida, estaría junto a la Bestia a la mañana siguiente antes que ellos se despertaran, y que quería volver al palacio encantado.

No se olvidó, al acostarse, de darle vuelta al anillo. Su sueño fue largo y sólo se despertó cuando el reloj, al dar las doce, le hizo oír su nombre hecho música. Gracias a esa señal comprendió que sus deseos se habían cumplido. Cuando hubo dado muestras de que ya no quería dormir, los animales que se habían mostrado solícitos en atenderla rodearon su cama. Todos le manifestaron la satisfacción que sentían con su regreso, y le dieron a conocer el dolor que les había causado su larga ausencia.

Aquel día le pareció más largo que todos los que había pasado en ese lugar; no porque echara de menos la compañía que había dejado, sino porque estaba impaciente por volver a ver a la Bestia y no quería omitir nada que pudiese justificarla. Otra esperanza la animaba también: la de tener, durante el sueño, las gratas conversaciones con el desconocido; placer del que se había visto privada durante los dos meses que acababa de pasar con su familia y que sólo podía disfrutar en el recinto de aquel palacio.

En fin, la Bestia y el desconocido fueron, alternativamente, el objeto de sus pensamientos. Por momentos se reprochaba no corresponderle a un enamorado que debajo de una figura monstruosa dejaba ver un alma tan bella; en otros momentos se sentía triste por entregarle el corazón a una imagen fantástica que sólo tenía la existencia que le prestaban los sueños. Dudaba si su corazón debía preferir una quimera antes que el amor real de una Bestia. El sueño que le hacía ver a su apuesto desconocido la prevenía continuamente de que no debía fiarse de sus ojos. Temía que sólo se tratase de una ilusión vana, de las que hacen nacer los vapores del sueño y que

aniquila el despertar.

Así, siempre indecisa, enamorada del desconocido, sin querer desagradar a la Bestia y sin tratar de ocuparse de otra cosa que no fuesen sus placeres, fue a la Comedia Francesa, que le pareció de lo más insulsa. Cerró bruscamente la ventana, pensando desquitarse con la Ópera: la música le pareció lamentable. Tampoco la Comedia Italiana tuvo la virtud de distraerla; le pareció que la obra carecía de picardía, de chispa y de coherencia. El tedio, el hastío que la seguían, no le permitieron hallar placer en ninguna parte. En los jardines no encontró ningún agrado. La corte que la rodeaba trató de divertirla: algunos perdieron el fruto de sus brincos y otros el de sus bonitos discursos y sus gorjeos. Estaba impaciente por recibir la visita de la Bestia, cuyos pasos le parecía oír a cada momento. Pero esa hora tan deseada llegó sin que la Bestia apareciera. Alarmada, y como enojada por ese retraso, no atinaba a imaginar cuál podía ser la causa de su ausencia. Flotando entre el miedo y la esperanza, con el espíritu agitado y el corazón lleno de tristeza, bajó a los jardines, resuelta a no volver al palacio hasta no encontrar a la Bestia. No vio huella alguna en ninguno de los lugares que recorrió. La llamó, y sólo el eco repitió sus gritos. Después de pasar más de tres horas en ese desagradable ejercicio, y vencida por el cansancio, se sentó en un banco. Se imaginaba que la Bestia estaba muerta o que había abandonado aquellos lugares. Se hallaba sola en aquel palacio, sin esperanzas de salir de él. Extrañaba las charlas con la Bestia, aunque no fuesen divertidas para ella, y lo que le parecía extraordinario era descubrir que era tan sensible a lo que le ocurriese a ese monstruo. Se reprochaba a sí misma no haberse casado con él. Considerándose la responsable de su muerte (porque temía que su ausencia demasiado larga la hubiera causado), se hacía los más duros y más despiadados reproches.

En medio de estas tristes reflexiones, se dio cuenta de que estaba en el mismo sendero en el que, la última noche que había pasado en casa de su padre, se había imaginado al monstruo agonizante en una caverna desconocida. Persuadida de que no había sido el puro azar el que la había llevado allí, encaminó sus pasos hacia el fuerte, que no halló de difícil acceso. Allí vio una caverna que, según le pareció, era la misma que había creído ver en sueños. Como la luna sólo daba una débil luz, los monos pajes aparecieron de inmediato con una cantidad de antorchas suficientes para iluminar aquel antro y permitirle ver a la Bestia tendida en el suelo, aparentemente dormida. Lejos de asustarse al verla, la Bella se sintió contentísima, se acercó a ella sin temor y le pasó la mano por la cabeza, llamándola varias veces; pero, sintiéndola fría y sin movimiento, ya no dudó de que estuviese muerta, lo que le hizo dar gritos de dolor y decir las cosas más conmovedoras del mundo.

La certeza de su muerte no le impidió, sin embargo, esforzarse por reanimarla. Cuando le puso la mano en el corazón, sintió, con una alegría que no se puede expresar, que aún respiraba. Sin perder tiempo en hacerle más caricias, la Bella salió de la caverna y corrió hasta una fuente, de la que sacó agua con las manos para luego

volver y echársela en la cara a la Bestia; pero como sólo podía sacar muy poca cada vez y la derramaba antes de llegar junto a la Bestia, su auxilio hubiera resultado tardío sin la ayuda de los monos cortesanos, que corrieron hasta el palacio y volvieron con tanta diligencia que, en un momento, tuvo un jarro con que cargar agua y licores fortificantes. Hizo que la Bestia inhalase y bebiese los licores, lo que, produciendo un efecto admirable, le devolvió un tanto el movimiento y, poco después, la hizo volver en sí. Le dio ánimos de viva voz y la acarició tanto que terminó por reponerse.

—¡Qué inquietud me causaste! —le dijo tiernamente a la Bestia—. No sabía hasta qué punto te amaba. El miedo a perderte me hizo conocer que estoy ligada a ti por lazos más fuertes que los del agradecimiento. Te juro que sólo pensaba en morir si no hubiera podido salvarte la vida.

Al oír estas tiernas palabras, la Bestia, que se sentía por completo aliviada, le respondió con una voz que sin embargo era todavía débil:

—Eres muy buena, Bella, para amar a un monstruo tan feo, pero haces bien: te amo más que a mi propia vida. Creía que ya no regresarías; eso me habría matado. Dado que me amas, quiero vivir. Vete a descansar y ten la seguridad de que serás tan feliz como tu buen corazón lo merece.

La Bella todavía no le había oído pronunciar a la Bestia un discurso tan largo. No era elocuente, pero le agradó por el tono de dulzura y sinceridad que creyó notar en él. Se esperaba a que la regañasen o, por lo menos, que le hicieran reproches. Tuvo, a partir de ese momento, una mejor opinión del carácter de la Bestia: como ya no le parecía tan estúpida, incluso consideró que sus cortas respuestas eran un rasgo de prudencia; y, cada vez más dispuesta en su favor, se retiró a sus aposentos con la mente llena de las ideas más halagüeñas.

La Bella, cansadísima, encontró allí todos los refrigerios que necesitaba. Sus párpados pesados le prometían un dulce sueño; en cuanto se acostó, se durmió, y su querido desconocido no tardó en presentarse. Para expresar el placer que sentía de volver a verla, ¡cuántas cosas cariñosas le dijo! Le aseguró que sería dichosa, que ya sólo se trataba de seguir los impulsos que le dictaba la bondad de su corazón. La Bella le preguntó si eso acontecería casándose con la Bestia. El desconocido le respondió que ése era el único medio de lograrlo.

La Bella sintió una especie de despecho, incluso le pareció extraordinario que su enamorado le aconsejase hacer feliz a su rival. Después de ese primer sueño, creyó ver a la Bestia muerta a sus pies. Un momento más tarde, el desconocido aparecía y desaparecía al mismo tiempo para dejar que la Bestia ocupase su lugar. A la que distinguía más nítidamente era a la dama, que parecía decirle: Estoy contenta contigo, sigue siempre el impulso de tu razón y no te preocupes por nada, yo me encargo de hacerte feliz. La Bella, a pesar de estar dormida, parecía mostrar su inclinación por el desconocido y su repugnancia por el monstruo, que no le parecía digno de ser amado. La dama se sonreía ante sus escrúpulos y le hacía notar que su amor por el

desconocido no debía preocuparla; que los impulsos que sentía en ella no tenían nada de incompatible con su intención de cumplir con su deber; que ella podía ceder a esa intención sin oponer resistencia y que su felicidad sería perfecta casándose con la Bestia.

Ese sueño, que terminó cuando se despertó, fue para ella una fuente inagotable de reflexiones. En este último, y en los otros, encontró más fundamento del que suelen tener por lo común los sueños; esto fue lo que la decidió a dar su consentimiento a aquel extraño himeneo. Pero la imagen del desconocido no dejaba de perturbarla. Era el único obstáculo, y no era de poca monta. Siempre dudando de lo que tenía que hacer, fue a la Ópera sin que su confusión cesara. A la salida del espectáculo, se sentó a la mesa; sólo la llegada de la Bestia fue capaz de hacer que se decidiese.

Lejos de reprocharle su larga ausencia, el monstruo, como si el placer de verla le hubiera hecho olvidar sus penas pasadas, pareció, al entrar en los aposentos de la Bella, no tener otro afán que el de saber si se había divertido mucho, si la habían recibido bien y si se había mantenido con buena salud. Ella respondió a todas esas preguntas, y agregó educadamente que había pagado muy caro todos los placeres que había tenido gracias a la Bestia, ya que les habían seguido crueles penas debidas al estado en que la había encontrado.

La Bestia se lo agradeció con muy pocas palabras, después de lo cual, queriendo despedirse, le preguntó, como de costumbre, si quería que se acostase con ella. La Bella permaneció un momento sin responder; pero al fin, resignándose, le dijo temblando:

—Sí, Bestia, lo acepto, siempre y cuando me des tu palabra de matrimonio y recibas la mía.

—Te la doy —repuso la Bestia—, y te prometo que nunca tendré otra esposa...

—Y yo —replicó la Bella— te recibo por esposo y te juro amor y fidelidad.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, se oyó una descarga de artillería; y para que no dudase de que era en señal de regocijo, vio desde las ventanas el cielo en llamas por la iluminación de más de veinte mil cohetes, que se renovaron durante tres horas. Los cohetes formaban cintas: había carteles galantes que representaban las iniciales de la Bella y se podía leer en letras bien dibujadas: ¡VIVAN LA BELLA Y SU ESPOSO! Cuando aquel encantador espectáculo hubo durado bastante, la Bestia le manifestó a su nueva esposa que ya era hora de irse a la cama.

La Bella se acostó, por poco impaciente que estuviera de hallarse junto a ese singular esposo. Las luces se apagaron de inmediato. La Bestia, al acercarse, le hizo temer a la Bella que aplastara el lecho con el peso de su cuerpo. Pero se sintió agradablemente sorprendida al sentir que aquel monstruo se ponía a su lado tan ligeramente como ella acababa de hacerlo. Su sorpresa fue mucho mayor cuando la oyó roncar casi de inmediato y tuvo, por su tranquilidad, una prueba indudable de que dormía con un sueño profundo.

A pesar de su sorpresa, acostumbrada como estaba a las cosas extraordinarias,

después de reflexionar por unos momentos se durmió tan tranquilamente como su esposo, sin dudar de que ese sueño fuese tan misterioso como todo lo que ocurría en aquel palacio. En cuanto se hubo dormido, su querido desconocido llegó, como de costumbre, a visitarla. Estaba más alegre y más acicalado que nunca.

—Te estoy tan agradecido, encantadora Bella —le dijo—, tú me liberas de la horrenda prisión en la que gemía desde hace tanto tiempo. Tu casamiento con la Bestia va a devolverles un rey a sus súbditos, un hijo a su madre y la vida a su reino: todos vamos a ser felices.

La Bella, al escuchar este discurso, sintió un violento despecho, viendo que el desconocido, lejos de manifestarle la desesperación en que debía sumirlo su compromiso, hacía brillar delante de sus ojos una alegría excesiva. Estaba a punto de expresarle su enojo cuando la dama, a su vez, apareció en el sueño.

—Haz alcanzado la victoria —le dijo—, te lo debemos todo, Bella; acabas de preferir el agradecimiento a cualquier otro sentimiento. No existe nadie que, como tú, hubiese tenido fuerzas para cumplir con su palabra a expensas de su propia satisfacción, ni que fuese capaz de exponer su vida para salvar la de su padre. Como recompensa, no hay nadie que pueda esperar gozar jamás de una felicidad igual a la que tu virtud te ha hecho alcanzar. Ahora sólo conoces de ella una ínfima parte, el regreso del sol te enseñará mucho más.

Después de la dama, la Bella vio al joven, pero tendido y como muerto. Toda la noche transcurrió con diferentes sueños. Esas agitaciones se le habían vuelto familiares y no le impedían dormir mucho tiempo. La luz del día la despertó. Brillaba en la habitación mucho más que de costumbre, ya que sus monas no habían cerrado las ventanas; eso le dio ocasión de echarle una mirada a la Bestia. Primero tomó el espectáculo que veía por una continuación habitual de sus sueños y creyó que seguía soñando; luego, cuando ya no pudo dudar de que lo que veía era real, su alegría y su sorpresa fueron extremas.

Por la noche, al acostarse, se había corrido hasta el borde la cama, pensando que no le dejaba suficiente lugar a su horroroso marido. Al principio él había roncado, pero ella, ya antes de dormirse, había dejado de oírlo. Cuando se despertó, el silencio que él guardaba le hizo dudar de que estuviese a su lado; e imaginándose que él se había levantado calladamente, se dio vuelta, para averiguar la verdad, con la mayor precaución posible, y tuvo la agradable sorpresa de encontrar, en lugar de la Bestia, a su querido desconocido.

Como el encantador durmiente le parecía mil veces más hermoso de lo que era durante la noche, para estar segura de que era realmente el mismo se levantó y fue a buscar sobre la cómoda el retrato que solía llevar en el brazo. Pero le fue imposible dejar de reconocerlo. Convencida del carácter poco natural de su sueño, le habló con la esperanza de hacerlo cesar. Como no se despertó al oír su voz, le tiró del brazo. Este segundo intento también resultó inútil y sólo sirvió para revelar que había un encantamiento en todo aquello, lo que la decidió a dejar que pasase ese embrujo, que,

de modo verosímil, debía tener algún plazo prescrito.

Como estaba sola, no temía escandalizar a nadie con las libertades que podía tomarse con él; además, era su esposo. Por eso, dando rienda suelta a sus tiernos sentimientos, le dio mil besos y luego se resignó a esperar con paciencia el fin de aquella especie de letargo. ¡Qué feliz se sentía de estar unida al único que la había inducido a dudar, y de haber hecho por deber lo que habría querido hacer por gusto! Ya no dudaba de la dicha que le habían prometido en sus sueños. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la dama le había dicho la verdad, al señalarle que no era incompatible que sintiera, al mismo tiempo, amor por la Bestia y por su desconocido, ya que ambos no eran más que uno solo.

Sin embargo, su esposo no se despertaba. Después de comer un poco, trató de distraerse con sus ocupaciones ordinarias, pero le parecieron insípidas. Como no se decidía a salir de su habitación, y para no estar sin hacer nada, abrió una partitura y se puso a cantar. Sus pájaros, al oírla, hicieron con ella un concierto tanto más encantador cuanto que la Bella seguía esperando que el despertar de su esposo lo interrumpiría, ya que se ilusionaba con anular el encantamiento con la armonía de su voz.

En efecto, el concierto fue interrumpido, pero no de la manera en que lo había esperado. La Bella oyó el ruido inusual de una carroza bajo las ventanas de sus aposentos y la voz de varias personas que se acercaban a su cuarto. En el mismo instante, el mono capitán de la guardia le anunció, por medio del pico de su loro trujamán, la llegada de unas damas. La Bella miró por las ventanas y vio la carroza en que habían llegado. Era de un estilo muy original y de una belleza sin par. Cuatro ciervos blancos, de cornamentas y pezuñas de oro y soberbiamente enjaezados, tiraban de aquel carruaje, cuya singularidad aumentó el deseo de la Bella de conocer a las damas a las que pertenecía.

Por el ruido, que iba en aumento, supo que aquellas damas se acercaban y que debían de estar cerca de la antecámara. Se creyó obligada a ir a su encuentro. Eran dos. En una de ellas reconoció a la dama a la que solía ver en sueños. La otra no era menos hermosa: su aire altivo y distinguido daba suficientes muestras de que era una persona ilustre. Esta desconocida ya había dejado atrás su primera juventud, pero tenía un aspecto tan majestuoso que la Bella no sabía a cuál de las dos dar la bienvenida.

Aún seguía indecisa cuando la dama que ya conocía, y que parecía tener cierta superioridad sobre la otra, dijo, dirigiéndole la palabra a su compañera:

—Y bien, Reina, ¿qué piensas de esta hermosa muchacha? Le debes el retorno de tu hijo a la vida, ya que estarás de acuerdo en que la manera deplorable en que vivía no puede ser llamada vida. Sin ella, nunca hubieras vuelto a ver al príncipe; y él habría seguido siendo la horrible criatura en que lo habían transformado si no hubiera existido en el mundo una persona única, cuya virtud y coraje igualan su belleza. Creo que verás con agrado que ese hijo que ella te devuelve sea suyo. Se aman, y a su

perfecta felicidad sólo le falta ahora tu consentimiento. ¿Se lo negarás?

La reina, al oír estas palabras, besó cariñosamente a la Bella y exclamó:

—Lejos de negarles mi consentimiento, encuentro en él mi suprema felicidad... Encantadora y virtuosa muchacha, a la que tanto debo, dime quién eres, dime el nombre de los soberanos lo bastante felices para haber dado nacimiento a una princesa tan perfecta.

—Señora —respondió modestamente la Bella—, hace mucho tiempo que no tengo madre. Mi padre es un comerciante más conocido en el mundo por su buena fe y sus desdichas que por su linaje...

Ante esta sincera declaración, la reina, sorprendida, retrocedió dos pasos y dijo:

—¡Cómo! ¡Sólo eres la hija de un comerciante!... ¡Ah, hada excelsa! —agregó, mirándola con expresión mortificada. Luego de esas pocas palabras se calló, pero su aspecto mostraba suficientemente lo que pensaba, y sus ojos expresaban su enfado.

—Me parece —le dijo con altivez el hada— que no estás contenta con mi elección. La condición de esta joven suscita tu desprecio; sin embargo, era la única en el mundo que podía ser capaz de llevar a cabo mi proyecto y hacer feliz a tu hijo...

—Estoy muy agradecida —respondió la reina—, pero no puedo dejar de hacerte ver, poderosa inteligencia^[6] —agregó—, lo extraña que sería la unión de la sangre más bella del mundo, de la que proviene mi hijo, con la sangre oscura de la que sale la persona a la que quieres unirlo. Te confieso que me halaga poco la supuesta dicha de este príncipe, si es necesario obtenerla por medio de un matrimonio tan vergonzoso para nosotros como indigno para él. ¿Será imposible que exista en el mundo una persona cuya virtud iguale su linaje? Conozco el nombre de tantas princesas estimables, ¿por qué no me estará permitido ilusionarme con ver que posee a una de ellas?

Mientras discutían este asunto, se presentó el apuesto desconocido. La llegada de su madre y del hada lo había despertado, y el ruido que éstas hicieron tuvo más poder que todos los esfuerzos de la Bella, ya que así lo disponía la naturaleza del encantamiento. La reina lo abrazó largo tiempo sin proferir una sola palabra. Volvía a encontrar a un hijo cuyas bellas cualidades lo hacían digno de su cariño. ¡Qué alegría para aquel príncipe verse libre de un aspecto horroroso, y de una estupidez tanto más dolorosa cuanto que era postiza y no había oscurecido su razón! Recuperaba la libertad de mostrarse en su forma ordinaria gracias al objeto de su amor, y eso la volvía aún más preciosa para él.

Después de los primeros arrebatos por su madre que la sangre acababa de inspirarle, el príncipe los interrumpió para acatar el deber y el reconocimiento que lo urgían a darle las gracias al hada. Lo hizo en los términos más respetuosos y más parcios, para tener la libertad de dirigir sus atenciones a la Bella.

Ya le había mostrado su afecto con sus tiernas miradas, y, para confirmar lo que habían dicho sus ojos, iba a agregar los términos más conmovedores cuando el hada lo interrumpió y le indicó que lo tomaba como juez entre su madre y ella.

—Tu madre —le dijo— reprueba el compromiso que has hecho con la Bella. Le parece que su linaje es indigno del tuyo; en lo que a mí respecta, pienso que sus virtudes hacen desaparecer la desigualdad. A ti, príncipe, te corresponde decidir cuál de nosotras piensa de acuerdo con tu gusto. Para que tengas entera libertad de darnos a conocer tus auténticos sentimientos, te declaro que no estás atado por la obligación. Aunque le hayas dado tu palabra de matrimonio a esta encantadora persona, puedes retirarla. Soy garante de que la Bella te la devolverá sin ninguna dificultad, aunque sea gracias a su bondad como has recobrado tu forma natural; te aseguro también que su generosidad hará que lleve su desinterés hasta dejarte en libertad para disponer de tu mano en favor de la persona a quien la reina te aconseje dársela... ¿Qué dices tú, Bella? —prosiguió el hada volviéndose hacia la joven—, ¿me he equivocado al explicar cuáles son tus sentimientos? ¿Querrías tener un esposo que lo fuera a pesar suyo?

—Por supuesto que no, señora —respondió la Bella—, el príncipe es libre: renuncio al honor de ser su esposa. Cuando acepté su palabra, creía estar ayudando a alguien que se encontraba por debajo del ser humano; me comprometí con él con la sola intención de hacerle un enorme favor; la ambición no tuvo parte alguna en mis intenciones. Por esto, hada excelsa, te suplico que no le exijas nada a la reina en un asunto en el que no puedo condenar sus escrúpulos.

—Y bien, reina, ¿qué dices a esto? —dijo el hada en tono desdeñoso y ofendido—. ¿Te parece que las princesas que sólo lo son por capricho de la fortuna merecen más el alto rango en que el destino las ha colocado que esta joven? En cuanto a mí, pienso que no tendría que ser considerada responsable de un origen que su virtud realza lo bastante...

La reina respondió, algo confusa:

—La Bella es incomparable, su mérito es infinito, nadie le es superior; pero, señora, ¿no podríamos hallar otro medio de recompensarla? ¿No puedo hacerlo sin sacrificar por ella la mano de mi hijo? Sí, Bella —le dijo a ésta la reina—, te debo tanto que no sé cómo agradecértelo; no pongo límites a tus deseos. Expresa sin temor lo que quieras, todo te lo concederé, fuera de ese único punto; pero la diferencia no será grande para ti. Elige un esposo en mi corte. Por muy gran señor que sea, tendrá motivos para considerarse dichoso, y en consideración hacia ti lo pondré tan cerca del trono que casi no habrá diferencia.

—Te lo agradezco, señora —le respondió la Bella—, no tengo ninguna recompensa que exigirte. Me basta como pago la dicha de haber hecho cesar el encantamiento que apartaba a un príncipe de su madre y de su reino. Mi felicidad sería perfecta si fuera a mi soberano a quien hubiese hecho este favor. Lo único que deseo es que el hada se digne devolverme a casa de mi padre.

El príncipe, que, por orden del hada, había guardado silencio durante todos estos discursos, no pudo contenerse por más tiempo, y el respeto que sentía por normas tan desagradables ya no fue capaz de detenerlo. Se arrojó a los pies del hada y de su

madre y les rogó encarecidamente que no lo volviesen más desdichado de lo que era, alejando a la Bella y privándolo de la felicidad de ser su esposo.

Al oír estas palabras, la Bella posó en él una mirada llena de cariño, pero cargada también de un noble orgullo, y le dijo:

—No puedo, príncipe, ocultarte los sentimientos que tengo por ti. El fin del encantamiento te da la prueba de ellos y sería en vano que tratara de ocultártelos. Confieso, sin ruborizarme, que te amo más que a mí misma. ¿Por qué tendría que disimularlo? Sólo se debe renegar de los impulsos criminales. Los míos están llenos de inocencia, y los autoriza el consentimiento de la generosa hada a la que tú y yo tanto debemos. Pero si yo pude decidirme a renunciar a ellos cuando creí que mi deber me ordenaba que los sacrificase por la Bestia, tú debes estar seguro de que no cambiaré en esta ocasión, cuando ya no se trata del interés de un monstruo sino del tuyo. Me basta con saber quién eres tú y quién soy yo para renunciar a la honra de ser tu esposa. Me atrevo incluso a decir que, aun cuando la reina, vencida por tus ruegos, te concediese el consentimiento que deseas, ella no haría nada por ti porque en mi razón, y en mi mismo amor, encontrarás un obstáculo insalvable. Lo repito: el único favor que pido es regresar al seno de mi familia, donde conservaré un recuerdo eterno de tus gentilezas y tu amor.

—Generosa hada —exclamó el príncipe, juntando las manos de manera suplicante—, por favor, impide que la Bella se vaya; antes bien, devuélveme mi apariencia monstruosa. Con esa condición seguiré siendo su esposo; es a la Bestia a quien dio su palabra de matrimonio, y yo prefiero esa ventaja a todas las que me procura, si no puedo disfrutar de éstas sin tener que pagarlas tan caro.

El hada permaneció sin responder. Miraba fijamente a la reina, que estaba conmovida al ver tantas virtudes pero cuyo orgullo permanecía incólume. El dolor de su hijo la afligía, pero no podía olvidar que la Bella era hija de un comerciante y nada más. Sin embargo, temía la cólera del hada, cuya expresión y silencio mostraban a las claras su indignación. Su confusión era inmensa. Sin fuerzas para decir una sola palabra, temía que terminase de manera funesta una conversación que ofendía a la inteligencia protectora. Durante unos momentos nadie habló, pero el hada rompió al fin el silencio y, mirando con afecto a los dos enamorados, les dijo:

—Los hallo dignos uno del otro. No es posible, sin cometer un crimen, pensar en separar a dos seres de tanto mérito. Permanecerán unidos, yo se lo prometo, tengo bastante poder como para hacerlo.

La reina se estremeció al oír estas palabras; hubiera abierto la boca para hacer algunas observaciones, pero el hada se le adelantó, diciéndole:

—En cuanto a ti, reina, el poco caso que haces de una virtud despojada de esos vanos ornamentos que son lo único que estimas me autorizaría a hacerte amargos reproches. Pero le perdono esta falta al orgullo que te inspira el rango que ocupas, y mi única venganza será la pequeña imposición que te hago, y por la que no pasará mucho tiempo antes de que me des las gracias.

La Bella, al oír estas palabras, abrazó las rodillas del hada y exclamó:

—¡Ah!, no me expongas al dolor de oír el resto de mi vida que se me reprocha ser indigna del rango al que tu bondad quiere elevarme; piensa que el príncipe, que ahora cree que su felicidad consiste en recibir mi mano, pensará quizás como la reina antes que pase mucho tiempo.

—No, no, Bella, no temas nada —repuso el hada—. Las desdichas que prevés no pueden ocurrir. Conozco un medio seguro de preservarte de ellas, y aun en el caso de que el príncipe fuera capaz de despreciarte después de haberte desposado, tendría que buscar otro motivo que no fuese el de la disparidad de condiciones. Tu linaje no es inferior al suyo; incluso le llevas gran ventaja, ya que es cierto —le dijo altivamente a la reina— que ésta es tu sobrina; y lo que debe volvértela digna de respeto es que también lo es mía, ya que es hija de mi hermana, la que no era, como tú, esclava de una dignidad cuyo principal lustre debe ser la virtud. Aquella hada, que sabía estimar el verdadero mérito, le hizo al rey de la Isla Feliz, tu hermano, el honor de casarse con él. Yo resguardé el fruto de sus amores de los furores de un hada que quería ser su suegra. Desde que la Bella nació, la destiné a ser esposa de tu hijo; quería, ocultándote mi buena voluntad, darle a tu confianza tiempo de que se mostrase. Tenía algún motivo para pensar que confiarías un poco más en mí. Podías basarte, para ello, en mis desvelos por el destino del príncipe. Yo había manifestado bastante interés por él como para que temieses que lo expusiera a nada deshonroso para ti o para él. Estoy convencida, señora —continuó diciendo con una sonrisa que dejaba ver aún un resto de acritud—, de que ya no insistirás con tu desdén, y que accederás a honrarnos con tu alianza.

La reina, perpleja y confusa, no supo qué responder. La única manera de reparar su falta fue confesarla sinceramente y mostrar un verdadero arrepentimiento.

—Soy culpable, generosa hada —le dijo—, tus gentilezas tienen que ser para mí la mejor garantía de que no le dejarías hacer a mi hijo un matrimonio que pudiera deshonorarlo; pero, te lo ruego, perdona los prejuicios de una cuna ilustre, que me decían que la sangre real no podía unirse con otra inferior sin que eso fuera vergonzoso. Merecería, lo confieso, que para castigarme le dieses a la Bella una suegra más digna que yo; pero tan generoso es tu interés por mi hijo que no podrías hacerlo víctima de mis faltas. En cuanto a ti, querida Bella —continuó diciendo mientras la abrazaba con cariño—, no debes guardarme rencor por mi resistencia. Su única causa era el deseo de darle mi hijo a mi sobrina, ya que el hada me había asegurado que estaba viva, pese a que todo indicara lo contrario. Me había hecho de ella un retrato tan encantador que, sin conocerte, ya tenía por ti bastante cariño como para exponerme a la indignación de esta inteligencia, con tal de conservarte el trono y el corazón de mi hijo.

Dicho lo cual, la reina volvió a empezar con sus mimos y la Bella los recibió con respeto. El príncipe, por su parte, encantado con esa agradable noticia, manifestó con sus miradas la alegría que sentía.

—Ahora estamos todos contentos —dijo el hada—, y para terminar esta feliz aventura sólo nos falta el consentimiento del rey, padre de la princesa; pero pronto lo veremos en persona.

La Bella le suplicó que permitiese que aquél que la había criado, y a quien ella había creído deber la vida, fuese testigo de su felicidad.

—Me gustan esas preocupaciones —dijo el hada—, son dignas de un alma hermosa; y, puesto que así lo deseas, me encargo de mandarle avisar.

Entonces, tomando a la reina de la mano, la llevó consigo con el pretexto de hacerle ver el palacio encantado; era, en realidad, para darles a los nuevos esposos la libertad de hablarse por primera vez libremente y sin la ayuda de la ilusión. Quisieron seguirla, pero ella se lo prohibió. La felicidad de que iban a gozar los embargaba a ambos con idéntica alegría y no podían dudar de su cariño mutuo.

La conversación desordenada y confusa, las promesas cien veces renovadas, eran para ellos un testimonio más seguro de su amor de lo que hubiera podido serlo un discurso lleno de elocuencia. Después de agotar todo lo que, en ocasiones semejantes, el amor hace decir a las personas a las que ha tocado el corazón, la Bella le preguntó a su enamorado por qué desgracia había sido tan cruelmente metamorfoseado en Bestia. Le rogó también que le contase todos los acontecimientos que habían precedido a la cruel metamorfosis. El príncipe, que, aunque había cambiado de aspecto, no se mostraba por eso menos solícito en obedecerla, le habló, sin más demora, en estos términos:

El rey, mi padre, murió antes de que yo viniese al mundo. La reina no se hubiera consolado de su pérdida si el interés por el niño que llevaba en sus entrañas no hubiese combatido su dolor. Mi nacimiento le causó una inmensa alegría; la dicha que podía disipar su aflicción le estaba reservada al dulce placer de criar el fruto del amor de un esposo al que había amado tanto.

Los cuidados de mi educación y el temor de perderme fueron su única preocupación. Para esa tarea contó con el auxilio de un hada conocida suya, que se mostró solícita en preservarme de todo tipo de accidentes. La reina se lo agradeció infinitamente, pero no se sintió contenta cuando el hada le pidió que me entregase a ella. Aquella inteligencia no tenía fama de ser buena; se la consideraba caprichosa con sus favores; se la temía más de lo que se la amaba, e incluso si mi madre hubiera estado convencida de su bondad de carácter, no se habría decidido a perderme de vista.

Sin embargo, aconsejada por personas prudentes, y temiendo padecer los funestos efectos del resentimiento de aquella hada vengativa, no se le opuso del todo. Si me entregaba a ella voluntariamente, no era probable que me hiciera daño. La experiencia había demostrado que sólo se complacía en perjudicar a aquéllos que, a su parecer, la habían ofendido. La reina reconocía todo eso, y sólo rechazaba la idea de verse privada del placer de mirarme continuamente con sus ojos de madre, que le hacían descubrir en mí encantos que yo sólo debía a su buena intención.

Todavía dudaba de lo que tenía que hacer, cuando un vecino poderoso creyó que le sería fácil apoderarse de los estados de un niño gobernados por una mujer. Entró en mi reino con un ejército formidable. La reina reunió uno de prisa y, con un coraje que superaba al de su sexo, se puso a la cabeza de sus tropas y fue a defender nuestras fronteras. Fue entonces cuando, obligada a dejarme, no pudo evitar confiarle al hada el cuidado de mi educación. Fui puesto entre sus manos después que ésta juró por lo que le era más sagrado que, sin oponer ninguna dificultad, me llevaría de nuevo a la corte en cuanto la guerra terminase, cosa que, confiaba mi madre, ocurriría en un año a más tardar. Pero, a pesar de todos los triunfos que alcanzó, no le fue posible volver a ver tan pronto nuestra capital. Para sacarle réditos a su victoria, después de echar al enemigo de nuestro territorio, lo persiguió en el suyo.

Tomó provincias enteras, ganó batallas y, por último, redujo al vencido a solicitar

una paz vergonzosa, que sólo obtuvo bajo durísimas condiciones. Después de esos afortunados logros la reina partió triunfante, saboreando de antemano el placer de volverme a ver. Pero habiéndose enterado mientras estaba en camino de que el indigno enemigo, violando los pactos hechos, había pasado a degüello a nuestros soldados y había vuelto a apoderarse de casi todos los lugares que había estado obligado a ceder, se vio obligada a volver sobre sus pasos. El honor pudo más que la urgencia que sentía de estar conmigo, y tomó la resolución de no terminar la guerra hasta que no hubiese puesto a su enemigo en la imposibilidad de cometer nuevas traiciones.

El tiempo que empleó en esa nueva expedición militar fue enorme. Se había ilusionado con que bastarían dos o tres campañas; pero tenía que combatir a un adversario tan hábil como pérfido, que se las ingenió para hacer que se rebelasen algunas provincias y que batallones enteros traicionasen a sus jefes, lo que forzó a la reina a no alejarse de su ejército durante quince años. Nunca pensó en llamarme a su lado, siempre se ilusionaba con que estaba en su último mes de ausencia y a punto de ir a verme.

Mientras tanto, el hada, de acuerdo con su promesa, había dedicado todos sus esfuerzos a mi educación. Desde el día en que me había llevado de regreso a mi reino, se había quedado junto a mí y no había cesado de darme muestras de su atención en todo lo concerniente a mi salud y mis placeres. Yo le demostré, con mi respeto, lo sensible que era a sus atenciones; tenía para con ella la misma consideración y la misma solicitud que hubiese tenido para con mi madre, y el agradecimiento me inspiraba en su favor sentimientos igualmente afectuosos.

Durante cierto tiempo pareció satisfecha con ellos. Pero hizo un viaje que le llevó algunos años, por una razón secreta que no me comunicó, y a su regreso, llena de admiración por el resultado de sus cuidados, concibió por mí un cariño diferente del de una madre. Me había permitido que le diera ese nombre, pero a partir de ese momento me lo prohibió. Le obedecí sin averiguar las razones que podía tener para ello, y sin sospechar lo que exigía de mí.

Me daba cuenta muy bien de que no estaba contenta; pero ¿podía imaginar la razón de las quejas por mi ingratitud que me dirigía sin cesar? Me sentía tanto más sorprendido por sus reproches cuanto que no creía merecerlos. A éstos siempre les seguían o les precedían las más cariñosas atenciones. Yo tenía demasiado poca experiencia como para entenderlas. Fue necesario que se explicase: lo hizo un día en que le manifesté una pena mezclada de impaciencia por el retraso de la reina. Me hizo algunos reproches por eso, y como yo le aseguré que el cariño por mi madre no alteraba en nada el que le debía a ella, me respondió que no estaba para nada celosa de mi madre, a pesar de haber hecho mucho por mí y haber resuelto hacer más todavía. Pero agregó que, para dar libre curso a lo que se proponía hacer en mi favor, era necesario que me casase con ella, que no quería que la amara como a una madre sino como a una enamorada, que no dudaba que yo recibiría su propuesta con

agradecimiento y sentiría una gran alegría al aceptarla; que de allí en adelante sólo se trataba de que me abandonase al placer que tenía que causarme la certeza de poseer un hada tan poderosa, que me protegería de todos los peligros y me procuraría una vida llena de encantos y colmada de gloria.

Me sentí confuso ante esa propuesta. Como había sido educado en mi propio país, conocía lo bastante el mundo como para haber observado que entre las personas casadas había algunas que eran felices debido a la conformidad de edad y temperamento, y otras muy dignas de lástima porque circunstancias diferentes habían puesto entre ellas una antipatía que podía llegar a constituir un suplicio.

El hada vieja, fea y de carácter altivo no me permitía esperar una vida que fuese tan agradable como ella me lo prometía.

Yo estaba muy lejos de sentir por ella lo que hay que sentir por una persona con la que se quiere pasar agradablemente la vida. Por otra parte, no quería comprometerme siendo tan joven. Mi única pasión era el deseo de volver a ver a la reina y destacarme a la cabeza de sus ejércitos. Suspiraba por mi libertad; era lo único que podía halagarme, lo único que el hada me negaba.

A menudo le había suplicado que me permitiese ir a compartir los peligros en que sabía que la reina se precipitaba para defender mis intereses, pero mis ruegos habían sido inútiles hasta aquel día. Urgido a que respondiese a la sorprendente declaración que me hacía, me sentí confuso y le hice recordar que, a menudo, me había dicho que no me estaba permitido disponer de mí mismo sin las órdenes de mi madre y durante su ausencia. «Es lo que yo pienso», repuso, «no querría obligarte a actuar de otro modo, me basta con que sigas la voluntad de la reina».

Ya te he dicho, bella princesa, que yo no había podido lograr que aquella hada me diese la libertad de ir a encontrarme con mi madre la reina. El deseo que ella sentía de alcanzar la satisfacción que esperaba obtener la obligó a concederme, sin que yo volviese a pedírselo, lo que siempre me había negado; pero puso una condición que no me resultó agradable: que ella me acompañaría. Hice todo lo posible para lograr que cambiase de idea, pero me fue imposible y partimos seguidos por una numerosa escolta.

Llegamos la víspera de una batalla decisiva. La reina lo había dispuesto todo tan bien que el día siguiente tenía que decidir la suerte del enemigo, al que ya no le quedaban más recursos en caso de perder la batalla. Mi presencia causó en el campamento un extremo placer y no hizo más que aumentar el coraje de las tropas, que vieron en mi llegada un augurio favorable para la victoria. La reina creyó que se moría de alegría. Pero después de ese primer arrebató, el placer que lo había causado dio paso a la más viva alarma. Mientras que yo me ilusionaba con la dulce esperanza de cubrirme de gloria, la reina temblaba a la vista del peligro al que iba a exponerme. Demasiado valiente ella misma como para querer apartarme de él, me rogó, en nombre de todo su cariño, que no me expusiera más de lo que el honor podía exigírmelo. Le suplicó al hada que no me abandonara en ese trance. Sus ruegos no

eran necesarios: aquella inteligencia tan sensible tenía tantos temores como la reina, porque no conocía secreto alguno capaz de preservarme de los riesgos de la guerra. Por lo demás, hizo mucho inspirándome, en un instante, el arte de comandar un ejército y la prudencia adecuada a tarea tan grande. Los jefes más experimentados me admiraron. Una vez que me hice dueño del campo de batalla, la victoria fue completa; tuve la dicha de salvarle la vida a la reina e impedir que fuese hecha prisionera de guerra. Los enemigos sufrieron una persecución tan vigorosa que abandonaron el campamento, perdieron sus pertrechos y más de las tres cuartas partes de su ejército, en tanto que nosotros sólo tuvimos pérdidas muy poco importantes.

Una leve herida que recibí fue el único logro del que pudo jactarse el enemigo. Pero como ese suceso le hizo temer a la reina que, si la guerra continuaba, me ocurriesen males mayores, en contra de los deseos del ejército, que con mi presencia había visto redoblados los ánimos, hizo la paz ofreciendo condiciones más ventajosas de lo que los vencidos hubieran osado esperar.

Poco tiempo después volvimos a emprender el camino hacia la capital, en la que entramos triunfantes. Las ocupaciones de la guerra y la presencia continua de mi vieja enamorada me habían impedido prevenir a la reina de este último incidente. Su sorpresa no tuvo límites cuando aquella harpía le dijo, sin rodeos, que estaba resuelta a casarse conmigo de inmediato. Esa declaración se hizo en este mismo palacio, que no era tan soberbio como lo es hoy. Era la casa de recreo del difunto rey, y miles de ocupaciones le habían impedido que pensase en embellecerla. Mi madre, que sentía apego por todo lo que él había amado, lo había elegido preferentemente para descansar de las fatigas de la guerra.

Al oír la declaración del hada, incapaz de dominar su primer impulso y desconocedora del arte de fingir, exclamó:

—Señora, ¿has pensado en la extraña pareja que me propones?

Es cierto que no podría haberse hallado otra más ridícula. Además de la decrepita vejez del hada, ésta era tan fea que daba miedo. No eran los años los que la habían afeado: si hubiera tenido belleza en su juventud, habría podido conservarla con el auxilio de su arte; pero, como era naturalmente fea, su poder apenas podía darle bellezas artificiales un solo día por año, y una vez transcurrido el día volvía a su estado anterior.

El hada se sorprendió ante la declaración de la reina. Su amor propio le ocultaba lo horrible que era, y daba por descontado que su poder podía suplantar los atractivos de los que estaba desprovista.

—¿Qué quieres decir —le dijo a la reina— con eso de extraña pareja? Piensa que es imprudente recordármelo cuando yo me digno olvidarlo. En lo único en que debes pensar es en alegrarte de tener un hijo lo suficientemente digno de ser amado como para que sus méritos me lo hagan preferir a los más poderosos genios de todos los elementos; y puesto que me digno rebajarme hasta él, recibe con respeto el honor que tengo la bondad de hacerte, sin darme tiempo a que cambie de idea.

La reina, tan altiva como el hada, nunca había entendido que había un rango que estaba por encima del trono. Le daba muy poca importancia al supuesto honor que le hacía la inteligencia. Como siempre había dado órdenes a cuantos se le acercaban, no ambicionaba en absoluto la ventaja de tener una nuera a la que debiese guardarle el respeto. De modo tal que, en lugar de responder, permaneció inmóvil y se contentó con mantener la mirada fija en mí. Yo estaba tan sorprendido como ella y, como la miraba del mismo modo en que ella lo hacía conmigo, no le resultó difícil al hada comprender que nuestro silencio expresaba de manera espontánea sentimientos sumamente opuestos a la alegría que creía inspirarnos.

—¿Qué significa lo que estoy viendo? —dijo con acritud—. ¿A qué se debe que la madre y el hijo no digan nada? ¿Esta agradable sorpresa los ha privado del uso de la voz, o es que son tan ciegos y temerarios como para no aceptar mi ofrecimiento? Habla, príncipe —me dijo—. ¿Serás tan ingrato y tan imprudente como para despreciar mis bondades? ¿No aceptas, en este mismo momento, darme tu mano?

—No, señora, te lo aseguro —repuse con precipitación—. Aunque sienta un sincero agradecimiento por todo lo que te debo, no puedo decidirme a pagar mi deuda de esta forma; y, si la reina me lo permite, no quiero perder tan pronto mi libertad. Dame cualquier otro medio de reconocer tus bondades: ninguno me parecerá imposible. Pero, en cuanto al que me propones, dispénsame, te lo ruego, de hacer uso de él, porque...

—¡Cómo, miserable criatura —me interrumpió con furor—, te atreves a resistirme! ¡Y tú, estúpida reina, contemplas sin indignarte un orgullo semejante! Pero ¿qué digo indignación? ¡Si es de tu mirada insolente de donde él ha sacado la audacia de su respuesta!

La reina, ya disgustada por las expresiones despectivas que el hada había usado, no pudo contenerse más y, mirando casualmente un espejo delante del que nos encontrábamos mientras el hada malvada seguía hostigándola, le respondió:

—¿Qué puedo decirte que no hayas debido decirte a ti misma? Dígnate mirar sin prevenciones los objetos que este espejo te presenta, él te responderá por mí.

El hada comprendió fácilmente lo que la reina quería decirle.

—¿Es, entonces, la belleza de este precioso hijo tuyo la que te vuelve tan vanidosa —le dijo—, y es eso lo que me expone a un vergonzoso rechazo? Te parezco indigna de él: pues bien —prosiguió alzando la voz en tono furioso—, después de haber prodigado todos mis cuidados para volverlo tan encantador, tengo que coronar mi obra y hacerles a ambos un regalo tan nuevo como perceptible, para que se acuerden de todo lo que me deben. ¡Vamos, desdichado —me dijo—, vanagloriate de haberme negado tu corazón y tu mano, ofréceselos a aquélla que te parezca más digna de recibirlos que yo!

Diciendo estas palabras, mi terrible enamorada me dio un golpe en la cabeza. Fue tan rudo que di con la cara en el suelo y creí que me había aplastado una montaña. Enojadísimo con ese insulto, quise ponerme de pie, pero me resultó imposible: el

peso de mi cuerpo era tan grande que me lo impidió; todo lo que pude hacer fue sostenerme con las manos, que en un instante se habían transformado en patas horribles; me bastó verlas para darme cuenta de mi cambio; era el aspecto que tenía cuando me hallaste. En el acto, le eché una mirada al fatal espejo y ya no puede dudar de mi cruel y súbita metamorfosis.

El dolor que sentí al ver aquello me dejó inmóvil; la reina, ante el trágico espectáculo, estaba fuera de sí. Para coronar su barbarie, aquella hada furiosa añadió en tono burlón:

—Vete ahora a hacer conquistas ilustres, y más dignas que una augusta hada. Y como no se necesita inteligencia cuando uno es tan hermoso, te ordeno que parezcas tan estúpido como horrible, y que esperes en este estado, para volver a tu forma primera, a que una muchacha bella y joven venga voluntariamente a tu lado, aunque esté persuadida de que vas a devorarla, y que, una vez que haya dejado de temer por su vida, llegue a tenerte tanto afecto que te proponga que te cases con ella. Hasta que no hayas encontrado a esa persona tan poco común, quiero que seas motivo de horror para ti mismo y para todos aquellos que te vean... Y en cuanto a ti, felicísima madre de un hijo tan encantador —le dijo a la reina—, te advierto que si declaras a alguien que este monstruo es tu hijo, nunca podrá cambiar de aspecto. Tendrá que dejarlo sin la ayuda del interés, de la ambición y de los encantos de su inteligencia. Adiós. No pierdan la paciencia, no tendrán que esperar mucho tiempo. Es lo bastante bonito como para encontrar pronto un remedio a sus males.

—¡Ah, cruel —exclamó la reina—, si mi rechazo te ha ofendido, véngate en mí! Quítame la vida, pero no destruyas tu obra, te lo suplico...

—Qué idea, gran princesa —repuso el hada en tono irónico—, te rebajas demasiado, no soy lo bastante bella como para que te dignes hablarme; pero mis decisiones son firmes. Adiós, poderosa reina; adiós bello príncipe, no es justo que te canse aún más con mi odiosa presencia. Me retiro, pero tengo todavía la caridad de advertirte —dijo, volviéndose hacia mí— que tienes que olvidar quién eres. Si te dejas lisonjear por vanos respetos o títulos fastuosos, estás perdido sin remedio, y te perderás también si te atreves a hacer uso de tu inteligencia para agradar en la conversación.

Dichas estas palabras, desapareció y nos dejó, a la reina y a mí, en un estado que no se puede describir ni imaginar. Las quejas son el consuelo de los desdichados; para nosotros era un débil socorro: mi madre decidió apuñalarse y yo ir a tirarme a un canal cercano. Íbamos ambos, sin habérselo dicho, a llevar a cabo un propósito tan funesto, cuando una persona de porte majestuoso, y cuyo aspecto inspiraba un profundo respeto, llegó para hacernos comprender que es cobarde sucumbir ante los mayores accidentes, y que con tiempo y coraje no hay desdicha que no pueda ser vencida. Pero la reina no tenía consuelo, sus ojos vertían lágrimas en abundancia y, sin saber cómo comunicarles a sus súbditos que su soberano se había transformado en una horrible Bestia, sólo le quedaba el recurso de una atroz desesperación. El hada

(ya que era un hada, y la misma que ves aquí), consciente de su dolor y su desconcierto, le recordó a la reina la obligación indispensable que tenía de ocultarle a su pueblo esa horrenda aventura; le hizo ver que, sin abandonarse a la desesperación, era preferible buscar algún remedio a sus males.

—¿Existe acaso alguno —exclamó la reina— que sea lo bastante poderoso como para impedir que se haga la voluntad de un hada?

—Sí, señora —respondió el hada—, hay remedio para todo. Soy hada, al igual que aquélla cuyo furor acabas de padecer; no tengo menos poder que ella; es cierto que no puedo reparar de inmediato el daño que te ha hecho, ya que no nos está permitido oponernos directamente a nuestras respectivas voluntades. La que causa tu infortunio ha vivido más que yo; entre nosotras, la ancianidad es un título respetable. Como no pudo evitar poner una condición capaz de hacer cesar el encantamiento funesto, te ayudaré a cumplirla. Confieso que es difícil acabar con este encantamiento, pero la cosa no me parece imposible; veré qué puedo hacer por ti si me ocupo por entero de esta cuestión.

Entonces sacó un libro de su vestido y, después de dar algunos pasos misteriosos, se sentó delante de una mesa y leyó durante un tiempo considerable, con una aplicación que la hacía transpirar. Luego cerró el libro y se sumió en una profunda meditación. Tenía un aire tan serio que, durante un rato, nos hizo pensar que mi desgracia era irreparable. Pero salió de su éxtasis, su fisonomía recuperó su belleza natural y nos indicó que tenía un remedio para nuestros males.

—Será lento —me dijo—, pero será seguro. Guarda tu secreto, que nadie lo descubra, y que nadie sepa que estás oculto debajo de ese horrible disfraz, ya que me sacarías el poder de librarte de él. Tu enemiga da por descontado que lo divulgarás, por eso no te ha privado del habla.

A la reina le pareció que esa condición era imposible de respetar, porque dos de sus doncellas habían presenciado la fatal aventura y ambas habían salido horrorizadas, lo que no habría dejado de excitar la curiosidad de la guardia y de los cortesanos. Imaginaba que toda la corte estaba al tanto de lo ocurrido, y que su reino e incluso todo el universo pronto lo sabrían; pero el hada tenía un medio para impedir que el misterio se revelara. Hizo entonces algunos pases, a veces lentos y a veces precipitados; los acompañó con palabras que no entendimos y terminó levantando la mano, con el aspecto de una persona que ordena con un poder absoluto. Ese gesto, unido a las palabras que había pronunciado, fue tan poderoso que todos los que respiraban en el castillo quedaron inmóviles y fueron transformados en estatuas. Todavía están en el mismo estado. Son las figuras que has visto en distintos lugares, y en las mismas actitudes en que las órdenes perentorias del hada los sorprendieron.

La reina, que en ese momento echó una mirada al gran patio, percibió el cambio sufrido por un número prodigioso de personas.

El silencio que de pronto siguió a la agitación de una muchedumbre hizo nacer en el corazón de la reina sentimientos de compasión por tantos inocentes que perdían la

vida por mi causa. Pero el hada la tranquilizó diciéndole que dejaría a sus súbditos en ese estado sólo mientras se necesitase su discreción. Era una precaución que había que tomar, pero el hada prometió que los recompensaría y que el tiempo que pasaran así no les sería descontado de la suma de sus días.

—Serán tanto más jóvenes cuanto más duerman; haz cesar, por lo tanto, tu piedad —le dijo el hada a la reina—; dejémoslos aquí con tu hijo. En este lugar no correrá riesgos, porque acabo de hacer que se levanten brumas tan espesas en los alrededores del castillo que será imposible que alguien entre, salvo que consideremos que sea necesario. Y a ti, señora, voy a llevarte adonde es necesaria tu presencia; tienes que anticiparte a las acciones de tus enemigos. Ocupate de dar a conocer que el hada que crió a tu hijo lo conserva con ella, por motivos de gran importancia, y que retuvo también a todas las personas que te acompañaron hasta aquí.

No fue sin derramar lágrimas como mi madre se vio obligada a dejarme. El hada le renovó la promesa de velar siempre por mí, y le aseguró que cumpliría todo lo que yo pudiera desear. Agregó que mis desdichas acabarían, siempre y cuando ella o yo no pusiésemos obstáculos con alguna imprudencia. Todas esas promesas fueron incapaces de consolar a mi madre: hubiera deseado quedarse conmigo y dejarle al hada, o a quien ella juzgara más digno, el gobierno de su reino; pero las hadas ordenan de manera imperiosa y quieren que ser obedecidas. Mi madre, que temía aumentar mi infortunio con una negativa y privarme del auxilio de aquella inteligencia bienhechora, consintió en hacer todo lo que se le exigía. Vio llegar una hermosa carroza, tirada por los mismos ciervos blancos que hoy la trajeron. El hada hizo subir a la reina con ella; apenas tuvo tiempo de besarme, sus intereses la reclamaban en otra parte y era consciente de que una permanencia más larga en estos lugares me habría perjudicado. Con una rapidez extraordinaria, fue conducida al sitio donde acampaba su ejército. Nadie se sorprendió al verla llegar de aquel modo. Todo el mundo creyó que estaba con el hada vieja, porque la que la acompañaba no se dejó ver y se fue de inmediato: lo hizo para venir a este lugar, que, en un instante, embelleció con todo lo que su arte y su imaginación podían proporcionarle.

Esta hada servicial me permitió agregar también todo lo que podía agradarme, y después de hacer por mí todo lo que podía me dejó solo, exhortándome a tener ánimo y prometiéndome que vendría de tanto en tanto a comunicarme las esperanzas que fuera concibiendo en mi favor.

Yo parecía estar solo en este palacio; sin embargo, sólo lo estaba a simple vista: se me servía como si hubiera estado en medio de mi corte, y mis ocupaciones fueron más o menos las mismas que tú tuviste luego. Leía, iba al teatro o a la ópera, cultivaba un jardín que había hecho para distraerme, y todo lo que hacía me daba gusto. Lo que plantaba no tardaba más de un día en alcanzar la perfección. No necesitó mucho más la enramada de rosas a la que debo la dicha de verte aquí.

Mi bienhechora venía a verme muy a menudo; sus promesas y su presencia atenuaban mis penas. La reina, por su intermedio, recibía noticias mías, y yo de ella.

Un día vi llegar al hada. La alegría le brillaba en los ojos. Me dijo: «Querido príncipe, se acerca el momento de tu felicidad». Entonces me contó que aquél que tú creías tu padre había pasado la noche en el bosque con gran incomodidad. En pocas palabras me puso al tanto del suceso que lo había hecho ponerse en camino, sin revelarme tu auténtico linaje. Me dijo que el buen hombre estaba forzado a venir a buscar un refugio contra los males que había soportado en las últimas veinticuatro horas.

«Voy a dar órdenes para que se lo reciba —me dijo—. Es necesario darle una acogida agradable. Tiene una hija encantadora; pretendo que sea ella la que te libere. Presté atención a las condiciones que mi cruel compañera puso para anular tu encantamiento. Es una suerte que no haya ordenado que aquélla que tiene que liberarte venga por amor a ti. Por el contrario, dijo que tendrá que temer la muerte, e incluso exponerse a ella voluntariamente. He imaginado una manera de obligarla a dar ese paso. Consiste en hacerle creer que la vida de su padre está en peligro, y que no tiene ningún otro modo de salvarlo. Sé que para no darle gastos a ese anciano sólo le pidió una rosa, mientras que sus hermanas lo abrumaron con pedidos insensatos. En cuanto él encuentre una ocasión favorable, cumplirá con su deseo. Ocúltate en la enramada y, saltando sobre él en cuanto haya comenzado a cortar rosas, hazle temer que la muerte sea el castigo de su audacia, a menos que te entregue alguna de sus hijas, o, mejor aún, que ella se entregue voluntariamente, de acuerdo con la ley prescrita por nuestra enemiga. Ese hombre tiene, además de la que te destino, otras cinco hijas. Ninguna de ellas es lo bastante generosa como para salvar la vida de su padre a costa de la suya; únicamente la Bella es capaz de esa noble acción».

Cumplí al pie de la letra las órdenes del hada. Ya sabes, bella princesa, lo bien que salió todo. El comerciante, para salvar la vida, me prometió lo que le pedía. Lo vi irse sin poder persuadirme de que volvería contigo. Lo deseaba y no me atrevía a ilusionarme. ¡Cuántos males padecí durante todo el mes que me pidió! Sólo deseaba verlo terminar para poder estar más seguro de mi desdicha. No podía imaginar que una joven bella y encantadora tuviese el coraje de venir al encuentro de un monstruo que, según ella creía, la haría su presa. Aun cuando hubiera tenido la firmeza suficiente, era necesario que se quedase conmigo, sin que le estuviera permitido arrepentirse de sus actos, y eso me parecía un obstáculo insuperable. Además, ¿cómo habría podido soportar mi presencia sin morirse de espanto?

Yo vivía mi vida miserable sumido en esas tristes reflexiones, y nunca fui más digno de lástima. El mes, sin embargo, llegó a su fin y mi protectora me anunció tu llegada. Te acuerdas, sin duda, de la pompa con que fuiste recibida; como no me atrevía a mostrarte mi alegría con palabras, recurrí a la magnificencia. El hada, llena de preocupación por mí, me prohibió que me diese a conocer: por mucho miedo que pudiera inspirarte, o por mucha amabilidad que me mostrases, no me estaba permitido tratar de agradarte ni demostrarte mi amor, menos aún revelarte quién era. Sólo podía valerme de una extrema amabilidad, ya que, por suerte, el hada maligna había olvidado prohibirme que te diese pruebas de ella.

Esas leyes me parecieron duras, pero tenía que aceptarlas, y tomé la resolución de presentarme delante de ti sólo unos momentos por día de rehuir las largas conversaciones, para impedir que mi corazón se entregase al cariño. Llegaste, encantadora princesa, y la primera mirada que te eché produjo en mí un efecto totalmente opuesto al que mi monstruosa figura tenía que producir en ti. Verte y amarte de inmediato fueron una y la misma cosa para mí. Sólo temblando entraba en tus aposentos, y mi alegría fue inmensa al ver que soportabas verme con mayor intrepidez de la que yo mismo tenía para soportarlo. Cuando me declaraste que aceptabas permanecer conmigo mi gozo no tuvo límites. Por un efecto del amor propio que subsistía en mí aun bajo la forma más espantosa, creí percibir que no me encontrabas tan repulsivo como habías imaginado.

Tu padre se fue contento. Pero mi dolor crecía cuando yo pensaba que, al parecer, sólo podía caerte bien con la condición de que tuvieses gustos extraños. Tu conducta, tus palabras, tan sensatas como modestas, todo en ti me daba a conocer que sólo actuabas por principios que te dictaban la razón y la virtud: eso era lo que no me permitía ilusionarme con la esperanza de algún feliz capricho. Me sentía desesperado de no poder emplear contigo otros términos que no fueran los que el hada me había dictado, y que ella había elegido, a propósito, bajos y pueriles.

En vano le hice ver que no era natural que aceptases la propuesta de acostarte conmigo. A eso sólo me respondió: paciencia, perseverancia, o todo está perdido. Para resarcirte de mi ridícula conversación, me aseguró que iba a darte todo tipo de placeres, y a mí la ventaja de verte continuamente, sin espantarte y sin estar forzado a decirte impertinencias. El hada me volvía invisible y yo tenía la satisfacción de ver como te servían espíritus igualmente invisibles, o que se te mostraban bajo distintas formas animales.

Más aún, el hada, dirigiendo tus sueños, te mostraba una apariencia de mi figura por la noche, y durante el día hacía que me vieses en mis retratos, y me permitía hablarte por medio de los sueños, tal como yo pensaba y como te hubiera hablado realmente. Tú conociste confusamente mi secreto y mis esperanzas, que el hada te incitaba a colmar; y, gracias a un espejo mágico, yo era testigo de tus conversaciones y veía en ellas todo lo que imaginabas decir o todo lo que pensabas. Esa situación no bastaba para hacerme feliz, sólo lo era en sueños y mis desdichas eran reales. El amor extremo que me habías inspirado me obligaba a quejarme de las condiciones en que vivía; pero mi estado se hizo mucho más triste cuando me di cuenta de que este hermoso lugar ya no tenía encantos para ti. Te veía derramar lágrimas que me atravesaban el corazón y que, pensé, podrían acarrear mi pérdida. Me preguntaste si estaba solo aquí, y poco faltó para que, abandonando mi simulación de estupidez, te jurase que así era. Lo hubiera hecho con términos que te habrían sorprendido, haciéndote sospechar que no era tan tosco como quería parecerlo.

Estaba incluso a punto de dártelo a conocer cuando el hada, invisible para ti, se presentó ante mis ojos. Con su aire amenazador, que me aterrorizó, encontró el

secreto para hacerme callar. ¡Qué medio usó, Dios mío, para imponerme silencio! Se acercó a ti con un puñal en la mano y me indicó con una seña que la primera palabra que yo dijese te costaría la vida. Me asusté tanto que retomé, con toda naturalidad, la estupidez que ella me ordenaba simular.

Mis penas no habían terminado. Me manifestaste tu deseo de ir a casa de tu padre; te lo permití sin dudar. ¿Podía negarte algo? Pero vi tu partida como una sentencia de muerte, y sin los cuidados del hada habría sucumbido. Durante tu ausencia, esta generosa inteligencia no me abandonó nunca. Me preservó de mi propio furor; yo me hubiera abandonado a él, ya que no me atrevía a ilusionarme con tu regreso. El tiempo que habías pasado en este palacio volvía mi situación más insoportable de lo que lo había sido en un principio, puesto que me consideraba el más desgraciado de todos los hombres, sin la esperanza de poder decírtelo.

La más dulce de mis ocupaciones consistía en recorrer los lugares a los que ibas más a menudo; pero mi pena aumentaba al ya no verte allí. Las noches y las horas en que tenía el gusto de hablar contigo un momento aumentaban mi aflicción y me eran todavía más crueles. Esos dos meses, los más largos de mi vida, terminaron al fin, y no te vi volver. Fue entonces cuando mi desdicha llegó al colmo y el poder del hada resultó demasiado débil para impedir que sucumbiera a mi desesperación. Las precauciones que tomó para evitar que atentase contra mi vida fueron inútiles. Yo tenía un medio seguro que escapaba a su poder: consistía en dejar de alimentarme. Gracias a la fuerza de sus artes, tuvo el poder de sustentarme todavía durante cierto tiempo; pero una vez que agotó conmigo todos sus secretos, comencé a debilitarme poco a poco; finalmente, ya no me quedaba más que un momento de vida cuando llegaste para arrebatarme a la muerte.

Tus preciosas lágrimas, más eficaces que todos los cordiales de los genios disfrazados, retuvieron mi alma lista para salir. Al conocer, por tus lamentos, que sentías afecto por mí, disfruté de una felicidad perfecta, que llegó al colmo cuando me aceptaste por esposo. Sin embargo, aún no me estaba permitido revelarte mi secreto, y la Bestia se vio obligada a acostarse a tu lado sin atreverse a darte a conocer al príncipe. En cuanto estuve en tu cama, mi impaciencia desapareció; ya sabes que de inmediato caí en un letargo que sólo terminó con la llegada del hada y de la reina. Al despertarme me hallé tal como me ves ahora, sin poder decir de qué manera se operó el cambio en mí.

Fuiste testigo del resto, pero no has podido tener más que una vaga idea del dolor que me causaba la testarudez de mi madre, que se oponía a una boda tan justa y tan honrosa para mí. Yo estaba decidido, princesa, a volver a ser Bestia antes que perder la esperanza de ser el esposo de una persona tan virtuosa y tan encantadora. Aun cuando el secreto de tu linaje hubiera seguido siendo un misterio para mí, tanto el agradecimiento como el amor me habrían hecho sentir que, teniéndote por esposa, sería el más feliz de todos los hombres.

A sí terminó de hablar el príncipe, y la Bella iba a responderle cuando se lo impidió un ruido de voces estridentes e instrumentos de guerra que, sin embargo, no anunciaban nada siniestro. Se asomaron a la ventana, y el hada y la reina, que volvían de dar su paseo, hicieron otro tanto.

Aquel ruido provenía de la llegada de un hombre que, de acuerdo con las apariencias, debía de ser un rey. La escolta que lo rodeaba tenía todos los signos de la dignidad real, y él mismo mostraba en su persona un aspecto de majestad que no desmentía en absoluto la magnificencia que lo acompañaba. Aquel príncipe perfectamente bien proporcionado, aunque ya no estuviese en su primera juventud, mostraba que pocos lo habían igualado en la primavera de su vida. Lo seguían doce guardias y algunos cortesanos en traje de caza, que parecían tan sorprendidos como su jefe de hallarse en un castillo que les era desconocido. Se le rindieron los mismos honores que le habrían correspondido en sus propios estados, y todo fue hecho por seres invisibles, ya que oían gritos de alegría y fanfarrias pero no veían a nadie.

El hada, al verlo aparecer, le dijo a la reina:

—Allí está tu hermano el rey, padre de la Bella, que no se espera la alegría de encontrarte aquí. Se sentirá tanto más contento cuanto que, como lo sabes, cree que su hija murió hace mucho tiempo. Todavía la extraña tanto como a su esposa, de la que conserva un cariñoso recuerdo.

Estas palabras aumentaron la impaciencia que la joven reina y la princesa tenían por besar al rey, de modo que todos descendieron rápidamente al patio, al que llegaron en el momento preciso en que aquél bajaba del caballo. El rey los miró sin poder reconocerlos, pero no dudó de que salían a recibirlo. Todavía no sabía qué cumplido hacerles ni qué palabras usar, cuando la Bella se echó a sus pies y le abrazó las rodillas llamándolo padre.

El rey la hizo poner de pie y la abrazó afectuosamente, sin comprender por qué le daba ese nombre. Imaginó que podía ser una princesa huérfana y oprimida que acudía a implorar su protección, y que sólo usaba los términos más conmovedores para obtener lo que pedía. Estaba a punto de asegurarle que haría en su favor todo lo que dependiese de él, cuando reconoció a su hermana la reina, quien, abrazándolo a su vez, le presentó a su hijo. Le contó una parte de lo mucho que ella y él le debían a la Bella, y no le ocultó la horrible aventura que acababa de terminar.

El rey elogió a la joven princesa y, cuando quiso saber su nombre, el hada lo interrumpió para preguntarle si era necesario nombrar a sus padres y si él no había conocido alguna vez a alguien a quien ella se pareciese lo bastante como para revelarle quiénes eran...

—Si me guiase sólo por sus rasgos —dijo, mirándola fijamente y sin poder retener algunas lágrimas—, el nombre que me ha dado sería legítimo, pero, a pesar de esos indicios, y de la emoción que me produce verla, no me atrevo a ilusionarme con que sea la hija que he llorado, ya que vi los signos indudables de que había sido devorada por los animales salvajes. Sin embargo —continuó diciendo mientras la examinaba de nuevo—, se parece extraordinariamente a la tierna e incomparable esposa que la muerte me arrebató. ¡Cómo me ilusiona la esperanza de volver a ver en ella el fruto de un matrimonio encantador cuyos lazos fueron rotos demasiado pronto!

—Puedes hacerlo, señor —replicó el hada—, la Bella es tu hija. Su linaje ya no es un secreto aquí. La reina y el príncipe saben quién es. Hice que vinieses sólo para informarte de ello; pero no estamos en un lugar apropiado para contar los detalles de esta aventura. Entremos al palacio, allí descansarás unos momentos y luego te contaré lo que desees saber. Después de la alegría que sentirás por volver a encontrar a una hija tan bella y tan virtuosa, te daré otra noticia a la que no serás menos sensible.

El rey, acompañado por su hija y por el príncipe, fue conducido por los oficiales monos a los aposentos que el hada le había destinado.

Durante ese tiempo, la inteligencia se ocupó en devolverles a las estatuas la libertad de hablar de lo que habían visto. Como la reina se había apiadado de su suerte, el hada quiso que sintiesen por sus manos el agrado de volver a ver la luz. Le dio su varita mágica, con la que la reina hizo, siguiendo sus órdenes, siete círculos en el aire, y luego pronunció estas palabras con voz natural: «Vuelvan a la vida, su rey se ha salvado». Todas aquellas figuras inmóviles se movieron y se pusieron a caminar y actuar como lo hacían antes, acordándose sólo confusamente de lo que les había ocurrido.

Después de esta ceremonia, el hada y la reina fueron a reunirse con el rey, al que hallaron conversando con la Bella y el príncipe. Les prodigaba sus lisonjas a ambos, y, sobre todo, a su hija, a la que le preguntó cien veces cómo se había salvado de las bestias feroces que se la habían llevado, sin reparar en que ya la primera vez ella le había dicho que no sabía nada de eso y que, incluso, había ignorado el secreto de su linaje. Por su parte, el príncipe hablaba sin que lo oyesen, repitiendo cien veces todo lo que le debía a la princesa Bella. Hubiera querido también informar al monarca de las promesas que el hada le había hecho de que la desposaría, y rogarle que no se negase a dar su amable consentimiento a ese matrimonio. Aquella conversación y aquellas lisonjas fueron interrumpidas por la llegada de la reina y del hada. El rey, que recuperaba a su hija, conocía la inmensidad de su dicha, pero todavía ignoraba a quién le debía ese precioso don.

—A mí —le dijo el hada—, y yo soy la única a quien le corresponde explicarte la

aventura. Mis buenas acciones no consistirán solamente en relatártela, también tengo novedades que anunciarte que no te resultarán menos agradables. De modo tal, gran rey, que puedes señalar este día como uno de los días felices de tu vida.

Los asistentes, viendo que el hada se disponía a hablar, dieron a entender con su silencio que le prestarían muchísima atención. Para responder a su expectativa, éste fue el discurso que le dirigió al rey:

—La Bella, señor, y quizás el príncipe, son aquí los únicos que no conocen las leyes de la Isla Feliz. Para ellos voy a explicarlas. A todos los habitantes de esta isla, e incluso al rey, les está permitido consultar únicamente el propio gusto en lo que se refiere a la persona con quien se casarán, de manera que nada se oponga a su felicidad. En virtud de ese privilegio, tú elegiste a una joven pastora a la que habías conocido durante una partida de caza. Sus encantos y su inteligencia te la hicieron encontrar digna de ese honor.

»Cualquier otra que no fuese ella, e incluso muchachas dignamente criadas, habrían aceptado sin demora y con alegría el de ser tu amante; pero la virtud le hizo desdeñar semejante ofrecimiento. La hiciste subir al trono y le diste un rango del que lo humilde de su linaje parecía excluirla, pero que merecía por la nobleza de su carácter y la belleza de su alma.

»Puedes recordar que siempre tuviste motivos para felicitarte por tu elección. Su afabilidad, su buen natural y su cariño por ti estuvieron a la altura de los encantos de su persona. Pero no gozaste mucho tiempo del placer de tenerla contigo. Luego de hacerte padre de la Bella, te viste en la obligación de viajar a la frontera de tu reino para prevenir un conato de rebelión del que te habían informado; durante ese tiempo, sufriste la pérdida de tu querida esposa, lo que te conmovió tanto más cuanto que sumabas al amor que sus encantos te habían inspirado la más perfecta estima por sus raras cualidades. A pesar de su mucha juventud y de la poca educación que su nacimiento le había dado, hallaste en ella una prudencia consumada, y tus más hábiles cortesanos quedaron sorprendidos con los sabios consejos que te daba y con los medios que encontraba para que todos tus proyectos tuvieran éxito.

El rey, que seguía conservando su dolor y tenía la muerte de aquella digna esposa siempre presente, no pudo oír este relato sin dar nuevas muestras de emoción, y el hada, que se dio cuenta de que ese discurso lo conmovía, le dijo:

—Tu sensibilidad me prueba que merecías aquella dicha; no quiero hacerte presente aún más un recuerdo que sólo puede entristecerte; pero tengo que decirte que aquella supuesta pastora era un hada, mi hermana, la cual, informada de que la Isla Feliz era un país encantador, y al tanto de sus leyes y de la benignidad de tu gobierno, tuvo ganas de verla.

»Las ropas de pastora fueron el único disfraz que eligió, a fin de gozar por un tiempo de la vida campestre. Fue allí donde la encontraste. Sus gracias y su juventud te conmovieron. Ella se abandonó sin resistencias al deseo de saber si tenías tantos encantos en el espíritu como los que encontraba en tu persona. Confiaba en su calidad

y en su poder de hada, que la pondría, cuando lo quisiera, a cubierto de tus afanes, en caso de que llegasen a ser importunos y la condición bajo la cual se te aparecería te hiciera presumir que podías faltarle el respeto sin consecuencias. No temía los sentimientos que podías llegar a inspirarle, y, persuadida de que su virtud bastaba para protegerla de las trampas del amor, atribuía lo que sentía por ti a la simple curiosidad de conocer si todavía existían en la tierra hombres capaces de amar la virtud desprovista de ornamentos postizos, que la vuelven más brillante y más respetable para el vulgo de lo que es en sí misma y que ayuda, a menudo, a darles su nombre a los vicios más abominables.

»Engañada con esta idea, lejos de huir a refugiarse en nuestro asilo general, como primero había pensado, quiso vivir en una pequeña cabaña que se había hecho en la soledad en la que la hallaste, en compañía de una figura fantástica que representaba a su madre. Aquellas dos personas parecían vivir del producto de un supuesto rebaño que no temía a los lobos, ya que, en realidad, no eran más que genios disfrazados. Fue en aquel lugar donde recibió tus atenciones. Éstas produjeron todo el efecto que podías desear. No tuvo fuerzas para rechazar la corona cuando se la ofreciste... Eras consciente de lo mucho que le debías en tiempos en que creías que ella te lo debía todo y tú considerabas que era mejor que lo ignorase.

»Lo que te revelo es una prueba tangible de que la ambición no tuvo parte alguna en el consentimiento que dio a tus deseos. No ignoras que nosotras consideramos los más grandes reinos como bienes que regalamos a quien nos place. Pero ella se fijó en tu conducta generosa y, creyéndose feliz de unirse a un hombre tan virtuoso, se aturdió con ese compromiso hasta el punto de que no hizo ninguna reflexión sobre el peligro en que iba a precipitarse; dado que nuestras leyes prohíben expresamente cualquier unión con quienes no tienen tanto poder como nosotras, sobre todo antes de que tengamos edad suficiente como para tener autoridad sobre las demás y disfrutar, llegado el momento, del derecho de preeminencia.

»Antes que llegue ese tiempo, estamos subordinadas a las hadas mayores, y para que no abusemos de nuestro poder sólo tenemos el de disponer de nuestras personas en favor de una inteligencia o de un sabio cuyo poder sea, al menos, igual al nuestro. Es cierto que, una vez llegadas a la edad requerida, somos dueñas de contraer el matrimonio que nos plazca; pero no solemos hacer uso de ese derecho, y siempre es para escándalo de la orden, que rara vez recibe esta afrenta, y aun en ese caso sólo se trata de algunas viejas hadas que pagan casi siempre caro su extravagancia, ya que se casan con jóvenes que las desprecian, y aunque no se las castigue directamente ya tienen suficiente castigo con el maltrato de sus esposos, de los que no les está permitido vengarse.

»Es la única pena que les imponemos. Los disgustos, que casi siempre llegan tras las locuras que hicieron, les quitan el deseo de revelarles nuestros secretos ventajosos a los profanos de quienes esperaban consideración y atenciones. Ninguno de esos casos era el de mi hermana. Dotada de todas las cualidades necesarias para hacerse

amar, no le faltaba más que la edad suficiente; pero se dejó llevar sólo por el amor. Se ilusionó con que podría mantener su casamiento en secreto y, durante un tiempo, lo logró. No tenemos por costumbre informarnos de lo que hacen las hadas cuando están ausentes. Cada cual se ocupa de sus propios asuntos, y vamos por el mundo para hacer el bien o el mal, de acuerdo con nuestras inclinaciones, sin estar obligadas, cuando regresamos, a rendir cuenta de nuestros actos, a menos que hayamos tenido una conducta que haga hablar de nosotras o que algún hada bienhechora, conmovida con la suerte de algún desdichado injustamente perseguido, nos traiga sus quejas. Hace falta, finalmente, algún acontecimiento imprevisto para que vayamos a ver el libro general, en el que lo que hacemos queda grabado por sí solo en el acto. Fuera de esas ocasiones, sólo tenemos que concurrir a la asamblea tres veces por año, y, como viajamos muy fácilmente, para cumplir con esa obligación sólo tenemos que hacer acto de presencia durante dos horas.

»Mi hermana tenía que honrar el Trono (es el nombre que le damos a ese pesado deber): cuando era necesario, tenía que preparar con anticipación una partida de caza o un viaje de placer, y en cuanto nos íbamos fingía alguna indisposición para quedarse sola encerrada en su gabinete, o decía que tenía que escribir o descansar. Nadie se dio cuenta en tu palacio, ni tampoco ninguna de nosotras, de lo que tenía tanto interés en ocultar. Ése no fue un misterio para mí. Las consecuencias eran peligrosas, así se lo hice saber, pero ella te amaba demasiado como para arrepentirse de su conducta. Queriendo incluso justificarse ante mí, exigió que fuese a verte.

»Sin hacerte cumplidos, confieso, señor, que, si al verte no llegué a aprobar por entero su debilidad, al menos ésta quedó considerablemente disminuida y creció el celo que puse en mantenerla oculta. Su prevaricación permaneció ignorada durante dos años; pero, al fin, fue descubierta. Nosotras tenemos la obligación de hacer por el ancho mundo un cierto número de buenas acciones, de las que estamos forzadas a rendir cuentas. Cuando mi hermana se vio obligada a rendir las suyas, sólo pudo mostrar favores hechos en la Isla Feliz y por la Isla Feliz.

»Varias hadas, de mal humor, censuraron su manera de actuar; por eso nuestra reina le preguntó cuál era la razón por la que limitaba su beneficencia a esa ínfima parte de la tierra, ya que no le estaba permitido ignorar que un hada joven tiene que viajar mucho para dar a conocer al universo nuestro poder y nuestra voluntad.

»Como esa ley no era nueva, mi hermana no tuvo motivos para refunfuñar ni pretextos para negarse a obedecer. Prometió que se sometería a ella; pero la impaciencia de volver a verte, el temor a que notasen su ausencia, la imposibilidad de actuar en secreto para el trono, no le permitieron alejarse por mucho tiempo y lo bastante a menudo como para cumplir con su deber, y en la asamblea siguiente apenas si pudo probar que había estado un cuarto de hora fuera de la Isla Feliz.

»Nuestra reina, irritada con ella, la amenazó con destruir esa isla para impedir que siguiera violando nuestras leyes. Esa amenaza la turbó tanto que aún la menos perspicaz de las hadas se dio cuenta de hasta qué punto tu esposa le tenía apego a esa

isla fatal; y el hada malvada, que le dio a este príncipe la monstruosa figura que tuvo, comprendió, al ver su confusión, que al abrir el gran libro encontraría allí alguna información importante que le permitiría ejercer su influencia maléfica. “Aquí — gritó— se descubrirá la verdad, y podremos realmente saber cuál ha sido su conducta”. Dichas estas palabras, le hizo ver a toda la asamblea lo que había ocurrido en los últimos dos años y lo leyó todo en voz alta y clara.

»Todas las hadas hicieron un enorme alboroto al enterarse de esa unión desapareja, y cubrieron a mi triste hermana con los más crueles reproches. Fue condenada a la degradación de nuestra orden y a permanecer prisionera entre nosotras. Si el castigo de aquella falta sólo hubiera consistido en la primera de estas penas, habría hallado consuelo; pero el segundo castigo, más terrible que el primero, le hizo sentir todo el rigor de ambos. La pérdida de su dignidad le importaba poco; pero como te amaba entrañablemente, pidió, con lágrimas en los ojos, que se contentasen con degradarla, sin privarla del placer de vivir como una simple mortal junto a su esposo y a su querida hija.

»Sus llantos y sus súplicas conmovieron a las más jóvenes de las hadas más ancianas, y yo vi, por el murmullo que se produjo, que si en el mismo momento se hubiese votado, seguramente no habría tenido que padecer más que una amonestación. Pero una de las más ancianas, a la que por su gran decrepitud llamamos la Madre de los Tiempos, no le dio tiempo a la reina de explicarse y dar a conocer que la piedad se había apoderado de su corazón tanto como del de las demás.

»“Este crimen no debe tolerarse —exclamó con voz cascada aquella detestable vieja—, si no se lo castiga, todos los días estaremos expuestas a las mismas afrentas. En este asunto, el honor de nuestra orden está en juego. Esta miserable, apegada a la tierra, no lamenta en absoluto la pérdida de una dignidad que la ponía por encima de los reyes cien veces más arriba de lo que ellos lo están por encima de sus súbditos. Nos está mostrando que vuelca su afecto, sus temores y sus deseos en su indigna familia. Allí es donde hay que castigarla. Que su esposo la llore; que su hija, vergonzoso fruto de sus cobardes amores, se case con un monstruo, para hacerle expiar la debilidad de una madre que tuvo la de dejarse hechizar por la belleza frágil y despreciable de su padre”.

»Este cruel dictamen hizo que muchas de las que se inclinaban a la clemencia volvieran al rigor. Como el pequeño número de las que se habían apiadado no era lo bastante considerable como para oponerse a la decisión general, ésta fue ejecutada estrictamente, y nuestra misma reina, en cuya fisonomía parecía leerse la compasión, recobró su aspecto severo y confirmó, sumando su voto al de la mayoría, la opinión de aquella vieja mala. Mi hermana, sin embargo, que buscaba cómo hacer revocar una sentencia tan cruel, hizo de ti, para conmovier al tribunal y disculpar su casamiento, un retrato tan encantador que inflamó el corazón del hada gobernanta del príncipe (era la que había abierto el libro), pero aquel amor incipiente sólo sirvió para redoblar el odio que aquella hada injusta ya tenía por tu triste esposa.

»Como no podía resistir al anhelo que tenía de verte, disfrazó su pasión con el pretexto de conocer si merecías que un hada hiciera por ti el sacrificio que había hecho mi hermana. Como estaba encargada de velar por el príncipe y había hecho que la asamblea aprobase esa tutela, no se hubiera atrevido a abandonarlo si el amor, ingenioso, no le hubiese inspirado la idea de poner junto al príncipe a un genio protector y a dos hadas subalternas e invisibles, para que lo cuidasen durante su ausencia. Después de tomar esa precaución, sólo pensó en seguir sus deseos, que la llevaron a la Isla Feliz.

»Mientras tanto, las damas y los oficiales de la reina prisionera, extrañados de que no saliese de su gabinete secreto, fueron presa de la alarma. Ella les había prohibido explícitamente que la interrumpieran, por lo que dejaron pasar la noche sin llamar a la puerta; pero como la impaciencia ya no les permitía ninguna otra consideración, golpearon con fuerza y, como nadie les respondió, tiraron la puerta abajo, sin dudar de que le había ocurrido algún accidente. Se esperaban los más funestos descubrimientos; pero su consternación no fue menor al no encontrarla. La llamaron, la buscaron en vano; no dieron con nada que pudiera aliviar la desesperación que les causaba su ausencia. Hicieron miles de razonamientos, unos más absurdos que otros. No podían sospechar que su evasión fuera voluntaria. Era todopoderosa en tu reino, el poder soberano que le habías otorgado nadie se lo discutía. Todos le obedecían con alegría. El cariño que ustedes tenían el uno por el otro, el que ella tenía por su hija y por súbditos que la hacían sentir feliz, impedía que se la acusase de haber huido. ¿Adónde podría haber ido para estar mejor? Por lo demás, ¿qué hombre se hubiera atrevido a raptar a una reina en medio de su guardia y en lo recóndito de su palacio? Se habría sabido de inmediato el camino que los secuestradores hubieran tomado.

»La desgracia era indudable, aunque las circunstancias en que había ocurrido permaneciesen ocultas. Había que temer otra más: era, señor, la manera en que recibirías la fatal noticia. La inocencia de quienes eran responsables de la persona de la reina no les daba ninguna tranquilidad en cuanto a los efectos de tu justa cólera. Tenían que determinarse a huir de tus estados, y, con esa huida, declararse culpables de un crimen que no habían cometido, o tenían que encontrar la manera de ocultarte aquella desgracia.

»Después de muchas deliberaciones, sólo se les ocurrió convencerte de que había muerto, lo que hicieron de inmediato. Enviaron un correo a informarte de que había caído enferma. Un segundo correo, que salió unas horas después, te llevó la noticia de su muerte; era para que tu amor no te hiciese regresar de inmediato. Tu presencia habría destruido todas las precauciones en que se basaba la seguridad de todos. Se le hicieron exequias dignas de su rango, de tu afecto y del desconsuelo de un pueblo que la adoraba y la lloraba tan sinceramente como tú mismo.

»Esa cruel aventura fue siempre un secreto para ti, aunque no había nadie en toda la Isla Feliz que la ignorase. La primera sorpresa había hecho pública esa desgracia. El dolor que sentiste por esa pérdida estuvo en proporción a tu afecto; sólo hallaste

alivio en llamar a la princesa a tu lado. Las inocentes caricias de aquella niña fueron tu único consuelo. Ya no quisiste separarte de ella; era encantadora y te presentaba, sin cesar, el vivo retrato de su madre la reina. El hada enemiga, que había sido la primera causa de todo el desorden cuando abrió el gran libro en donde descubrió el casamiento de mi hermana, no fue a verte sin pagar por su curiosidad; tu presencia produjo en su corazón el mismo efecto que en el de tu esposa, y aunque esa experiencia no la indujo a disculparla, deseaba ardientemente cometer la misma falta. Permanecía invisible a tu lado y no podía decidirse a dejarte; viéndote inconsolable, no se ilusionaba con que el éxito coronara sus amores; y como temía añadir la vergüenza de tu desprecio a la inutilidad de sus propósitos, no osaba darse a conocer. Por otra parte, juzgando necesario aparecer, pensaba que conquistándote con su ingenio haría que te acostumbrases a verla y quizás a amarla. Pero para eso tenía que hablarte y, con vistas a conseguirlo, pensó tanto en el medio que emplearía para presentarse ante ti decentemente que terminó por encontrarlo.

»Había una reina vecina a la que un usurpador, luego de asesinar a su marido, había echado de sus estados; aquella triste princesa recorría el mundo buscando un asilo y un vengador. El hada la secuestró y, después de ponerla en un lugar seguro, la durmió y tomó su aspecto. Tú, señor, viste como esa hada disfrazada se arrojaba a tus pies e imploraba tu protección para castigar, decía, al asesino de un esposo al que ella lloraba tanto como tú a la reina. Te aseguró que el amor conyugal era el único motivo de sus acciones y que renunciaba de todo corazón a una corona que ofrecía al que vengase a su querido esposo.

»Los desdichados tienen piedad unos de otros. Compartiste su dolor, tanto más cuanto que lloraba a un esposo amado y, mezclando sus lágrimas con las tuyas, te hablaba sin cesar de la reina. Le concediste tu protección, y no tardaste en restituírle su pretendido reino, castigando a los rebeldes y al usurpador como ella parecía desearlo; pero no quiso volver a su país ni abandonarte. Te suplicó, por su seguridad, que hicieses gobernar su reino en su nombre, ya que eras demasiado generoso para aceptar el presente que, dándotelo, te habría querido hacer, y que le permitieses vivir en tu corte. No pudiste negarle ese nuevo favor. Te pareció necesaria para criar a tu hija, ya que la hábil harpía no ignoraba que aquella niña era el único objeto de tu afecto. Fingía un extremo cariño por ella, y la tenía continuamente en los brazos. Anticipándose al pedido que ibas a hacerle, te pidió encarecidamente que le permitieses encargarse de su educación, diciéndote que no quería tener ningún otro heredero fuera de aquella querida niña, que sería también la suya y el único objeto de su amor, porque, decía, le recordaba a la que había tenido con su esposo y había perecido con él.

»Su propuesta te pareció tan conveniente que no dudaste en entregarle a la princesa, e incluso darle pleno poder sobre ella. El hada cumplió perfectamente con su tarea y, gracias a su talento y su afecto, se ganó por entero tu confianza; y tú, como a una querida hermana, le diste tu cariño. Eso no era bastante para ella; toda su

preocupación era la de llegar a ser tu esposa. No descuidó nada para lograr su objetivo; pero aunque no hubieras sido el esposo de la más bella de las hadas, ella no estaba hecha para inspirar amor. El rostro que había tomado prestado no podía compararse con el de aquélla cuyo lugar pretendía ocupar. Extremadamente fea, como ella lo era por naturaleza, no hubiera podido tomar una belleza prestada más que un día por año.

»Esa experiencia poco halagüeña le hizo comprender que, para tener éxito, tenía que recurrir a otros medios que no fueran la belleza. En secreto, conspiró para obligar al pueblo y a los grandes señores a solicitarte que tomases esposa, y para ser ella la elegida. Pero ciertas explicaciones ambiguas que te había dado para dar fundamento a tus disposiciones te hicieron saber fácilmente de dónde provenían los vehementes requerimientos con los que te importunaban. Manifestaste claramente que no querías oír hablar de darle una madrastra a tu hija, ni ponerte en situación, al subordinarla a una reina, de hacerle perder el primer rango en tus estados, junto con la firme esperanza de sucederte en el trono. También le diste a entender a aquella falsa princesa que sería de tu agrado verla volver a su país sin protestar y sin tardanza. Una vez de regreso en su reino, le prometiste que le prestarías todos los servicios que se pueden esperar de un amigo fiel y de un vecino generoso. Pero no le ocultaste que, si no tomaba de buena gana esa decisión, corría el riesgo de tener que hacerlo por la fuerza.

»El obstáculo insuperable que oponías a su amor le produjo una terrible cólera; sin embargo, fingió tal indiferencia que logró convencerte: aquella tentativa era un efecto de su ambición y del temor a que, más tarde, te apoderases de sus estados; a pesar de la insistencia que había tenido en ofrecértelos, prefería dejarte creer que no lo había hecho de buena fe antes que darte a conocer sus verdaderas intenciones.

»Su furor no fue menos violento por mantenerse oculto. Sin dudar que era la Bella quien, más poderosa en tu corazón que la política, te hacía renunciar a la ventaja de extender tu imperio de manera tan gloriosa, concibió por ella un odio tan fuerte como el que había tenido por tu esposa y tomó la resolución de deshacerse de ella, ya que no dudaba que, una vez muerta, tus súbditos renovarían sus ruegos y te forzarían a ponerte en situación de dejar descendientes... La buena mujer ya casi no estaba en edad de dárteles, pero poco le importaba ésa superchería. La reina cuya apariencia había tomado era lo bastante joven como para poder tener muchos todavía, y su fealdad no era un obstáculo para una boda real por razones políticas.

»A pesar de la declaración sincera que habías hecho, se pensaba que si tu hija moría cederías a los continuos argumentos de tu consejo; ni siquiera se dudaba de que tu elección recayera en aquella falsa reina, lo que le ganaba innumerables secuaces. Así fue como, con la ayuda de uno de sus aduladores, cuya mujer tenía el alma tan baja como él, y que era tan malvado como ella, decidió deshacerse de tu hija. Había hecho a aquella mujer gobernanta de la princesita. Entre los tres decidieron asfixiarla y decir que había muerto súbitamente. Pero, para mayor seguridad, se pusieron de

acuerdo en ir a cometer ese asesinato en el bosque cercano, para que nadie pudiera sorprenderlos durante la bárbara ejecución; confiaban en que nadie supiese nada y fuese imposible acusarlos de no haber pedido auxilio antes de que expirase, con la excusa legítima de que estaban demasiado alejados. El marido de la gobernanta se proponía ir a buscar ayuda después de que la niña hubiera muerto; y, para que nadie pudiese sospechar nada, tenía que parecer sorprendido de hallarla en un estado que no admitía auxilio, una vez que hubiera vuelto al lugar en el que habría dejado a la tierna víctima de su furor; y, por otra parte, se preparaba estudiando el dolor y la sorpresa que quería simular.

»Te veía lo más a menudo que podía y tanto como me lo permitía la prudencia, sin correr el riesgo de despertar las sospechas de nuestra enemiga, que me habría denunciado como un hada en la que el afecto fraterno prevalecía sobre el honor de la orden y que protegía a una raza culpable. No olvidé nada que me sirviese para convencer a todas las hadas de que había abandonado a mi hermana a su desdichada suerte, y de ese modo confiaba en que me fuese más fácil prestarle servicio. Como estaba atenta a todo lo que hacía tu pérfida enamorada, tanto por mí misma como por medio de los genios que están bajo mis órdenes, su horrenda intención no escapó a mi conocimiento. No podía oponerme a ella de manera abierta, y a pesar de que me fuese fácil aniquilar a aquéllos en cuyas manos había abandonado a la pequeña criatura, la prudencia me lo impidió, ya que si hubiera secuestrado a tu hija el hada maligna me la habría sacado sin que me fuera posible defenderla. Entre nosotras hay una ley que nos obliga a tener mil años de edad antes de entrar en disputa con nuestras mayores o, caso contrario, tenemos que haber sido serpientes.

»Los peligros que nos acompañan en ese estado hacen que lo llamemos los Fastos Terribles. Entre nosotras no hay ninguna que no tiemble ante la idea de asumirlo. Dudamos mucho tiempo antes de resolvernos a exponernos a ese estado; y sin un motivo muy urgente de odio, de amor o de venganza, hay pocas que no prefieran esperar a que los privilegios de la veteranía lleguen con la ayuda del tiempo, antes que obtenerlos anticipadamente por ese peligroso medio, en el que la mayor parte sucumbe. Yo estaba en esa situación. Tenían que pasar todavía diez años para que cumplierse los mil, y no tenía más recurso que el artificio. Hice uso de él con éxito.

»Tomé la forma de una osa monstruosa y, escondiéndome en el bosque destinado a aquella detestable ejecución, cuando los miserables llegaron para cumplir la bárbara orden que habían recibido me arrojé sobre la mujer que llevaba a la pequeña en brazos y sobre cuya boca ya estaba poniendo la mano. El terror que sintió la obligó a dejar caer aquella preciosa carga; pero no se salvó con tan poco, y el horror que me producía su mala naturaleza me inspiró la crueldad del animal cuya figura había tomado. La estrangulé, al igual que al traidor que la acompañaba, y me llevé a la Bella después de desvestirla rápidamente y empaparle las ropas con la sangre de sus enemigos. Las diseminé por el bosque después de tomar la precaución de rasgarlas en varias partes, de modo que no se pudiera pensar que la princesa se había salvado, y

me retiré contentísima de haberlo hecho todo tan bien.

»El hada creyó que sus deseos se habían cumplido. La muerte de sus dos cómplices le convenía, era dueña absoluta de su secreto, y el fin que yo acababa de hacerles sufrir era el que ella les tenía reservado para recompensar sus culpables servicios. Otra circunstancia que le resultó favorable fue que los pastores que habían visto de lejos el incidente corrieron a pedir auxilio: los que acudieron lo hicieron lo bastante rápido como para encontrar a esos infames agonizando e impedirte toda posibilidad de sospechar que ella tuviese algo que ver en todo aquello.

»Las mismas circunstancias resultaron favorables también para mis objetivos. Convencieron al hada maligna de lo mismo que al común de la gente. El hecho parecía tan natural que ya no tuvo dudas. Ni siquiera se dignó usar de su poder para cerciorarse. Su seguridad me llenó de alegría. Yo no habría podido ser la más fuerte si ella hubiera querido volver a apoderarse de la Bella, porque, además de las razones que la ponían por encima de mí, y que te he explicado, tenía la ventaja de que le habías entregado a la niña; le habías dado una autoridad contra la cual eras el único que tenía poder y, a menos que se la sacases tú mismo de las manos, nada podía sustraerla a las leyes que ella quisiera imponerle hasta el momento en que se casara.

»Libre de esa inquietud, me vi abrumada por otra cuando recordé que la Madre de los Tiempos había condenado a mi sobrina a casarse con un monstruo; pero todavía no había cumplido los tres años y yo tenía la ilusión de encontrar, estudiando, algún recurso para que aquella maldición no se cumpliera al pie de la letra y poder transformarla en un equívoco. Tenía todo el tiempo para pensar en ello, y en ese momento sólo me ocupé de encontrar un lugar seguro en donde pudiese dejar a mi valiosa presa.

»El misterio me era absolutamente necesario. No me atreví a darle un castillo, ni a hacer para ella algo magnífico: nuestra enemiga se habría dado cuenta, hubiera tenido alguna inquietud y eso hubiera acarreado consecuencias funestas para nosotras. Preferí, pues, vestirme con ropas sencillas y confiársela al primer particular que encontrase, si me parecía un hombre de bien, y en cuya casa pudiese estar segura de que encontraría todas las comodidades de la vida.

»El azar pronto favoreció mis intenciones. Encontré exactamente lo que estaba buscando. Era una casita en un villorrio, cuya puerta estaba abierta. Entré en aquella morada, que me pareció la de un campesino acomodado. Vi, a la luz de una lámpara, a tres campesinas dormidas junto a una cuna, que me pareció la de un niño de pecho. La cuna no tenía nada de la simplicidad del resto de la habitación. Todo en ella era suntuoso. Pensé que aquella criatura estaba enferma y que el sueño en que estaban sumidas sus cuidadoras provenía del cansancio de ocuparse de ella. Me acerqué sin hacer ruido, con el propósito de procurarle alguna mejoría, y ya disfrutaba de antemano pensando en la sorpresa que esas mujeres tendrían al despertarse, cuando encontrarán al enfermito curado sin saber a qué atribuirlo. Me apresuré a sacar al niño de la cuna, con la intención de darle la salud soplando sobre él, pero mi buena

voluntad le resultó inútil: expiró en el momento mismo en que lo toqué.

»Aquella muerte me inspiró de inmediato el deseo de aprovecharla, y de poner a mi sobrina en el lugar del bebé, si tenía la suerte de que se tratase de una niña. Tuve la dicha de que mis deseos se cumplieran. Encantada con ese resultado, hice sin tardar el cambio y me llevé a la pequeña muerta, a la que di sepultura. Luego volví a la casa, a cuya puerta hice ruido para despertar a las durmientes.

»Les dije, imitando su dialecto, que era una forastera que les pedía albergue por esa noche: me lo dieron de buena gana y fueron a mirar a la niña, a la que encontraron apaciblemente dormida y con todas las apariencias de una perfecta salud. Se quedaron sorprendidas y felices, ya que no se dieron cuenta del engaño en que las hice caer poniéndoles un espejismo en los ojos.

»Me dijeron que la niña era la hija menor de un rico comerciante, que una de ellas era la nodriza y que, después de destetarla, la había devuelto a su familia, pero que la niña había caído enferma en casa de su padre, que la había enviado de vuelta al campo con la esperanza de que el aire puro le hiciera bien. Agregaron con aire satisfecho, mirando a la pequeña, que la experiencia había tenido éxito y había surtido mejor efecto que todos los remedios que habían sido empleados antes de devolvérsela. Resolvieron que se la llevarían al padre de vuelta en cuanto amaneciese, para no retrasar la satisfacción que sentiría y por la cual ellas confiaban en recibir una gran recompensa, porque le había tomado un cariño extremo a esa niña, aunque fuera la última de once hijos.

»Partieron al amanecer y yo, por mi parte, fingí que seguía mi camino, felicitándome por haber puesto a mi sobrina en tan buena situación. Para aumentar más su seguridad y hacer que el supuesto padre se apegase a la niña, tomé la figura de una de esas mujeres que van diciendo la buena ventura y, encontrándome en la puerta del comerciante en el momento en que llegaron las campesinas, entré con ellas. Las recibió con alegría y, al tomar a la niña en brazos, se dejó engañar por los prejuicios del amor paterno, creyendo firmemente que sus entrañas se conmovían al verla; eran tan sólo los impulsos de su buena naturaleza, que él confundía con el instinto paterno. Aproveché ese momento para aumentar el cariño que imaginaba sentir.

»“Mira bien a esta pequeña, mi buen señor —le dije con el lenguaje habitual de esas personas cuyo aspecto había tomado—; será un gran honor para tu familia, te dará grandes bienes y te salvará la vida a ti y a tus hijos; será tan bella, tan bella, que así la llamarán todos los que la vean”. En recompensa por mi predicción me dio una moneda de oro y yo me retiré contentísima.

»Ya no quedaba nada que me obligase a vivir con la raza de Adán. Para aprovechar mi tiempo libre pasé a nuestro imperio, resuelta a permanecer allí algún tiempo. Me dediqué tranquilamente a consolar a mi hermana, dándole noticias de su querida hija y manifestándole que, lejos de haberla olvidado, guardabas su recuerdo con el mismo cariño que habías tenido por su persona.

»Tal era, gran rey, la situación en que nos encontrábamos mientras tú estabas

abrumado por la nueva desgracia que te había privado de tu hija, y que renovaba los dolores que te había hecho sentir la pérdida de su madre. Aunque no pudieses acusar concretamente de ese accidente a aquélla a la que se la habías confiado, te resultó sin embargo imposible no mirarla con malos ojos, porque si bien no había evidencias de que fuese culpable, tampoco podía justificar la negligencia cometida, que los hechos habían vuelto criminal.

»Una vez pasados los primeros arrebatos de tu aflicción, ella se preciaba de que ya no habría ningún obstáculo que te impidiera casarte con ella; hizo que sus emisarios te renovasen la propuesta de matrimonio; pero se desengañó, y su mortificación fue extrema, cuando declaraste que no sólo tenías tan poca intención como antes de volver a casarte, sino que, incluso en el caso de que cambiaras de idea, no sería nunca en su favor. A esa declaración sumaste la orden urgente de que saliera de tu reino. Su presencia te recordaba a tu hija y renovaba tu dolor: ése fue el pretexto del que te serviste; pero la razón principal que tenías era la de poner término a las continuas intrigas con que intentaba lograr sus objetivos.

»El hada se sintió indignada, pero tuvo que obedecer sin poder vengarse. Yo había encomendado a una de nuestras ancianas que te protegiese. Tenía gran poder, porque unía a su veteranía la ventaja de haber sido serpiente cuatro veces. Así como hay un peligro extremo en hacerlo, también hay honores y un acrecentamiento de poder unidos a ese riesgo. Esa hada, por consideración hacia mí, te tomó bajo su protección y le quitó a tu furiosa enamorada la posibilidad de hacerte ningún daño.

»Ese contratiempo favoreció a la princesa cuya apariencia había tomado. El hada la hizo salir de su sueño y, ocultándole el uso criminal que había hecho de sus rasgos, sólo le hizo ver el lado favorable de sus actos. No se olvidó de resaltar sus buenos oficios y el trabajo que le había ahorrado; y, para que continuara por sí misma su propio personaje, le dio buenos consejos para comportarse. Fue entonces cuando, tratando de consolarse de tu indiferencia, volvió junto al príncipe y renovó sus atenciones; le tomó afecto, llegó a amarlo demasiado y, no pudiendo hacerse amar por él, le hizo sentir las terribles consecuencias de su furor.

»Mientras tanto, el momento de mi veteranía había llegado sin que me diese cuenta y mi poder aumentaba; pero el deseo de serles útil a mi hermana y a ti me persuadió de que todavía no era bastante. Como mi sincera amistad me disimulaba el peligro de los Fastos peligrosos, quise pasar por ellos. Me volví serpiente y superé felizmente esa prueba; eso me dio la posibilidad de actuar sin misterios en favor de aquéllos que son oprimidos por nuestras malas compañeras. Si no siempre puedo destruir por completo los encantamientos funestos, tengo a menudo el poder de hacerlo y, al menos, siempre puedo disminuirlos con mi poder y mis consejos.

»Mi sobrina pertenecía al número de aquéllos a los que no puedo favorecer por completo. Como no me atrevía a mostrar el interés que tenía en ella, me pareció más conveniente dejarle su condición de hija del comerciante; bajo diferentes formas iba a verla a menudo, y siempre volvía satisfecha. Su virtud y su belleza igualaban su

inteligencia. A los catorce años ya había mostrado una constancia admirable en la buena y en la mala fortuna por las que su supuesto padre había tenido que pasar.

»Quedé encantada al saber que los más crueles reveses no habían sido capaces de perturbar su tranquilidad. Por el contrario, con su alegría, con su afable conversación, se había impuesto el deber de devolvérsela a su padre y a sus hermanos; y yo tenía el gusto de ver que tenía sentimientos dignos de su linaje. Pero ese agrado se mezclaba con la más cruel amargura cuando recordaba que tantas perfecciones estaban destinadas a un monstruo. Yo trabajaba, yo me ocupaba vanamente, noche y día, en encontrar el medio de salvarla de una desgracia tan grande, y me desesperaba porque no se me ocurría nada.

»Esa inquietud no me impedía hacer frecuentes viajes a tu palacio. Tu mujer, que no estaba en libertad de hacerlo, me pedía todo el tiempo que fuese a verte, y a pesar de la protección de nuestra amiga, su cariño alarmado la persuadía siempre de que los momentos en que yo te perdía de vista eran los últimos de tu vida, y aquéllos con los que nuestra enemiga cebaba su furor. Esa aprensión la turbaba tanto que apenas me daba tiempo a descansar. Cuando iba a rendirle cuentas del estado en que te encontrabas, me suplicaba tanto que volviese a tu lado que me era imposible negarme.

»Conmovida por su inquietud, y con el deseo más de hacerla cesar que de ahorrarme las penas que me causaba, me valí contra nuestra bárbara compañera de las mismas armas que ella había usado en contra de nosotras, y fui a abrir el gran libro. Por suerte lo abrí en la página de la conversación que tuvo con la reina y el príncipe, la misma que terminó con su metamorfosis. No me perdí una palabra y quedé muy contenta, porque, para estar más segura de su venganza, ella destruía, sin saberlo, el daño que la Madre de los Tiempos nos había hecho, al someter a la Bella al destino de tener que casarse con un monstruo. Lo mejor de todo era que ponía condiciones tan ventajosas que parecía que lo hubiera hecho adrede y con la única intención de hacerme un favor, ya que le daba a la hija de mi hermana ocasión de demostrar que era digna de salir de la sangre más pura de las hadas.

»Una seña, el menor gesto, expresa entre nosotras todo lo que el vulgo no sería capaz de pronunciar en tres días. Sólo dije una palabra de desprecio y eso fue suficiente para darle a conocer a la asamblea que nuestra enemiga se había condenado a sí misma con la sentencia que había hecho pronunciar diez años antes en contra de tu esposa. A la edad de mi hermana parecía más natural tener debilidades de amor que en el caso de un hada de la primera orden y con muchos más años: hablo de las bajezas y de las malas acciones que habían acompañado aquel amor extemporáneo. Hice ver que si tantas infamias quedaban impunes, tendría razón quien dijera que las hadas sólo estaban en el mundo para deshonar a la naturaleza y afligir al género humano. Enseñándoles el libro, resumí mi brusca arenga con una sola palabra: «¡Miren!»; no por eso fue menos convincente. Yo tenía además amigas jóvenes y ancianas, que trataron a la vieja enamorada como se merecía. No había podido

casarse contigo; a ese castigo se le sumó la deshonra de ser degradada de la orden y luego se le concedió únicamente el trato debido a la reina de la Isla Feliz.

»Aquel consejo se desarrolló mientras ella estaba contigo; en cuanto apareció, se le comunicó el resultado. Tuve el gusto de ser testigo. Después de lo cual, cerrando el libro, descendí precipitadamente de la región media del aire, donde reside nuestro imperio, para oponerme al efecto de la desesperación a la que estabas a punto de abandonarte; no tardé más tiempo en hacer ese viaje del que había puesto en hacer mi lacónica arenga. Llegué de inmediato para prometerte mi ayuda: todo tipo de razones me invitaban a ello. Tus virtudes, tus desgracias —le dijo al príncipe, volviéndose hacia él—, la ventaja que encontraba para la Bella, me hacían ver en ti al monstruo que necesitaba. Ambos me parecían dignos uno del otro, y no dudaba que, cuando se conociesen, sus corazones se harían mutuamente justicia.

»Tú sabes —le dijo a la reina— lo que hice desde entonces para lograr mi objetivo, y cuáles fueron los medios con que obligué a la Bella a venir a este palacio, donde la presencia del príncipe y su conversación, de las que la hacía disfrutar en sueños, surtieron el efecto que esperaba. Inflamaron su corazón sin hacer flaquear su virtud, y sin que ese amor tuviera poder para debilitar el deber y el agradecimiento que la ligaban al monstruo; en fin, pude felizmente completar mi plan en todos sus detalles.

»Sí, príncipe —continuó el hada—, ya no tienes nada que temer de parte de tu enemiga. Ha sido despojada de su poder y nunca llegará a ser capaz de perjudicarte con nuevos encantamientos. Has cumplido al pie de la letra todas las condiciones que te había impuesto; ya que, si no las hubieras cumplido, seguirían en pie a pesar de la eterna caída en desgracia del hada. Te has hecho amar sin el auxilio de tu inteligencia y de tu cuna; y tú, Bella, estás libre igualmente de la maldición que la Madre de los Tiempos te había echado. Aceptaste tomar un monstruo por esposo: ella ya no tiene nada que exigir, todo está ahora al servicio de tu felicidad.

El hada terminó de hablar y el rey se arrojó a sus pies.

—Hada excelsa —le dijo—, ¿cómo podría agradecerte todos los favores de que te dignaste colmar a mi familia? El agradecimiento que siento por tu ayuda está infinitamente por encima de cualquier palabra. Pero, augusta hermana mía —agregó—, este nombre me da ánimo para pedirte otras mercedes; y, a pesar de todo lo que te debo, no puedo dejar de decirte que no seré nunca feliz mientras me vea privado de la presencia de mi querida hada. Lo que hizo, lo que sufre por mí, aumentarían mi amor y mi dolor si uno y otro no hubieran alcanzado ya su máxima expresión. ¡Ah, señora! —agregó—, ¿no podrías completar tus favores haciéndomela ver?

Este pedido era inútil. Si el hada hubiera podido prestarle ese servicio, era demasiado solícita como para esperar a que él se lo pidiera; pero no podía destruir lo que el consejo de las hadas había ordenado. Como la joven reina estaba prisionera en la región media del aire, no había ningún modo imaginable de dejársela ver al rey; y el hada iba a dárselo a entender con suavidad y a exhortarlo a tener paciencia, a la

espera de algún acontecimiento imprevisto del que ella sabría sacar partido, cuando se oyó una sinfonía encantadora que la interrumpió.

El rey, su hija, la reina y el príncipe quedaron extasiados, pero el hada tuvo otro tipo de sorpresa. Esa música indicaba el triunfo de las hadas y ella no comprendía quién podía ser la triunfadora. Se le presentó a la mente la vieja, o la Madre de los Tiempos, que, durante su ausencia, habían obtenido, quizás, la una su libertad, la otra permiso para poner nuevos obstáculos a sus enamorados. Se encontraba sumida en esa perplejidad cuando la sacó agradablemente de ella la presencia de su hermana hada, la reina de la Isla Feliz, que apareció de pronto en medio de aquella asamblea encantadora. No era menos bella que cuando el rey, su esposo, la había perdido. El monarca, que la reconoció de inmediato, dejando de lado el respeto que le debía por el amor que había conservado por ella, la abrazó en un arrebato de alegría que sorprendió a la misma reina.

Su hermana hada no podía imaginar el feliz prodigio al que la recién llegada debía su libertad; pero el hada coronada le dijo que sólo debía su dicha a su propio coraje, que la había llevado a arriesgar su vida por otra.

—Tú sabes —le dijo al hada— que la hija de nuestra reina fue recibida en la orden desde su nacimiento, pero que no le debe la existencia a un padre sublunar, ya que la recibió del sabio Amadabak, que honra a las hadas con su alianza y que, gracias a su ciencia sublime, es mucho más poderoso que nosotras; a pesar de eso, su hija no puede dejar de transformarse en serpiente al cumplir sus primeros cien años. Ese término fatal llegó y nuestra reina, que es una madre tan cariñosa con esa querida niña que se alarma tanto por su suerte como podría hacerlo una criatura común, no pudo decidirse a abandonarla al riesgo de correr algún accidente que, en ese estado, pudiera hacerla perecer; recordaba las desgracias que, en su primera juventud, había visto sufrir a las que sucumbieron, cosa demasiado habitual como para no justificar sus temores.

»La dolorosa situación en que me encontraba me quitaba toda esperanza de volver a ver a mi amante esposo y a mi adorable hija; yo sentía un completo rechazo por una vida que tenía que pasar separada de ellos; así que, sin dudar, tomé la decisión de ofrecirme para reptar en reemplazo de la joven hada; veía en eso, con alegría, una manera segura, rápida y honorable de librarme de todas las desdichas que me abrumaban, ya fuera con la muerte o con una libertad gloriosa que, haciéndome dueña de mi suerte, me permitiera reunirme con mi esposo.

»Nuestra reina dudó tan poco en aceptar ese ofrecimiento, tan halagüeño para el amor materno, como yo había dudado en hacérselo. Me besó cien veces y me prometió que me restituiría todos mis privilegios, que me otorgaría una libertad sin condiciones si tenía la dicha de escapar de ese peligro. Logré superarlo sin percances; el fruto de mis esfuerzos le fue atribuido a la joven hada en nombre de quien me expuse, y de inmediato volví a empezar en mi propio provecho. El buen éxito de mi primer Fasto me dio ánimos para el segundo, en el que igualmente tuve éxito. Esa

acción me permitió alcanzar la condición de hada anciana y, en consecuencia, me hizo independiente. No tardé en aprovechar mi libertad para venir aquí y reunirme con una familia tan querida.

Cuando la reina hada acabó de instruir a su afectuoso auditorio, recomenzaron las mutuas lisonjas. Aquello era una confusión encantadora: los cumplidos iban y venían sin que nadie oyese casi nada, sobre todo la Bella, encantada de pertenecer a parentela tan ilustre y de ya no tener que temer deshonorar a su primo el príncipe haciéndole contraer un matrimonio indigno de él.

Pero aunque se sintiese arrobada de felicidad no se olvidó del buen hombre al que había tomado por su padre. Le recordó a su tía hada su promesa de que él tendría, junto con sus hijos, el honor de asistir a la fiesta de bodas. Todavía estaba hablándole de eso cuando, por la ventana, vieron aparecer a dieciséis personas a caballo, la mayoría de ellas con cuernos de caza, que parecían en extremo desconcertadas. El desorden de aquel grupo bastaba para comprender que los caballos los habían llevado a la fuerza. La Bella reconoció fácilmente a los seis hijos del buen hombre, a sus hermanas y a sus cinco prometidos.

Todo el mundo, excepto el hada, se sorprendió ante esta brusca aparición. Los que llegaban no se sorprendieron menos al verse transportados por el ímpetu de sus caballos hasta un palacio que les resultaba desconocido. Así fue como este suceso les ocurrió: todos se encontraban de caza cuando sus caballos, reuniéndose en escuadrón, salieron corriendo hasta llegar al palacio, sin que pudiesen frenarlos a pesar de todos los esfuerzos que habían hecho.

La Bella, olvidando su nueva dignidad, se apresuró a salirles al encuentro para tranquilizarlos. Los besó a todos bondadosamente. El anciano que la había criado apareció también, pero sin desorden. El caballo había ido a relinchar y a arañar su puerta. No había tenido dudas de que iba a buscarlo de parte de su querida hija. Lo montó sin temor y, como adivinaba adónde lo llevaba, no se sorprendió al encontrarse en el patio de un palacio que volvía a ver por tercera vez y adonde pensaba que era conducido para asistir a las bodas de la Bella y de la Bestia.

En cuanto la vio, corrió a ella con los brazos abiertos, bendiciendo el feliz momento que la ponía delante de sus ojos, y, colmando de bendiciones a la Bestia generosa que permitía su retorno, miró para todos lados a fin de agradecerle con toda humildad las bondades con las que colmaba a su familia y, sobre todo, a la menor de sus hijas. Lo contrarió no verla y temió que sus conjeturas fuesen falsas. Sin embargo, la presencia de sus hijos lo inducía a creer que sus pensamientos eran correctos y que no hubieran sido llevados hasta ese lugar a menos que se tratase de una fiesta solemne, tal como debía serlo la boda.

El buen hombre hacía estas reflexiones para sus adentros, lo que no le impedía estrechar cariñosamente a la Bella entre sus brazos, mojándole el rostro con las lágrimas que le hacía derramar la alegría.

Después de dejarlo gozar a sus anchas de esa dicha, el hada le dijo al fin:

—Basta, buen hombre; le has prodigado suficientemente tus caricias a esta princesa, ya es hora de que dejes de mirarla como padre y sepas que ese título no te pertenece; de ahora en adelante, debes rendirle homenaje como a tu soberana. Es la princesa de la Isla Feliz, hija del rey y de la reina que aquí ves, y va a convertirse en la esposa de este príncipe. Ésta es su madre, la reina, hermana del rey^[7]. Yo soy un hada amiga y soy tía de la Bella. En cuanto al príncipe —agregó, viendo que el buen hombre le clavaba los ojos—, te resulta más conocido de lo que crees, pero ahora es diferente de como era cuando lo viste; en pocas palabras, es la Bestia en persona.

Al oír tan sorprendentes nuevas, el padre y los hermanos quedaron contentísimos, mientras que las hermanas sintieron unos celos dolorosos: pero los disfrazaron con las apariencias de una fingida satisfacción que no engañó a nadie, a pesar de lo cual todos fingieron creer que eran sinceras. En cuanto a los enamorados, a los que la esperanza de poseer a la Bella había hecho inconstantes, y que habían vuelto a sus primeras cadenas sólo porque desesperaban de conquistarla, no sabían qué pensar.

El comerciante no pudo dejar de llorar, incapaz de decidir si sus lágrimas provenían del gusto de ver la felicidad de la Bella o del dolor de perder a una hija tan perfecta. Sus hijos se sentían agitados por los mismos sentimientos. La Bella, extremadamente sensible al cariño que le mostraban, les suplicó a aquéllos de quienes ahora dependía, lo mismo que al príncipe, su futuro esposo, que le permitiesen agradecer un afecto tan entrañable. Su ruego mostraba tanto la bondad de su corazón que no fue posible no hacerle caso. Todos fueron colmados de bienes y, por gracioso consentimiento del rey, del príncipe y de la reina, la Bella conservó para ellos los nombres afectuosos de padre, hermanos e incluso hermanas, a pesar de que no ignoraba que estas últimas lo eran tan poco por el corazón como por la sangre.

Quiso que todos siguieran usando con ella el mismo nombre con que la llamaban cuando la creían parte de su familia. El anciano y sus hijos ocuparon puestos en la corte de la Bella y gozaron continuamente de la dicha de vivir junto a ella en una situación lo bastante ilustre como para granjearles la consideración general; en cuanto a los pretendientes de las hermanas, cuya pasión por la Bella habría resurgido si no se hubieran dado cuenta de lo inútil que resultaba, se quedaron más que contentos uniéndose a las hijas del buen hombre y casándose con personas para con quienes la Bella conservaba tanta bondad.

Todos los que ella deseaba que estuvieran presentes en su boda habían llegado. No se demoró más tiempo, y durante la noche que siguió a aquel feliz día el príncipe no fue víctima del encantamiento adormecedor al que había sucumbido en la noche de bodas de la Bestia. Para celebrar esa augusta fiesta, muchos días transcurrieron en medio de los placeres. Sólo se terminaron porque el hada, tía de la joven esposa, les advirtió que no tenían que tardar más en abandonar aquella hermosa soledad y que debían regresar a sus estados para mostrarse a sus súbditos.

Fue oportuno que les hiciera recordar su reino y los deberes indispensables que los reclamaban allí. Encantados con el lugar que habitaban y con el placer que sentían

amándose y diciéndoselo mutuamente, habían olvidado completamente la grandeza soberana, así como las molestias que la acompañan. Los nuevos esposos, incluso, le propusieron al hada renunciar a esa carga, y que ella consintiese en poner en su lugar a quien juzgara adecuado; pero aquella sabia inteligencia les hizo ver claramente que estaban obligados a cumplir con el destino que les había impuesto el gobierno de sus pueblos, tanto como esos mismos pueblos lo estaban a guardarles un respeto eterno.

Cedieron a tan justos reproches, pero el príncipe y la Bella lograron que les fuese permitido volver algunas veces a aquel palacio para descansar de las fatigas inherentes a su condición, donde serían atendidos por los genios invisibles o por los animales que los habían acompañado los últimos años; y, más tarde, aprovecharon tanto como les fue posible esa libertad. Su presencia parecía embellecer aquellos lugares: todo se afanaba en agradarles. Los genios los esperaban con impaciencia, los recibían con alegría y les manifestaban de cien maneras distintas lo que sentían con su regreso.

El hada, cuya previsión estaba siempre alerta, les dio una carroza tirada por doce ciervos blancos con cornamentas y pezuñas de oro, como los que ella tenía. La rapidez de esos animales superaba casi la del pensamiento, y con ellos se podía dar fácilmente la vuelta al mundo en dos horas, de modo tal que no perdían nada de tiempo en viajes: aprovechaban cada instante que podían dedicar al placer. También usaban esa galana carroza para ir a ver a menudo al rey de la Isla Feliz, su padre, que, gracias al retorno de la reina hada, había rejuvenecido tan prodigiosamente que no le iba a la zaga en apostura y buen aspecto a su yerno. Como éste, era feliz y estaba igualmente enamorado y dispuesto a darle continuas pruebas de sus sentimientos a su esposa, la que, por su parte, le respondía con todo el amor que, durante tanto tiempo, había causado sus infortunios.

La reina había sido recibida por sus súbditos, a los que siempre amó entrañablemente, con arrebatos de alegría tan grandes como dolorosos habían sido los que les causó con la pérdida inmensa de su afecto. Nada se opuso entonces a su poder, que, durante muchos siglos, ejerció sobre ellos con todos los signos de buena voluntad que podían desear, y que, unido a la amistad de la reina de las hadas, le conservó la vida, la salud y la juventud a su esposo el rey. Al fin, ambos dejaron de vivir, porque el hombre no puede durar para siempre.

La reina y su hermana hada tuvieron la misma intención para con la Bella, su esposo, su madre la reina, el anciano y su familia; de modo tal que nunca se vio a nadie que viviese tanto. La reina, madre del príncipe, no olvidó hacer inscribir esta historia maravillosa en los archivos de su imperio y en el de la Isla Feliz, para transmitírsela a la posteridad. Se enviaron informes a todo el universo, para que se hablara eternamente en él de las aventuras prodigiosas de la Bella y de la Bestia.

APÉNDICES

CUPIDO Y PSIQUIS

Erasede en una ciudad un rey y una reina, y tenían tres hijas muy hermosas: de las cuales, dos de las mayores, como quiera que eran hermosas y bien dispuestas, podían ser alabadas por loores de hombres; pero la más pequeña, era tanta su hermosura, que no bastan palabras humanas para poder expresar ni suficientemente alabar su belleza. Muchos de otros reinos y ciudades, a los cuales la fama de su hermosura ayuntaba, espantados con admiración de su tan grande hermosura, donde otra doncella no podía llegar, poniendo sus manos a la boca y los dedos extendidos, así como a la diosa Venus, con sus religiosas adoraciones la honraban y adoraban. Y ya la fama corría por todas las ciudades y regiones cercanas, que ésta era la diosa Venus, la cual nació en el profundo piélago de la mar y el rocío de sus ondas la crió. Y decían asimismo que otra diosa Venus, por influición de las estrellas del cielo, había nacido otra vez, no en la mar, pero en la tierra, conversando con todas las gentes, adornada de flor de virginidad.

De esta manera su opinión procedía de cada día, que ya la fama de ésta era derramada por todas las islas de alrededor en muchas provincias de la tierra: muchos de los mortales venían de luengos caminos, así por la mar como por tierra, a ver este glorioso espectáculo que había nacido en el mundo; ya nadie quería navegar a ver la diosa Venus, que estaba en la ciudad de Pafos, ni tampoco a la isla de Gnido, ni al monte Citerón, donde le solían sacrificar; sus templos eran ya destruidos, sus sacrificios olvidados, sus ceremonias menospreciadas, sus estatuas estaban sin honra ninguna, sus aras y sus altares sucios y cubiertos de ceniza fría. A esta doncella suplicaban todos, y debajo de rostro humano adoraban la majestad de tan gran diosa, y cuando de mañana se levantaba, todos le sacrificaban con sacrificios y manjares, como le sacrificaban a la diosa Venus. Pues cuando iba por la calle o pasaba alguna plaza, todo el pueblo con flores y guirnaldas de rosas le suplicaban y honraban. Esta grande traslación de honras celestiales a una moza mortal encendió muy reciamente de ira a la verdadera diosa Venus, y con mucho enojo, meciendo la cabeza y riñendo entre sí, dijo de esta manera:

«Veis aquí yo, que soy la primera madre de la natura de todas las cosas; yo, que soy principio y nacimiento de todos los elementos; yo, que soy Venus, criadora de todas las cosas que hay en el mundo, ¿soy tratada en tal manera que en la honra de mi majestad haya de tener parte y ser mi aparcera una moza mortal, y que mi nombre, formado y puesto en el cielo, se haya de profanar en suciedades terrenales? ¿Tengo yo de sufrir que tengan en cada parte duda si tengo yo de ser adorada o esta doncella y que haya de tener comunidad conmigo, y que una moza, que ha de morir, tenga mi gesto que piensen que soy yo? Según esto, por demás me juzgó aquel pastor que por mi gran hermosura me prefirió a tales diosas: cuyo juicio y justicia aprobó aquel gran Júpiter; pero ésta, quienquiera que es, que ha robado y usurpado mi honra, no habrá placer de ello: yo le haré que se arrepienta de esto y de su ilícita hermosura».

Y luego llamó a Cupido, aquél su hijo con alas, que es asaz temerario y osado; el cual, con sus malas costumbres, menospreciada la autoridad pública, armado con

saetas y llamas de amor, discurriendo de noche por las casas ajenas, corrompe los casamientos de todos y sin pena ninguna comete tantas maldades que cosa buena no hace. A éste, como quiera que de su propia natura él sea desvergonzado, pedigüeño y destruidor, pero de más de esto ella le encendió más con sus palabras y llevolo a aquella ciudad donde estaba esta doncella, que se llamaba Psiquis, y mostrósela, diciéndole con mucho enojo, gimiendo y casi llorando, toda aquella historia de la semejanza envidiosa de su hermosura, diciéndole en esta manera: «¡Oh hijo!, yo te ruego por el amor que tienes a tu madre, y por las dulces llagas de tus saetas, y por los sabrosos fuegos de tus amores, que tú des cumplida venganza a tu madre: véngala contra la hermosura rebelde y contumaz de esta mujer, y sobre todas las otras cosas has de hacer una, la cual es que esta doncella sea enamorada, de muy ardiente amor, de hombre de poco y bajo estado, al cual la Fortuna no dio dignidad de estado, ni patrimonio, ni salud. Y sea tan bajo que en todo el mundo no halle otro semejante a su miseria».

Después que Venus hubo hablado esto, besó y abrazó a su hijo y fuese a la ribera de un río que estaba cerca, donde con sus pies hermosos holló el rocío de las ondas de aquel río, y luego se fue a la mar, adonde todas las ninfas de la mar le vinieron a servir y hacer lo que ella quería, como si otro día antes se lo hubiese mandado. Allí vinieron las hijas de Nereo cantando, y el dios Portuno, con su áspera barba del agua de la mar y con su mujer Salacia, y Palemón, que es guiador del Delfín. Después, las compañías de los Tritones, saltando por la mar: unos tocan trompetas y otros trazan un palio de seda por que el Sol, su enemigo, no le tocara; otro pone el espejo delante de los ojos de la señora, de esta manera nadando con sus carros por la mar; todo este ejército acompañó a Venus hasta el mar océano.

Entre tanto, la doncella Psiquis, con su hermosura, sola para sí, ningún fruto recibía de ella. Todos la miraban y todos la alababan; pero ninguno que fuese rey ni de sangre real, ni aun siquiera del pueblo, la llegó a pedir, diciendo que se quería casar con ella. Maravillábanse de ver su divina hermosura, pero maravillábanse como quien ve una estatua pulidamente fabricada. Las hermanas mayores, porque eran templadamente hermosas, no eran tanto divulgadas por los pueblos y habían sido desposadas con dos reyes, que las pidieron en casamiento, con los cuales ya estaban casadas y con buena ventura apartadas en su casa; mas esta doncella Psiquis estaba en casa del padre, llorando su soledad, y, siendo virgen, era viuda; por la cual causa estaba enferma en el cuerpo y llagada en el corazón; aborrecía en sí su hermosura, como quiera que a todas las gentes pareciese bien. El mezquino padre de esta desventurada hija, sospechando que alguna ira y odio de los dioses celestiales hubiese contra ella, acordó de consultar el oráculo antiguo del dios Apolo, que estaba en la ciudad de Miliesia, y con sus sacrificios y ofrendas, suplicó a aquel dios que diese casa y marido a la triste de su hija. Apolo, como quiera que era griego y de nación jonia, por razón del que había fundado aquella ciudad de Miliesia, sin embargo respondió en latín estas palabras:

«Pondrás esta moza adornada de todo aparato de llanto y luto, como para enterrarla, en una piedra de una alta montaña y déjala allí. No esperes yerno que sea nacido de linaje mortal; mas espéralo fiero y cruel, y venenoso como serpiente: el cual, volando con sus alas, fatiga todas las cosas sobre los cielos, y con sus saetas y llamas doma y enflaquece todas las cosas; al cual, el mismo dios Júpiter teme, y todos los otros dioses se espantan, los ríos y lagos del infierno le temen». El rey, que siempre fue próspero y favorecido, como oyó este vaticinio y respuesta de su pregunta, triste y de la mala gana tornose para atrás a su casa. El cual dijo y manifestó a su mujer el mandamiento que el dios Apolo había dado a su desdichada suerte, por lo cual lloraron y plañeron algunos días. En esto ya se llegaba el tiempo que había de poner en efecto lo que Apolo mandaba: de manera que comenzaron a aparejar todo lo que la doncella había menester para sus mortales bodas; encendieron la lumbre de las hachas negras con hollín y ceniza, y los instrumentos músicos de las bodas se mudaron en lloro y amargura; los cantares alegres en luto y lloro, y la doncella que se había de casar se limpia las lágrimas con el velo de alegría. De manera que el triste hado de esta casa hacía llorar a toda la ciudad, la cual, como se suele hacer en lloro público, mandó alzar todos los oficios y que no hubiese juicio ni juzgado.

El padre, por la necesidad que tenía de cumplir lo que Apolo había mandado, procuraba de llevar la mezquina de Psiquis a la pena que le estaba profetizada: así que, acabada la solemnidad de aquel triste y amargo casamiento, con grandes lloros vino todo el pueblo a acompañar a esta desdichada, que parecía que la llevaban viva a enterrar y que éstas no eran sus bodas, más sus exequias. Los tristes del padre y de la madre, conmovidos de tanto mal, procuraban cuanto podían de alargar el negocio. Y la hija comenzoles a decir y a amonestar de esta manera: «¿Por qué, señores, atormentáis vuestra vejez con tan continuo llorar? ¿Por qué fatigáis vuestro espíritu, que más es mío que vuestro, con tantos aullidos? ¿Por qué arrancáis vuestras honradas canas? ¿Por qué ensuciáis esas caras que yo tengo de honrar, con lágrimas que poco aprovechan? ¿Por qué rompéis en vuestros ojos los míos? ¿Por qué apuñáis a vuestros santos pechos? Éste será el premio y galardón claro y egregio de mi hermosura. Vosotros estáis heridos mortalmente de la envidia y sentís tarde el daño. Cuando las gentes y los pueblos nos honraban y celebraban con divinos honores; cuando todos a una voz me llamaban la nueva diosa Venus, entonces os había de doler y llorar, entonces me habíais ya de tener por muerta: ahora veo y siento que sólo este nombre de Venus ha sido causa de mi muerte; llevadme ya y dejadme ya en aquel risco, donde Apolo mandó: ya yo querría haber acabado estas bodas tan dichosas, ya deseo ver aquel mi generoso marido. ¿Por qué tengo yo de contener aquel que es nacido para destrucción de todo el mundo?».

Acabado de hablar esto, la doncella calló, y como ya venía todo el pueblo para acompañarle, lanzose en medio de ellos y fueron su camino a aquel lugar donde estaba un risco muy alto, encima de aquel monte, encima del cual pusieron la doncella, y allí la dejaron, dejando asimismo con ella las hachas de las bodas, que

delante de ella llevaban ardiendo, apagadas con sus lágrimas, y abajadas las cabezas, tornáronse a sus casas. Los mezquinos de sus padres, fatigados de tanta pena, encerráronse en su casa, y cerradas las ventanas, se pusieron en tinieblas perpetuas. Estando Psiquis muy temerosa, llorando encima de aquella peña, vino un manso viento de cierzo, y, como quien extiende las faldas, la tomó en su regazo; así, poco a poco, muy mansamente la llevó por aquel valle abajo y la puso en un prado muy verde y hermoso de flores y hierbas, donde la dejó que parecía que no le había tocado.

Psiquis, estando acostada suavemente en aquel hermoso prado de flores y rosas, aliviose de la pena que en su corazón tenía y comenzó dulcemente a dormir. Después que suficientemente hubo descansado, levantose alegre y vio allí cerca una floresta de muy grandes y hermosos árboles, y vio asimismo una fuente muy clara y apacible; en medio de aquella floresta, cerca de la fuente, estaba una casa real, la cual parecía no ser edificada por manos de hombres, sino por manos divinas: a la entrada de la casa estaba un palacio tan rico y hermoso, que parecía ser morada de algún dios, porque el zaquizamí y cobertura era de madera de cedro y de marfil maravillosamente labrado; las columnas eran de oro, y todas las paredes cubiertas de plata. En la cual estaban esculpidos bestiones y animales que parecía que arremetían a los que allí entraban. Maravilloso hombre fue el que tanta arte sabía, y pienso que fuese medio dios, y aun creo que fuese dios el que con tanta sutilidad y arte hizo de la plata estas bestias fieras.

Pues el pavimento del palacio todo era de piedras preciosas, de diversos colores, labradas muy menudamente como obra mosaica: de donde se puede decir una vez y muchas que bienaventurados son aquellos que huellan sobre oro y piedras preciosas; ya las otras piezas de la casa, muy grandes y anchas y preciosas, sin precio. Todas las paredes estaban enforradas en oro, tanto resplandeciente, que hacía día y luz asimismo, aunque el Sol no quisiese. Y de esta manera resplandecían las cámaras y los portales y corredores y las puertas de toda la casa. No menos respondían a la majestad de la casa todas las otras cosas que en ella había, por donde se podía muy bien juzgar que Júpiter hubiese fundado este palacio para la conversación humana.

Psiquis, convidada con la hermosura de tal lugar, llegose cerca y con una poca de más osadía entró por el umbral de casa, y como le agradaba la hermosura de aquel edificio, entró más adelante, maravillándose de lo que veía. Y dentro en la casa vio muchos palacios y salas perfectamente labrados, llenos de grandes riquezas, que ninguna cosa había en el mundo que allí no estuviera. Pero sobre todo, lo que más se podría hombre allí maravillar, demás de las riquezas que había, era la principal y maravillosa que ninguna cerradura ni guarda había allí, donde estaba el tesoro de todo el mundo. Andando ella con gran placer, viendo estas cosas, oyó una voz sin cuerpo que decía: «¿Por qué, señora, tú te espantas de tantas riquezas? Tuyo es todo esto que

aquí ves; por ende, éntrate en la cámara y ponte a descansar en la cama, y cuando quisieres demanda agua para bañarte, que nosotras, cuyas voces oyes, somos tus servidoras y te serviremos en todo lo que mandares, y no tardará el manjar que te está aparejado para esforzar tu cuerpo».

Cuando esto oyó Psiquis, sintió que aquello era provisión divina; descansando de su fatiga, durmió un poco, y después que despertó levantose y lavose; y viendo que la mesa estaba puesta y aparejada para ella, fuese a sentar, y luego vino mucha copia de diversos manjares, y, asimismo, un vino que se llama néctar, de que los dioses usan: lo cual todo no parecía quien lo traía, y solamente parecía que venía en el aire; ni tampoco la señora podía ver a nadie, mas solamente oía las voces que hablaban, y a estas solas voces tenía por servidoras. Después que hubo comido entró un músico y comenzó a cantar, y otro a tañer con una vihuela, sin ser vistos; tras de esto comenzó a sonar un canto de muchas voces. Y como quiera que ningún hombre pareciese, bien se manifestaba que era coro de muchos cantores.

Acabado este placer, ya que era noche, Psiquis se fue a dormir, y después de haber pasado un rato de la noche comenzó a dormir; y luego despertó con gran miedo y espanto, temiendo en tanta soledad no le aconteciese ningún daño a su virginidad, de lo cual ella tanto mayor mal temía, cuanto más estaba ignorante de lo que allí había, sin ver ni conocer a nadie. Estando en este miedo vino el marido no conocido, y subiendo en la cama hizo su mujer a Psiquis, y antes que fuese el día partiose de allí y luego aquellas voces vinieron a la cámara y comenzaron a curar de la novia, que ya era dueña. De esta manera pasó algún tiempo sin ver a su marido ni haber otro conocimiento. Y, como es cosa natural, la novedad y extrañeza que antes tenía por la mucha continuación, ya se había tornado en placer, y el sonido de la voz incierta ya le era solaz y deleite de aquella soledad.

Entre tanto, su padre y madre se envejecían en llanto y luto continuo. La fama de este negocio, cómo había pasado, había llegado donde estaban las hermanas mayores casadas: las cuales, con mucha tristeza, cargadas de luto dejaron sus casas y vinieron a ver a sus padres para hablarles y consolarlos.

Aquella misma noche el marido habló a su mujer Psiquis: porque como quiera que no lo veía, bien lo sentía con los oídos y palpaba con las manos, y díjole de esta manera: «¡Oh señora dulcísima y muy amada mujer! La cruel fortuna te amenaza con un peligro de muerte, del cual yo quería que te guardases con mucha cautela. Tus hermanas, turbadas pensando que tú eres muerta, han de seguir tus pisadas y venir hasta aquel risco de donde tú aquí viniste, y si tú por ventura oyeses sus voces y llanto, no les respondas ni mires allá en manera alguna; porque si lo haces, a mí me darás mucho dolor, pero para ti causarás un grandísimo mal que te será casi la muerte».

Ella prometió de hacer todo lo que el marido le mandase y que no haría otra cosa; pero como la noche fue pasada y el marido de ella partido, todo aquel día la mezquina consumió en llantos y en lágrimas, diciendo muchas veces que ahora conocía que ella

era muerta y perdida por estar encerrada y guardada en una cárcel honesta, apartada de toda habla y conversación humana, y que aun no podía ayudar y responder siquiera a sus hermanas, que por su causa lloraban, ni solamente las podía ver. De esta manera, aquel día ni quiso lavarse, ni comer, ni recrear con cosa alguna, sino, llorando con muchas lágrimas, se fue a dormir.

No pasó mucho tiempo, que el marido vino más temprano que otras noches, y, acostándose en la cama, ella, aunque estaba llorando y abrazándola, comenzó a reprenderla de esta manera: «¡Oh mi señora Psiquis!, ¿esto es lo que tú me prometiste? ¿Qué puedo yo, siendo tu marido, esperar de ti, cuando el día y toda la noche, y aun ahora que estás conmigo, no dejas de llorar? Anda ya, haz lo que quisieres y obedece a tu voluntad, que te demanda daño para ti, por cuando tarde te arrepintieres te recordarás de lo que te he amonestado».

Entonces ella, con muchos ruegos, diciendo que si no le otorgaba lo que quería que ella se moriría, le sacó por fuerza y contra su voluntad que hiciese lo que deseaba: que vea a sus hermanas y las consuele y hable con ellas, y aun que todo lo que quisiere darles, así oro como joyas y collares, que se lo dé. Pero muchas veces le amonestó y espantó que no consienta en el mal consejo de sus hermanas, ni cure de buscar ni saber el gesto y figura de su marido, porque, con esta sacrílega curiosidad, no caiga de tanta riqueza y bienaventuranza como tiene: que, haciéndolo de otra manera, jamás le vería ni tocaría. Ella dio muchas gracias al marido, y, estando ya más alegre, dijo: «Por cierto, señor, tú sabrás que antes moriré que no hubiese de estar sin tu dulcísimo casamiento; porque yo, señor, te amo y muy fuertemente, y a quienquiera que eres, te quiero como a mi ánima, y no pienso que te puedo comparar al dios Cupido; pero, además de esto, señor, te ruego que mandes a tu servidor el viento cierzo, que traiga a mis hermanas aquí, así como a mí me trajo». Y diciendo esto, dábale muchos besos, y halagándolo con muchas palabras, y abrazándolo con halagos, y diciendo: «¡Ay dulce marido! ¡Dulce ánima de tu Psiquis!». Y otras palabras, por donde el marido fue vencido, y prometió de hacer todo lo que ella quisiese. Viniendo ya el alba, él desapareció de sus manos.

Las hermanas preguntaron por aquel risco o lugar donde habían dejado a Psiquis, y luego fuéronse para allá con mucho pesar, de donde comenzaron a llorar y dar grandes voces y aullidos, hiriéndose en los pechos: tanto, que a las voces que daban los montes y riscos sonaban lo que ellas decían, llamando por su propio nombre a la mezquina de su hermana; hasta tanto que Psiquis, oyendo las voces que sonaban por aquel valle abajo, salió de casa temblando, como sin seso, y dijo: «¿Por qué sin causa os afligís con tantas mezquindades y llantos? ¿Por qué lloráis, que viva soy? Dejad esos gritos y voces; no curéis más de llorar, pues que podéis abrazar y hablar a quien lloráis».

Entonces llamó al viento cierzo y mandole que hiciese lo que su marido le había mandado. Él, sin más tardar, obedeciendo su mandamiento, trajo luego a sus hermanas muy mansamente, sin fatiga ni peligro; y como llegaron, comenzáronse a

abrazar y besar unas a otras, las cuales, con el gran placer y gozo que hubieron, tornaron de nuevo a llorar. Psiquis les dijo que entrasen en su casa alegremente y descansasen con ella de su pena.

Después que así les hubo hablado, mostroles la casa y las grandes riquezas de ella y la mucha familia de las que le servían oyéndolas solamente; y después les mandó lavar en un baño muy rico y hermoso y sentar a la mesa, donde había muchos manjares abundantemente, en tal manera que la hartura y abundancia de tantas riquezas, más celestiales que humanas, criaron envidia en sus corazones contra ella. Finalmente, que la una de ellas comenzó a preguntarle curiosamente y a importunarle que le dijese quién era el señor de aquellas riquezas celestiales, y quién era o qué tal era su marido. Pero con todas estas cosas, nunca Psiquis quebrantó el mandamiento de su marido ni sacó de su pecho el secreto de lo que sabía: y hablando en el negocio, fingió que era un mancebo hermoso y de buena disposición, que entonces le apuntaban las barbas, el cual andaba allá ocupado en hacienda del campo y caza de montería; y porque en algunas palabras de las que hablaba no se descubriese el secreto, cargolas de oro, joyas y piedras preciosas, y llamado el viento, mandole que las tornase a llevar de donde las había traído: lo cual hecho, las buenas de las hermanas, tornándose a casa, iban ardiendo con la hiel de la envidia que les crecía, y una a otra hablaba sobre ello muchas cosas, entre las cuales, una dijo esto: «Mirad ahora qué cosa es la fortuna ciega, malvada y cruel. ¿Parécete a ti bien que seamos todas tres hijas de un padre y madre y que tengamos diversos estados? ¿Nosotras, que somos mayores, seamos esclavas de maridos advenedizos y que vivamos como desterradas fuera de nuestra tierra y apartadas muy lejos de la casa y reino de nuestros padres, y esta nuestra hermana, última de todas, que nació después que nuestra madre estaba harta de parir, haya de poseer tantas riquezas y tener un dios por marido? Y aun, cierto, ella no sabe bien usar de tanta muchedumbre de riquezas como tiene: ¿no viste tú, hermana, cuántas cosas están en aquella casa, cuántos collares de oro, cuántas vestiduras resplandecen, cuántas piedras preciosas relumbran? Y además de esto, ¿cuánto oro se huella en casa? Por cierto, si ella tiene el marido hermoso, como dijo, ninguna más bienaventurada mujer vive hoy en todo el mundo; y por ventura podrá ser que, procediendo la continuación y esforzándose más la afición, siendo él dios, también hará a ella diosa. Y por cierto así es, que ya ella presumía y se trataba con mucha altivez, que ya piensa que es diosa, pues que tiene las voces por servidoras y manda a los vientos. Yo, mezquina, lo primero que puedo decir es que fui casada con un marido más viejo que mi padre, y además de esto más calvo que una calabaza y más flaco que un niño, guardando de continuo la casa cerrada con cerrojos y cadenas».

Cuando hubo dicho esto, comenzó la otra y dijo: «Pues yo sufro otro marido gotoso, que tiene los dedos tuertos de la gota y es corcovado, por lo cual nunca tengo

placer, y estoy fregándole de continuo sus dedos endurecidos como piedra con medicinas hediondas y paños sucios y cataplasmas, que ya tengo quemadas estas mis manos, que solían ser delicadas, que cierto yo no represento oficio de mujer, más antes uso de persona de médico, y aun bien fatigado. Pero tú, hermana, paréceme que sufres esto con ánimo paciente; y aun mejor podría decir que es de sierva, porque ya libremente te quiero decir lo que siento. Mas yo, en ninguna manera, puedo ya sufrir que tanta bienaventuranza haya caído en persona tan indigna: ¿no te acuerdas cuán soberbiamente y con cuánta arrogancia se hubo con nosotras, que las cosas que nos mostró con aquella alabanza, como gran señora, manifestaron bien su corazón hinchado? Y de tantas riquezas como allí tenía nos alcanzó esto poquito, por contra su voluntad, y pesándole con nosotras, luego nos mandó echar de allí con sus silbos del viento. Pues no me tenga por mujer, ni nunca yo viva, si no la hago lanzar de tantas riquezas; finalmente, que si esta injuria te toca a ti, como es razón, tomemos ambas un buen consejo, y estas cosas que llevamos no las mostraremos a nuestros padres, ni a nadie digamos cosa alguna de su salud; hartos nos basta lo que nosotras vimos, de lo cual nos pesa de haberlo visto, y no publicuemos a nadie tanta felicidad suya, porque no se pueden llamar bienaventurados aquellos de cuyas riquezas ninguno sabe: a lo menos sepa ella que nosotras no somos sus esclavas, más sus hermanas mayores; y ahora dejemos esto y tornemos a nuestros maridos y pobres casas, aunque cierto buenas y honestas, y después instruidas, con mayor acuerdo y consejo tornaremos más fuertes para punir su soberbia».

Este mal consejo pareció muy bueno a las dos malas hermanas, y, escondidas las joyas y dones que Psiquis les había dado, tornáronse desgredadas, como que venían llorando; y rascándose las caras, fingiendo de nuevo grandes llantos, en esta manera dejaron a sus padres, refrescándoles su dolor, y con mucha ira, turbadas de la envidia, tornáronse para sus casas, concertando por el camino traición y engaño y aun muerte contra su hermana, que estaba sin culpa.

Entre tanto, el marido de Psiquis, al cual ella no conocía, la tornó a amonestar otra vez con aquellas sus palabras de noche, diciendo: «¿No ves cuánto peligro te ordena la fortuna? Pues si tú, de lejos, antes que venga, no te apartas y provees, ella será contigo de cerca. Aquellas lobas sin fe ordenan cuanto pueden contra ti muy malas asechanzas, de las cuales la suma es ésta: ellas te quieren persuadir que tú veas mi cara, la cual, como muchas veces te he dicho, tú no la verás más, si la ves. Así que si después de esto aquellas malas brujas vinieren armadas con sus malignos corazones, que bien sé que vendrán, no hables con ellas ni te pongas a razones; y si por tu mocedad y por el amor que les tienes no te pudieras sufrir, al menos de cosa que toque a tu marido ni las oigas ni respondas a ella; porque acrecentaremos nuestro linaje, que aun este tu vientre niño otro niño trae ya dentro, y si tú encubrieres este secreto, yo te digo que será divino, y si lo descubrieres, desde ahora te certifico que

será mortal».

Psiquis, cuando esto oyó, gozose mucho y hubo placer con la divina generación. Alegrábase con la gloria de lo que había de parir, y gozándose con la dignidad de ser madre, con mucha ansia contaba los días y meses cuando entraban y cuando salían. Y como era nueva, en los comienzos de la preñez, maravillábase de un punto y toque tan sutil crecer en tan abundancia su vientre. Pero aquellas furias espantables y pestíferas ya deseaban lanzar el veneno de serpientes, y con esta prisa aceleraban su camino por la mar cuanto podían. En esto, el marido tornó a amonestar a Psiquis de esta manera: «Ya se te llega el último día y la caída postrimera, porque tu linaje y la sangre tu enemiga ya ha tomado armas contra ti, y mueve su real y compone sus batallas y hace tocar las trompetas, y diciéndolo más claro, las malvadas de tus hermanas, con la espada sacada te quieren degollar. ¡Oh cuántas fatigas nos atormentan! Por eso tú, muy dulce señora, ten merced de ti y de mí, y con grande continencia, callando lo que te he dicho, libra a tu casa y marido y este nuestro hijo de la caída de la Fortuna que te amenaza; y a estas falsas y engañosas mujeres, las cuales según el odio mortal te tienen, y el vínculo de la hermandad ya está quebrantado y roto, no te conviene llamar hermanas, ni las veas ni las oigas, porque ellas vendrán a tentarte encima de aquel risco como las sirenas de la mar, y harán sonar todos estos montes y valles con sus voces y llantos».

Entonces Psiquis, llorando, le dijo: «Bien sabes tú, señor, que yo no soy parlera, y ya el otro día me enseñaste la fe que había de guardar y lo que había de callar; así, que ahora tú no verás que yo mude de la constancia y firmeza de mi ánimo; solamente te ruego que mandes otra vez al viento que haga su oficio y que sirva en lo que le mandare, y en lugar de tu vista, pues me la niegas, al menos consiente que yo goce de la vista de mis hermanas: esto, señor, te suplico por estos tus cabellos lindos y olorosos, y por este tu rostro, semejante al mío, y por el amor que te tengo, aunque no te conozco de vista: así conozca yo tu cara en este niño que traigo en el vientre: que tú, señor, concedas a mis ruegos, haciendo que yo goce de ver y hablar a mis hermanas, y de aquí adelante no curaré más de querer conocer tu cara; y no me curo que las tinieblas de la noche me quiten tu vista, pues yo tengo a ti, que eres mi lumbre».

Con estas blandas palabras, abrazando a su marido y llorando, limpiaba las lágrimas con sus cabellos, tanto, que él fue vencido y prometió de hacer todo lo que ella quería, y luego, antes que amaneciese, se partió de ella como él acostumbraba.

Las hermanas, con su mal propósito, en llegando, no curaron de ver a sus padres, sino, en saliendo de las naos, derechas se fueron corriendo cuanto pudieron a aquel risco, adonde, con el ansia que tenían, no esperaron que el viento las ayudase, antes, con temeridad y audacia, se lanzaron de allí abajo. Pero el viento, recordándose de lo que su señor le había mandado, recibíolas en sus alas contra su voluntad, y púsolas muy mansamente en el suelo; ellas, sin ninguna tardanza, lánzanse luego en casa; iban a abrazar a la que querían perder, y mintiendo el nombre de hermanas,

encubrieron con sus caras alegres el tesoro de su escondido engaño, y comenzaron a lisonjear de esta manera: «Hermana Psiquis, ya no eres niña como solías: ya nos parece que eres madre. ¿Cuánto bien piensas que nos traes en este tu vientre? ¿Cuánto gozo piensas que darás a toda tu casa? ¡Oh cuán bienaventuradas somos nosotras, que tenemos linaje en tantas riquezas! Que si el niño pareciere a sus padres, como es razón, cierto él será el dios Cupido, que nacerá».

Con este amor y afición fingido comienzan poco a poco a ganar la voluntad de su hermana. Ella las mandó asentar a sus sillas para que descansasen, y luego las hizo lavar en el baño; y después de lavadas sentáronse a la mesa, donde les fueron dados manjares reales en abundancia; y luego vino la música y comenzaron a cantar y a tañer muy suavemente: lo cual, aunque no veían quién lo hacía, era tan dulcísima música que parecía cosa celestial; pero con todo esto no se amansaba la maldad de las falsas mujeres, ni pudieron tomar espacio ni holganza con todo aquello: antes, procuraban de armar su lazo de engaños que traían pensado. Y comenzaron disimuladamente a meter palabras, preguntándole qué tal era su marido y de qué nación o ley venía. Psiquis, con su simpleza, habiéndosele olvidado lo que su marido le encomendara, comenzó a fingir una nueva razón, diciendo que su marido era de una gran provincia, y que era mercader que trataba en grandes mercaderías, y que era hombre de más de media edad, que ya le comenzaban a nacer canas. No tardó mucho en esta habla, que luego las cargó de joyas y ricos dones, y mandó al viento que las llevase: después que el viento las puso en aquel risco, tornáronse a casa altercando entre sí de esta manera: «¿Qué podemos decir de una tan gran mentira como nos dijo aquella loca? Una vez nos dijo que era su marido un mancebo que entonces le apuntaban las barbas; ahora dice que es de más de media edad y ya tiene canas: ¿quién puede ser aquél que en tan poco espacio de tiempo le vino la vejez? Ciertamente, hermana, tú hallarás que esta mala hembra nos miente, o ella no conoce quién es su marido; y cualquier cosa de éstas que sea nos conviene que la echemos de estas riquezas; y si, por ventura, no conoce a su marido, cierto por eso se casó ella, y nos trae algún dios en su vientre; y así fuese lo que nunca Dios quiera, que ésta oyese ser madre de niño divino: luego me ahorcaría con una soga; así que tornemos a nuestros padres y callemos esto, encubriéndolo con el mejor color que podremos».

En esta manera, inflamadas de la envidia, tornáronse a casa y hablaron a sus padres, aunque de mala gana.

Aquella noche, sin poder dormir sueño, turbadas de la pena y fatiga que tenían, luego como amanecía corrieron cuanto pudieron hasta el risco, de donde, con la ayuda del viento acostumbrado, volaron hasta casa de Psiquis; y con unas pocas de lágrimas que, por fuerza y apretando los ojos, sacaron, comenzaron a hablar a su hermana de esta manera: «Tú piensas que eres bienaventurada, y estás muy segura y sin ningún cuidado, no sabiendo cuánto mal y peligro tienes. Pero nosotras, que con grandísimo

cuidado velamos sobre lo que te cumple, mucho somos fatigadas con tu daño: porque has de saber que hemos hallado por verdad que este tu marido que se echa contigo es una serpiente grande y venenosa; lo cual, con el dolor y pena que de tu mal tenemos, no te podemos encubrir, y ahora se nos recuerda de lo que el dios Apolo respondió cuando le consultaron sobre tu casamiento, diciendo que tú eras señalada para casarte con una cruel bestia. Y muchos de los vecinos de estos linajes que andan a cazar por estas montañas, y otros labradores, dicen que han visto este dragón cuando a la tarde torna de buscar de comer, que se echa a nadar por este río para pasar acá; y todos afirman que te quiere engordar con estos regalos y manjares que te da, y cuando esta tu preñez estuviere más crecida y tú estuvieres bien llena, por gozar de más hartura que te ha de tragar; así que en esto está ahora tu estimación y juicio. Si por ventura quieres más o creer a tus hermanas que por tu salud andan solícitas y que vivas con nosotras segura de peligro huyendo de la muerte, o si quieres quizá ser enterrada en las entrañas de esta crudelísima bestia. Porque si las voces solas que en este campo oís, o el escondido placer y peligroso dormir juntándote con este dragón te deleitan, sea como tú quisieres, que nosotras con esto cumplimos, y ya hemos hecho oficio de buenas hermanas».

Entonces, la mezquina de Psiquis, como era muchacha y de noble condición, creyó lo que le dijeron, y con palabras tan espantables salió de sí fuera de seso: por lo cual se le olvidó los amonestamientos de su marido y de todos los prometimientos que ella le hizo, y lánzase en el profundo de su desdicha y desventura; y temblando, la color amarilla, no pudiendo cuasi hablar, cortándosele las palabras y medio hablando, como mejor pudo, les dijo de esta manera: «Vosotras, señoras hermanas, hacéis oficio de piedad y virtud como es razón: y creo yo muy bien que aquellos que tales cosas os dijeron no fingieron mentira, porque yo hasta hoy nunca pude ver la cara de mi marido ni supe de dónde se es. Solamente lo oigo hablar de noche, y con esto paso y sufro marido incierto y que huye de la luz; y de esta manera consiento que digáis que tengo una gran bestia por marido, y que me espanta diciendo que no lo puedo ver: y siempre me amenaza que me vendrá gran mal si porfío en querer ver su cara. Y pues que así es, si ahora podéis socorrer al peligro de vuestra hermana con alguna ayuda y favor saludable, hacedlo y socorrerme, porque si no lo hacéis podré muy bien decir que la negligencia siguiente corrompe el beneficio de la providencia pasada». Cuando las dos malas mujeres hallaron el corazón y voluntad de Psiquis descubierto para recibir lo que le dijeron, dejados los engaños secretos, comenzaron con las espadas descubiertas públicamente a combatir el pensamiento temeroso de la simple mujer, y la una de ellas dijo de esta manera: «Porque el vínculo de nuestra hermandad nos compele por tu salud a quitarte delante los ojos cualquier peligro, te mostraremos un camino que días ha hemos pensado, el cual sólo te sacará a puerto de salud, y es éste: Tú has de esconder secretamente en la parte de la cama donde te sueles acostar una navaja bien aguda, que en la palma de la mano se aguzó, y pondrás un candil lleno de aceite bien aparejado y encendido debajo de alguna cobertura al

canto de la sala: y con todo este aparejo, muy bien disimulado, cuando viniere aquella serpiente y subiese en la cama como suele, desde que ya tú veas que él comienza a dormir y con el gran sueño comienza a resollar, salta de la cama y descalza muy paso, y saca el candil debajo de donde está escondido, y toma de consejo del candil oportunidad para la hazaña que quieres hacer; y con aquella navaja,alzada primeramente la mano derecha con el mayor esfuerzo que pudieres, da en el nudo de la cerviz de aquel serpiente venenoso, y córtale la cabeza: y no pienses que te faltará nuestra ayuda, porque luego que tú con su muerte hayas traído vida para ti, estaremos esperándote con mucha ansia, para que llevándote aquí con todos estos tus servidores y riquezas que aquí tienes, te casaremos como deseamos con hombre humano, siendo tú mujer humana».

Con estas palabras encendieron tanto las entrañas de su hermana, que la dejaron cuasi del todo ardiendo. Y ellas, temiendo del mal consejo que daban a la otra no les viniese algún gran mal por ello, se partieron, y con el viento acostumbrado se fueron hasta encima del risco, de donde huyeron lo más presto que pudieron, y entráronse en sus naos y fuéronse a sus tierras.

Psiquis quedó sola: aunque quedando fatigada de aquellas furias no estaba sola, pero llorando fluctuaba su corazón como la mar cuando anda con tormenta; y como quiera que ella tenía deliberado con voluntad muy obstinada el consejo que le habían dado, pensando como había de hacer aquel negocio, pero todavía titubeaba y estaba incierta del consejo, pensando en el mal que le podía venir; y de esta manera ya lo quería hacer, ya lo quería dilatar: ahora osaba, ahora temía: ya desconfiaba, ya se enojaba. En fin, lo que más le fatigaba era que en un mismo cuerpo aborrecía a la serpiente y amaba a su marido. Cuando ya fue tarde que la noche se venía, ella comenzó a aparejar con mucha prisa aquel aparato de su mala hazaña; y siendo de noche vino el marido a la cama, el cual, de que hubo burlado con ella, comenzó a dormir con gran sueño.

Entonces, Psiquis, como quiera que era delicada del cuerpo y del ánimo, pero ayudándole la crueldad de su hado se esforzó, y sacando el candil debajo de donde estaba, tomó la navaja en la mano, y su osadía venció y mudó la flaqueza de su género.

Como ella alumbrase con el candil y pareciese todo el secreto de la cama, vido una bestia, la más mansa y dulcísima de todas las fieras: digo que era aquel hermoso dios del amor que se llama Cupido, el cual estaba acostado muy hermosamente; y con su vista alegrándose, la lumbre de la candela creció, y la sacrílega y aguda navaja resplandeció. Cuando Psiquis vio tal vista, espantada y puesta fuera de sí, desfallecida, con la color amarilla, temblando, se cortó y cayó sobre las rodillas, y quiso esconder la navaja en su seno, e hiciéralo, salvo por el temor de tan gran mal como quería hacer se le cayó la navaja de la mano. Estando así fatigada y desfallecida, cuanto más miraba la cara divina de Cupido tanto más recreaba con su hermosura. Ella le veía los cabellos como hebras de oro, llenos de olor divino; el

cuello, blanco como la leche; la cara, blanca y roja como rosas coloradas, y los cabellos de oro colgando por todas partes, que resplandecían como el Sol y vencían a la lumbre del candil. Tenía asimismo en los hombros péñolas de color de rosas y flores; y como quiera que las alas estaban quedas, pero las otras plumas debajo de las alas tiernas y delicadas estaban temblando muy gallardamente; y todo lo otro del cuerpo estaba hermoso y sin plumas, como convenía a hijo de la diosa Venus, que lo parió sin arrepentirse por ello. Estaba ante los pies de la cama el arco y las saetas, que son armas del dios de amor; lo cual todo estando mirando Psiquis no se hartaba de mirarlo, maravillándose de las armas de su marido, sacó del carcaj una saeta, y estándola tentando con el dedo a ver si era aguda como decían, hincósele un poco de la saeta, de manera que le comenzaron a salir unas gotas de sangre de color de rosas, y de esta manera, Psiquis, no sabiendo, cayó y fue presa de amor del dios de amor: entonces, con mucho mayor ardor de amor, se abajó sobre él y le comenzó a besar con tan gran placer, que temía no despertase tan presto. Estando ella en este placer herida del amor, el candil que tenía en la mano, o por no ser fiel, o de envidia mortal, o que por ventura él también quiso tocar el cuerpo de Cupido, o quizá besarlo, lanzó de sí una gota de aceite hirviendo, y cayó sobre el hombro derecho de Cupido. ¡Oh candil osado y temerario y vil servidor del amor! Tú quemas al dios de todo el fuego; y porque tú para esto no eras menester, sino que algún enamorado te halló primeramente para gozar en la obscuridad de la noche de lo que bien querría. De esta manera el dios Cupido, quemado, saltó de la cama, y conociendo que su secreto era descubierto, callando desapareció y huyó de los ojos de la desdichada de su mujer.

Psiquis arrebató con ambas manos la pierna derecha de Cupido, que se levantaba, y así fue colgando de sus pies por las nubes del cielo hasta tanto que cayó en el suelo. Pero el dios del amor no la quiso desamparar caída en tierra, y vino volando a sentarse en un ciprés que allí estaba cerca, de donde con enojo gravemente la comenzó a increpar diciendo de esta manera:

«¡Oh Psiquis, mujer simple: yo, no recordando de los mandamientos de mi madre Venus, la cual me había mandado que te hiciese enamorada de un hombre muy miserable de bajo linaje, te quise bien y fui tu enamorado; pero esto que hice bien sé que fue hecho livianamente! Y yo mismo, que soy ballestero para los otros, me herí con mis saetas y te tomé por mujer. Parece que lo hice yo por parecerte serpiente y porque tú cortases esta cabeza que trae los ojos que bien te quisieron. No sabes tú cuántas veces te decía que te guardases de eso, y benignamente te avisaba por que te apartases de ello. Pero aquellas buenas mujeres tus consejeras prestamente me pagarán el consejo que te dieron; y a ti, con mi ausencia, huyendo de ti, te castigaré». Diciendo esto, levantose con sus alas y voló en alto hacia el cielo.

Psiquis, cuando echada en tierra y cuanto podía con la vista, miraba cómo su marido iba volando, y afligido su corazón con muchos lloros y angustias. Después que su marido desapareció volando por las alturas del cielo, ella, desesperada, estando en la ribera de un río, lanzose de cabeza dentro; pero el río se tornó manso

por honra y servicio del dios del amor, cuya mujer era ella, el cual suele inflamar de amor a las mismas aguas y a las ninfas de ellas. Así, que temiendo de sí mismo, tomola con las ondas, sin hacerle mal, y púsola sobre las flores y hierbas de su ribera. Acaso el dios Pan, que es dios de las montañas, estaba asentado en un altozano cerca del río: el cual estaba tañendo con una flauta y enseñando a tañer a la ninfa Caña. Estaban asimismo alrededor de él una manada de cabras, que andaban paciendo los árboles y matas que estaban sobre el río. Cuando el dios peloso vio a Psiquis tan desmayada y así herida de dolor, que ya él bien sabía su desdicha y pena, llamola y comenzó a halagarla y consolar con blandas palabras, diciendo de esta manera: «Doncella sabida y hermosa: como quiera que soy pastor y rústico, pero por ser viejo soy instruido de muchos experimentos; de manera que, si bien conjeturo aquello que los prudentes varones llaman adivinanza, yo conozco de este tu andar titubeando con los pies, y de la color amarilla de tu cara, y de tus grandes suspiros y lágrimas de los ojos, bien creo cierto que tú andas fatigada y muerta de gran dolor; pues que así es, tú escúchame y no tornes a lanzarte dentro en el río ni te mates con ningún otro género de muerte; quita de ti el luto y deja de llorar. Antes procura aplacar con plegarias al dios Cupido, que es mayor de los dioses, y trabaja por merecer su amor con servicios y halagos, porque es mancebo delicado y muy regalado».

Cuando esto acabó de decir el dios pastor, Psiquis, sin responderle palabra ninguna, sino solamente adorando su deidad, comenzó a andar su camino; y antes que hubiese andado mucho camino, entró por una senda que atravesaba, por la cual yendo, llegó a una ciudad adonde era el reino del marido de una de aquellas sus dos hermanas: y como la reina su hermana supo que estaba allí, mandole entrar, y después que se hubieron abrazado ambas a dos, preguntole qué era la causa de su venida. Psiquis le respondió:

«¿No te recuerdas tú, señora hermana, el consejo que me disteis ambas a dos que matase a aquella gran bestia que se echaba conmigo de noche en nombre de mi marido antes que me tragase y comiese, para lo cual me diste una navaja? Lo cual, como yo quisiese hacer, tomé un candil, y luego que miré su gesto y cara veo una cosa divina y maravillosa: al hijo de la diosa Venus, digo, al dios Cupido, que es dios del amor, que estaba hermosamente durmiendo, y como yo estaba incitada de tan maravillosa vista, turbada de tan gran placer, y no me pasase de ver aquel hermoso gesto, a caso fortuito y pésimo rehirvió el aceite del candil que tenía en la mano y cayó una gota hirviendo en su hombro, y con aquel gran dolor despertó, y como me vio armada con hierro y fuego, díjome: “¿Y cómo has hecho tan gran maldad y traición? Toma luego todo lo tuyo y vete de mi casa”. Además de esto dijo: “Yo tomaré a tu hermana en tu lugar y me casaré con ella, dándole arras y dote”. Diciendo esto, mandó al viento cierzo que me aventase fuera de los términos de su casa».

No había acabado Psiquis de hablar estas palabras, cuando la hermana, estimulada

e incitada de mortal envidia, compuesta de una mentira para engañar a su marido, diciendo que había sabido de la muerte de sus padres, metiose en una nave y comenzó a andar hasta que llegó a aquel risco grande, en el cual subió, como quiera que otro viento a la hora ventaba; pero ella, con aquella ansia y con ciega esperanza dijo: «¡Oh Cupido! Recíbeme, que soy digna de ser tu mujer, y tú, viento cierzo, recibe a tu señora». Con estas palabras dio un salto grande del risco abajo; pero ella viva ni muerta pudo llegar al lugar que deseaba, porque por aquellos riscos y piedras se hizo pedazos, como ella merecía, y así murió, haciéndose manjar de las aves y bestias de aquel monte.

Tras de ésta no tardó mucho la pena y venganza de la otra su hermana; porque, yendo Psiquis por su camino más adelante, llegó a otra ciudad en la cual moraba la otra su hermana, según que hemos dicho; la cual, asimismo con engaño de su hermandad, hizo ni más ni menos que la otra: que queriendo el casamiento que no le cumplía, fuese cuanto más presto pudo a aquel risco, de donde cayó y murió, como hizo la otra.

Entre tanto, Psiquis, andando muy congojosa en busca de su marido Cupido, cercaba todos los pueblos y ciudades; pero él, herido de la llaga que le hizo la gota de aceite del candil, estaba echado enfermo y gimiendo en la cama de su madre. Entonces una ave blanca que se llama gaviota, que andaba nadando con sus alas sobre las ondas de la mar, zambullose cerca del profundo del mar Océano y halló allí a la diosa Venus que se estaba lavando y nadando en aquel agua; a la cual se llegó y le dijo cómo «su hijo Cupido estaba malo de una grave llaga de fuego que le daba mucho dolor, llorando, y en mucha duda de su salud, por la cual causa toda la gente y familia de Venus era infamada y vituperada por los pueblos y ciudades de toda la tierra, diciendo que él se había ocupado y apartado con una mujer serrana y montañesa, y tú asimismo te has apartado andando en la mar nadando y a tu placer, y por esto ya no hay entre las gentes placer ninguno ni gracia ni hermosura; pero todas las cosas están rústicas, groseras y sin atavío: ya ninguno se casa ni nadie tiene amistad con mujer ni amor de hijos, sino todo al contrario, sucio y feo y para todos enojoso». Cuando aquella ave parlera dijo estas cosas a Venus, reprendiendo a su hijo Cupido, Venus, con mucha ira, exclamó fuertemente, diciendo: «Parece ser que ya aquel bueno de mi hijo tiene alguna amiga; hazme tanto placer tú, que me sirves con más amor que ninguna, que me sepas el nombre de aquella que engañó este muchacho de poca edad: ahora sea alguna de las ninfas o del número de las diosas, o ahora sea de las musas o del ministerio de mis gracias». Aquella ave parlera no calló lo que sabía, diciendo: «Cierto, señora; no sé cómo se llama; pienso, si bien me acuerdo, que tu hijo muere por una llamada Psiquis». Entonces, Venus, indignada, comenzó a dar voces, diciendo: «Ciertamente, él debe de amar a aquella Psiquis que pensaba tener mi gesto y era envidiosa de mi nombre: de lo que más tengo enojo en este negocio es que me

hizo a mí su alcahueta, porque yo le mostré y enseñé por dónde conociese aquella moza».

De esta manera, riñendo y gritando, prestamente se salió de la mar y fuese luego a su cámara, adonde halló a su hijo malo, según lo había oído, y desde la puerta comenzó a dar voces, diciendo de esta manera: «¡Honesto cosa es, y que cumple mucho a nuestra honra y a tu buena fama lo que has hecho! ¿Parécete buena cosa menospreciar y tener en poco los mandamientos de tu madre, que más es tu señora, dándome pena con los sucios amores de mi enemiga, la cual en esta tu pequeña edad juntaste contigo con tus atrevidos y temerarios pensamientos? ¿Piensas tú que tengo yo de sufrir por amor de ti nuera que sea mi enemiga? Pero tú, mentiroso y corrompedor de buenas costumbres, ¿presumes que tú sólo eres engendrado para los amores, y que yo, por ser ya mujer de edad, no podré parir otro Cupido? Pues quiero ahora que sepas que yo podré engendrar otro mucho mejor que tú, y aun que, porque más sientas la injuria, adoptaré por hijo a alguno de mis esclavos y servidores; y le daré yo alas y llamas de amor con el arco y las saetas, y todo lo otro que te di a ti, no para estas cosas en que tú andas, que aun bien sabes tú que de los bienes de tu padre ninguna cosa te he dado para esta negociación; pero tú, como desde muchacho fuiste mal criado y tienes las manos agudas, muchas veces, sin reverencia ninguna, tocaste a tus mayores, y aun a mí, que soy tu madre. A mí misma digo que, como parricida, cada día me descubres y muchas veces me has herido, y ahora me menosprecias como si fuese viuda, que aun no temes a tu padrastro, el dios Marte, muy fuerte y tan grande guerrador. ¿Qué no puedo yo decir en esto que tú muchas veces, por darme pena, acostumbraste a darle mujeres? Pero yo haré que te arrepientas de este juego, y que tú sientas bien estas acedas y amargas bodas que hiciste, como quiera que esto que digo es por demás, porque éste burlará de mí. Pues ¿qué haré ahora, o en qué manera castigaré a este bellaco? No sé si pida favor de mi enemiga la Templanza, la cual yo ofendí muchas veces por la lujuria y vicio de éste; como quiera que sea, yo delibero de ir a hablar con esta dueña, aunque sea rústica y severa; pena recibo en ello, pero no es de desechar el placer de tanta venganza, y por esto yo le quiero hablar, que no hay otra ninguna que mejor castigue a este mentiroso y le quite las saetas y el arco y le desnude de todos sus fuegos de amores; y no solamente hará esto, pero a su persona misma resistirá con fuertes remedios. Entonces pensaré yo que mi injuria está satisfecha cuando le rayere de la cabeza aquellos cabellos de color de oro, que muchas veces le atavié con estas mis manos, y cuando le trasquilare aquellas alas que yo en mi falda le unté con algalia y almizcle muchas veces». Después que Venus hubo dicho todas estas palabras, salióse fuera muy enojada, diciendo palabras de enojo; pero la diosa Ceres y Juno, como la vieron enojada, la fueron a acompañar y le preguntaron qué era la causa por que traía el gesto tan turbado, y los ojos, que resplandecían de tanta hermosura, traía tan revueltos, mostrando su enojo. Ella respondió: «A buen tiempo venís para preguntarme la causa de este enojo que traigo, aunque no por mi voluntad, sino porque otro me lo ha dado; por ende, yo os ruego

que con todas vuestras fuerzas me busquéis a aquella huidora de Psiquis, doquier que la halláredes, porque yo bien sé que vosotras bien sabéis toda la historia de lo que ha acontecido en mi casa de este hijo que no oso decir que es mío».

Entonces ellas, sabiendo bien las cosas que habían pasado, deseando amansar la ira de Venus, comenzáronle a hablar de esta manera: «¿Qué tan gran delito pudo hacer tu hijo que tú, señora, estés contra él enojada con tan gran pertinacia y malenconía, y que aquella que él mucho ama tú la desees destruir? Porque te rogamos que mires bien si es crimen para éste que le pareciese bien una doncella. ¿No sabes que es hombre? ¿Se te ha olvidado ya cuántos años ha tu hijo? Porque es mancebo y hermoso, ¿tú piensas que es todavía muchacho? Tú eres su madre y mujer de seso, y siempre has experimentado los placeres y juegos de tu lujo: y tú culpas en él y reprendes sus artes y vicios y amores, y ¿quieres encerrar la tienda pública de los placeres de las mujeres?». En esta manera ellas querían satisfacer al dios Cupido, aunque estaba ausente, por miedo de sus saetas. Mas Venus, viendo que ellas trataban su injuria burlándose de ella, dejándolas a ellas con la palabra en la boca, cuanto más prestamente pudo tomó su camino para la mar, de donde había salido.

Entre tanto, Psiquis discurría y andaba por diversas partes y caminos, buscando de día y de noche, con mucha ansia y trabajo, si podría hallar rastro de su marido; y tanto más le crecía el deseo de hallarlo, cuanto era la pena que traía en buscarlo, y deliberaba entre sí que si no lo pudiese con sus halagos, como su mujer amansar, que al menos como sierva, con sus ruegos y oraciones lo aplacaría. Yendo en esto pensando vio un templo encima de tan alto monte, y dijo: «¿Dónde sé yo ahora si por ventura mi señor mora en este templo?». Luego enderezó el paso hacia allá, el cual como quiera que ya le desfallecía por los grandes y continuos trabajos, pero la esperanza de hallar a su marido la aliviaba. Así que, habiendo ya subido y pasado todos aquellos montes, llegó al templo y entrose dentro, donde vio muchas espigas de trigo y cebada, hoces y otros instrumentos para segar; pero todo estaba por el suelo, sin ningún orden, confuso, como acostumbra a hacer los segadores cuando con el trabajo se les cae de las manos. Psiquis, como vio todas estas cosas derramadas, comenzó a apartar cada cosa por su parte y componerlo y ataviarlo todo, pensando, como era razón, que de ningún dios se deben menospreciar las ceremonias, antes, procurar de siempre tener propicia su misericordia.

Estando Psiquis ataviando y componiendo estas cosas entró la diosa Ceres, y como la vio, comenzó de lejos a dar grandes voces, diciendo: «¡Oh Psiquis desventurada! La diosa Venus anda por todo el mundo con grandísima ansia buscando rastro de ti: y con cuanta furia puede desea y busca traerte a la muerte; y con toda la fuerza de su deidad procura haber venganza de ti, y tú ahora estás aquí teniendo cuidado de mis cosas. ¿Cómo puedes tú pensar otra cosa sino lo que cumple a tu salud?».

Entonces, Psiquis lanzose a sus pies y comenzolos a regar con sus lágrimas y barrer la tierra con sus cabellos, suplicando y pidiéndole perdón con muchos ruegos y

plegarias, diciendo: «Ruégote, señora, por la tu diestra mano sembradora de los panes, y por las ceremonias alegres de las sementeras, y por los secretos de las canastas de pan, y por los carros que traen los dragones tus siervos, y por las aradas y barbechos de Sicilia, y por el carro de Plutón que arrebató a Proserpina, y por el descendimiento de tus bodas, y por la tornada cuando tornó con las hachas ardiendo de buscar a su hija, y por el sacrificio de la ciudad eleusina, y por las otras cosas y sacrificios que se hacen en silencio, que socorras a la triste ánima de tu sierva Psiquis, y consiénteme que entre estos montones de espigas me pueda esconder algunos pocos días, hasta que la cruel ira de tan gran diosa como es Venus por espacio de algún tiempo se amanse, o hasta que al menos mis fuerzas, cansadas de tan continuo trabajo, con un poco de reposo se restituyan».

Ceres le respondió: «Ciertamente yo me he conmovido a compasión por ver tus lágrimas y lo que me ruegas, y deseo ayudarte; pero no quiero incurrir en desgracia de aquella buena mujer de mi cuñada, con la cual tengo antigua amistad. Así, que tú parte luego de mi casa, y recibe en gracia que no fuiste presa por mí ni retenida».

Cuando esto oyó Psiquis, contra lo que ella pensaba, afligida de doblada pena y enojo tomó su camino, tornando para atrás, y vio un hermoso templo que estaba en una selva de árboles muy grandes, en un valle, el cual era edificado muy pulidamente: y como ella se tuviese por dicho ninguna vía dudosa o de mejor esperanza jamás dejarla de probar, y que andaba buscando socorro de cualquier dios que hallase, llegose a la puerta del templo y vio muy ricos dones de ropas y vestiduras colgadas de los postes y ramas de los árboles, con letras de oro que declaraban la causa por que eran allí ofrecidas y el nombre de la diosa a quien se dan. Entonces, Psiquis, las rodillas hincadas, abrazando con sus manos el altar y limpiadas las lágrimas de sus ojos, comenzó a decir de esta manera:

«¡Oh, tú, Juno, mujer y hermana del gran Júpiter! O tú estás en el antiguo templo de la isla de Samos, la cual se glorifica porque tú naciste allí y te criaste: o estás en las sillas de la alta ciudad de Cartago, la cual te adora como doncella que fuiste llevada al cielo encima de un león: o si por ventura estás en la ribera del río Inaco, el cual hace memoria de ti, que eres casada con Júpiter y reina de las diosas: o tú estás en las ciudades magníficas de los griegos, adonde todo Oriente te honra como diosa de los casamientos y todo Occidente te llama Lucina: o doquiera que estés, te ruego que socorras a mis extremas necesidades, y a mí, que estoy fatigada de tantos trabajos pasados, plégate librame de tan gran peligro como está sobre mí, porque yo bien sé que de tu propia gana y voluntad acostumbras socorrer a las preñadas que están en peligro de parir».

Acabado de decir esto, luego le apareció la diosa Juno, con toda su majestad, y dijo: «Por Dios, que yo querría dar mi favor y todo lo que pudiese a tus rogativas, pero contra la voluntad de Venus, mi nuera, la cual siempre amé en lugar de mi hija, no lo podría hacer, porque la vergüenza me resiste. Además de esto, las leyes prohíben que nadie pueda recibir a los esclavos fugitivos contra la voluntad de sus

señores».

Con este naufragio de la fortuna, espantada Psiquis viendo asimismo que ya no podía alcanzar a su marido, que andaba volando, desesperada de toda su salud, comenzó a aconsejarse con su pensamiento en esta manera: ¿Qué remedio se puede ya buscar ni tentar para mis penas y trabajos a los cuales el favor y ayuda de las diosas, aunque ellas lo querían, no pudo aprovechar? Pues que así es, ¿adónde podría yo huir, estando cercada de tantos lazos? ¿Y qué casas o en qué soterraños me podría esconder de los ojos inevitables de la gran diosa Venus? Pues que no puede huir, toma corazón de hombre y fuertemente resiste a la quebrada y perdida esperanza y ofrécete de tu propia gana a tu señora, y con esta obediencia, aunque sea tarde, amansarás su ímpetu y saña. ¿Qué sabes tú si por ventura hallarás allí, en casa de la madre, al que muchos días hace que andas a buscar? De esta manera aparejada para el dudoso servicio y cierto fin, pensaba entre sí el principio de su futura suplicación.

En este medio tiempo, Venus, enojada de andar a buscar a Psiquis por la tierra, acordó de subirse al cielo, y mandando aparejar su carro, el cual Vulcano, su marido, muy sutil y pulidamente había fabricado y se lo había dado en arras de su casamiento, hecho las ruedas de manera de la Luna, muy rico y precioso, con daño de tanto oro y de muchas otras aves, que estaban cerca de la cámara de Venus, salieron cuatro palomas muy blancas, pintados los cuellos, y pusiéronse para llevar el carro; y recibida la señora encima del carro, comenzaron a volar alegremente, y tras del carro de Venus comenzaron a volar muchos pájaros y aves, que cantaban muy dulcemente, haciendo saber cómo Venus venía. Las nubes dieron lugar, los cielos se abrieron y el más alto de ellos la recibió alegremente; las aves iban cantando: con ella no temían las águilas y halcones que encontraban.

En esta manera, Venus, llegada al palacio real de Júpiter, y con mucha osadía y atrevimiento, pidió a Júpiter que mandase al dios Mercurio le ayudase con su voz, que había menester para cierto negocio. Júpiter se lo otorgó y mandó que así se hiciese. Entonces ella, alegremente, acompañándola Mercurio, se partió del cielo, la cual en esta manera habló a Mercurio: «Hermano de Arcadia, tú sabes bien que tu hermana Venus nunca hizo cosa alguna sin tu ayuda y presencia; ahora tú no ignoras cuánto tiempo ha que yo no puedo hallar a aquella mi sierva que se anda escondiendo de mí: así que ya no tengo otro remedio sino que tú públicamente pregones que le será dado gran premio a quien la descubriere. Por ende, te ruego que hagas prestamente lo que digo. Y en tu pregón da las señales e indicios por donde manifiestamente se pueda conocer. Porque si alguno incurriere en crimen de encubrir la ilícitamente, no se pueda defender con excusación de ignorancia». Y diciendo esto, le dio un memorial en el cual se contenía el nombre de Psiquis y las otras cosas que había de pregonar. Hecho esto, luego se fue a su casa.

No olvidó Mercurio lo que Venus le mandó hacer, y luego se fue por todas las

ciudades y lugares, pregonando de esta manera: Si alguno tomare o mostrare dónde está Psiquis, hija del rey y sierva de Venus, que anda huida, véngase a Mercurio, pregonero que está tras el templo de Venus, y allí recibirá por galardón de su indicio, de la misma diosa Venus, siete besos muy suaves y otro muy más dulce.

De esta manera pregonando Mercurio, todos los que lo oían, con codicia de tanto premio, se aderezaron para buscarla. La cual cosa, oída por Psiquis, le quitó toda tardanza de irse a presentar ante Venus, y llegando ella a las puertas de su señora, salía a ella una doncella de Venus, que había nombre Costumbre, la cual, como vio a Psiquis, comenzó a dar grandes voces, diciendo: «Vos, dueña, mala esclava, hasta que ya sentís que tenéis señora: aun sobre toda la maldad de tus malas mañas finges ahora que no sabes cuánto trabajo hemos pasado buscándote. Pero bien está, pues que caíste en mis manos: haz cuenta que caíste en la cárcel del infierno, y donde no podrás salir, y prestamente recibirás las penas de tu contumacia y rebeldía».

Diciendo esto, arremetió a ella, y con gran audacia echole mano de los cabellos y comenzola a llevar ante Venus, como quiera que Psiquis no resistía la ida. La cual, luego que Venus la vio comenzose de reír como suelen hacer todos los que están con mucha ira, y meneando la cabeza, rascándose en la oreja, comenzó a decir: «Basta que ya fuiste contenta de hablar a tu suegra; y por cierto, antes creo yo que lo hiciste por ver a tu marido, que está a la muerte de la llaga de tus manos; pero está segura que yo te recibiré como conviene a buena nuera». Y como esto dijo, mandó llamar a sus criadas la Costumbre y la Tristeza, a las cuales, como vinieron, mandó que azotasen a Psiquis. Ellas, siguiendo el mandamiento de su señora, dieron tantos de azotes a la mezquina de Psiquis, que la afligieron y atormentaron, y así la tornaron a presentar otra vez ante su señora. Cuando Venus la vio comenzose otra vez a reír, y dijo: «¿Y aun ves cómo en la alcahuetería de su vientre hinchado nos conmueve a misericordia? ¿Piensas hacerme abuela bien dichosa con lo que saliere de esta tu preñez? Dichosa yo, que en la flor de mi juventud me llamarán abuela y el hijo de una esclava bellaca oirá que le llame nieto de Venus. Pero necia soy en esto yo, porque por demás puedo yo decir que mi hijo es casado, porque estas bodas no son entre personas iguales, y además de esto fueron hechas en un monte sin testigos y no consintiendo su padre, por lo cual estas bodas no se pueden decir legítimamente hechas; y por esto, si yo consiento que tú hayas de parir, a lo menos nacerá de ti un bastardo».

Y diciendo esto, arremetió con ella y rompióle las tocas, trabándole de los cabellos y dándole de cabezadas, que la afligió gravemente; luego tomó trigo y cebada, mijo, simientes de adormideras, garbanzos, lentejas y habas, lo cual, todo mezclado y hecho un gran montón, dijo a Psiquis: «Tú me pareces tan disforme y bellaca esclava, que con ninguna cosa aplaces a tus enamorados, sino con los muchos servicios que les haces. Pues yo quiero ahora experimentar tu diligencia. Aparta todos los granos de estas simientes que están juntas en este montón, y cada simiente de éstas, muy bien dispuestas y apartadas de por sí, me las has de dar antes de la noche».

Y dicho esto, ella se fue a cenar a las bodas de sus dioses. Psiquis, embargada con la grandeza de aquel mandamiento, estaba callando como una muerta, que nunca alzó la mano a comenzar tan grande obra para nunca acabar. Entonces aquella pequeña hormiga del campo, habiendo mancilla de tan gran trabajo y dificultad, como era el de la mujer del gran dios del amor, maldiciendo la crueldad de su suegra Venus, discurrió prestamente por esos campos y llamó y rogó a todas las batallas y muchedumbres de hormigas diciéndoles: «¡Oh sutiles hijas y criadas de la tierra, madre de todas las cosas, habed merced y mancilla y socorred con mucha velocidad a una moza hermosa, mujer del dios de Amor, que está en mucho peligro!». Entonces, como ondas de agua, venían infinitas hormigas cayendo unas sobre otras, y con mucha diligencia cada una, grano a grano, apartaron todo el montón. Después de apartados y divisos todos los géneros de granos de cada montón sobre sí, prestamente se fueron de allí.

Luego, al comienzo de la noche, Venus, tornando de su fiesta, harta de vino y muy olorosa, llena toda la cabeza y cuerpo de rosas resplandecientes, vista la diligencia del gran trabajo, dijo: «¡Oh mala!; no es tuya ni de tus manos esta obra, sino de aquél a quien tú por tu mal y por el suyo has aplacido». Y diciendo esto, echole un pedazo de pan, para que comiese y fuese a acostar. Entre tanto, Cupido estaba solo y encerrado en una cámara de las que estaban más adentro de casa: el cual estaba allí encerrado así por que la herida no se dañase, si algún mal deseo le viniese, como por que no hablase con su amada Psiquis. De esta manera, dentro de una casa y debajo de un tejado, apartados los enamorados, con mucha fatiga pasaron aquella noche negra y muy oscura.

Después que amaneció, mandó Venus llamar a Psiquis y dijo de esta manera: «¿Ves tú aquella floresta por donde pasa aquel río que tiene aquellos grandes árboles alrededor, debajo del cual está una fuente cerca? ¿Y ves aquellas ovejas resplandecientes y de color de oro que andan por allí paciendo sin que nadie las guarde? Pues ve allá luego y tráeme la flor de su precioso vellocino en cualquier manera que lo puedas haber».

Psiquis, de muy buena gana se fue hacia allá, no con pensamiento de hacer lo que Venus le había mandado, sino por dar fin a sus males, lanzándose de un risco de aquellos dentro en el río. Cuando Psiquis llegó al río, una caña verde, que es madre de la música suave, meneada por un dulce aire por inspiración divina, habló de esta manera: «Psiquis, tú que has sufrido tantas tribulaciones no quieras ensuciar mis santas aguas con tu misérrima muerte, ni tampoco llegues a estas espantosas ovejas, porque tomando el calor y ardor del Sol suelen ser muy rabiosas, y con los cuernos agudos y las frentes de piedra, aun mordiendo con los dientes ponzoñosos, matan a muchos hombres. Pero después que pasare el ardor del mediodía y las ovejas se van a reposar a la frescura del río, podrás esconderte debajo de aquel alto plátano, que bebe

del agua de este río que yo bebo. Y como tú vieres que las ovejas, pospuesta toda su ferocidad, comienzan a dormir, sacudirás las ramas y hojas de aquel monte que está cerca de ellas y allí hallarás las guedejas de oro que se pegan por aquellas matas cuando las ovejas pasan».

En esta manera la caña, por su virtud y humanidad, enseñaba a la mezquina de Psiquis de cómo se había de remediar. Ella, cuando esto oyó, no fue negligente en cumplirlo. Pero haciendo y guardando todo lo que ella dijo, hurtó el oro con la lana de aquellos montes, y cogido lo trajo y echó en el regazo de Venus. Mas con todo esto nunca mereció cerca de su señora galardón su segundo trabajo, antes, torciendo las cejas con una risa falsa, dijo en esta manera: «Tampoco creo yo ahora que en esto que tú hiciste no faltó quien te ayudase falsamente. Pero yo quiero experimentar si por ventura tú lo haces con esfuerzo tuyo y prudencia o con ayuda de otro; por ende, mira bien aquella altura de aquel monte adonde están aquellos riscos muy altos, de donde sale una fuente de agua muy negra, y desciende por aquel valle donde hace aquellas lagunas negras y turbias y de allí salen algunos arroyos infernales. De allí, de la altura donde sale aquella fuente, tráeme este vaso lleno de rocío de aquella agua». Y diciendo esto, le dio un vaso de cristal, amenazándola con palabras ásperas si no cumpliese lo que le mandaba.

Psiquis, cuando esto oyó, aceleradamente se fue hacia aquel monte, para subir encima de él y desde allí echarse, para dar fin a su amarga vida. Pero como llegó alrededor de aquel monte, vio una mortal y muy grande dificultad para llegar a él, porque estaba allí un risco muy alto que parecía que llegaba al cielo, y tan liso, que no había quien por él pudiese subir; de encima de aquél salía una fuente de agua negra y espantable, la cual, saliendo de su nación, corría por aquellos riscos abajo y venía por una canal angosta cercada de muchos árboles, la cual venía a un valle grande que estaba cercado de una parte y de otra de grandes riscos, adonde moraban dragones muy espantables, con los cuellos alzados y los ojos tan abiertos, para velar, que jamás los cerraban ni pestañeaban, en tal manera, que perpetuamente estaban en vela; y como ella llegó allí, las mismas aguas le hablaron, diciéndole muy muchas veces: «Psiquis, apártate de ahí, mira muy bien lo que haces. Y guárdate de hacer lo que quieres; huye luego, si no, cata que morirás». Cuando Psiquis vio la imposibilidad que había de llegar a aquel lugar, fue tornada como una piedra, y aunque estaba presente con el cuerpo, estaba ausente con el sentido. En tal manera, que con el gran miedo del peligro estaba tan muerta que carecía del último consuelo y solaz de las lágrimas.

Pero no pudo esconderse a los ojos de la Providencia tanta fatiga y turbación de la inocente Psiquis, la cual, estando en esta fatiga, aquella ave real de Júpiter que se llama águila, abiertas las alas, vino volando súbitamente, recordándose del servicio que antiguamente hizo Cupido a Júpiter, cuando por su diligencia arrebató a Ganimedes el troyano, para su copero, queriendo dar ayuda y pagar el beneficio recibido, en ayudar a los trabajos de Psiquis, mujer de Cupido, dejó de volar por el

cielo y vino a la presencia de Psiquis y díjole en esta manera: «¿Cómo tú eres tan simple y necia de las tales cosas, que esperas poder hurtar ni solamente tocar una sola gota de esta fuente no menos cruel que santísima? ¿Tú nunca oíste alguna vez que estas aguas estígeas son espantables a los dioses y aun al mismo Júpiter? Además de esto, vosotros, los mortales, juráis por los dioses, pero los dioses acostumbran jurar por la majestad del lago estigio: pero dame este vaso que traes». El cual ella le dio y el águila se lo arrebató de la mano muy presto, y volando entre las bocas y dientes crueles y las lenguas de tres órdenes de aquellos dragones, fue al agua e hinchó el vaso, consintiéndolo la misma agua, y aun amonestándole que prestamente se fuese, antes que los dragones la matasen. El águila, fingiendo que por mandato de la diosa Venus y para su servicio había venido por aquella agua, por la cual causa más fácilmente llegó a henchir el vaso y salir libre con ella, en esta manera, tornó con mucho gozo y dio el vaso a Psiquis, lleno de agua; la cual la llevó luego a la diosa Venus. Pero con todo esto nunca pudo aplacar ni amansar la crueldad de Venus; antes ella, con su risa mortal, como solía, le habló amenazándola con mayores y más peores tormentos, diciendo: «Ya tú me pareces una maga y gran hechicera, porque muy bien has obtemperado a mis mandamientos y hecho lo que yo te mandé; mas tú, lumbre de mis ojos, aún resta otra cosa que has de hacer. Toma esta bujeta, la cual le dio, y vete a los palacios del infierno, y darás esta bujeta a Proserpina, diciéndole: Venus te ruega que le des aquí una poca de tu hermosura, que baste siquiera para un día, porque todo lo hermoso que ella tenía lo ha perdido y consumido curando a su hijo Cupido, que está muy mal, y torna presto con ella, porque tengo necesidad de lavarme la cara con esto para entrar en el teatro y fiesta de los dioses».

Entonces, Psiquis, abiertamente, sintió su último fin y que era compelida manifiestamente a la muerte que le estaba aparejada. ¿Qué maravilla que lo pensase, pues que era compelida a que de su propia gana y por sus propios pies entrase al infierno, donde estaban las ánimas de los muertos? Con este pensamiento no tardó mucho, que se fue a una torre muy alta para echarse de allí abajo, porque de esta manera ella pensaba descender muy presto y muy derechamente a los infiernos. Pero la torre le habló en esta manera: «¿Por qué, mezquina de ti, te quieres matar, echándote de aquí abajo, pues que ya éste es el peligro y trabajo que has de pasar? Porque si una vez tu alma fuere apartada de tu cuerpo, bien podrás ir de cierto al infierno. Pero, créeme, que en ninguna manera podrás tornar a salir de allí.

»No está muy lejos de aquí una noble ciudad de Acaya, que se llama Lacedemonia; cerca de esta ciudad busca un monte que se llama Tenaro, el cual está apartado en lugares remotos.

»En este monte está una puerta del infierno, y por la boca de aquella cueva se muestra un camino sin caminantes, por donde si tú entras, en pasando el umbral de la puerta, por la canal de la cueva derecho, podrás ir hasta los palacios del rey Plutón; pero no entiendas que has de llevar las manos vacías, porque te conviene llevar en cada una de las manos una sopa de pan mojada en meloja, y en la boca has de llevar

dos monedas; y después que ya hubieres andado buena parte de aquel camino de la muerte hallarás un asno cojo cargado de leña, y con él un asnero también cojo, el cual te rogará que le des ciertas chamizas para echar en la carga que se le cae: pero tú pásate callando, sin hablarle palabra; y después, como llegares al río muerto donde está Carón, él te pedirá el portazgo, porque así pasa él en su barca de la otra parte a los muertos que allí llegan: porque has de saber que hasta allí entre los muertos hay avaricia, que ni Carón ni aquel gran rey Plutón hacen cosa alguna de gracia, y si algún pobre muere cúmplele buscar dineros para el camino, porque si no los llevare en la mano no le pasarán de allí. A este viejo suyo darás en nombre de flete una moneda de aquellas que llevares; pero ha de ser que él mismo la tome con su mano de tu boca. Después que hubieres pasado este río muerto hallarás otro viejo muerto y podrido que anda nadando sobre las aguas de aquel río, y alzando las manos te rogará que lo recibas dentro en la barca; pero tú no cures de usar piedad, que no te conviene.

»Pasado el río y andando un poco adelante hallarás unas viejas tejedoras que están tejiendo una tela, las cuales te rogarán que les toques la mano; pero no lo hagas, porque no te conviene tocarles en manera ninguna. Que has de saber que todas estas cosas y otras muchas nacen de las asechanzas de Venus, que querría que te pudiesen quitar de las manos una de aquellas sopas: lo cual te sería muy grave daño, porque si una de ellas perdieses nunca jamás tornarías a esta vida. Además de esto sepas que está un poco adelante un perro muy grande, que tiene tres cabezas, el cual es muy espantable, y ladrando con aquellas bocas abiertas espanta a los muertos, a los cuales ya ningún mal puede hacer, y siempre está velando ante la puerta del obscuro palacio de Proserpina, guardando la casa vacía de Plutón. Cuando aquí llegares, con una sopa que le lances lo tendrá enfrenado y podrás luego pasar fácilmente, y entrarás adonde está Proserpina, la cual te recibirá benigna y alegremente y te mandará sentar y dar muy bien de comer. Pero tú siéntate en el suelo y come de aquel pan negro que te dieren; y pide luego de parte de Venus aquello por que eres venida, y recibido lo que te dieren en la bujeta, cuando tornares, amansarás la rabia de aquel perro con la otra sopa. Y cuando llegares al barquero avariento, le darás la otra moneda que guardaste en la boca; y pasando aquel río tornarás por las mismas pisadas por donde entraste, y así vendrás a ver esta claridad celestial. Pero sobre todas las cosas te apercibo que guardes una: que en ninguna manera cures de abrir ni mirar lo que traes en la bujeta, ni procures de ver el tesoro escondido de la divina hermosura».

De esta manera aquella torre, habiendo mancilla de Psiquis, le declaró lo que le era menester de adivinar. No tardó Psiquis, que luego se fue al monte Tenaro, y tomados aquellos dineros y aquellas sopas como le mandó la torre, entrose por aquella boca del infierno, y pasado callando aquel asnero cojo, y pagado a Carón su flete por que le pasase, y menospreciado asimismo el deseo de aquel viejo muerto que andaba nadando, y también no curando de los engañosos ruegos de las viejas tejedoras, y habiendo amansado la rabia de aquel temeroso perro con el manjar de aquella sopa, llegó, pasado todo esto, a los palacios de Proserpina; pero no quiso

aceptar el asentamiento que Proserpina le mandaba dar, ni quiso comer de aquel manjar que le ofrecían; mas humildemente se sentó ante sus pies, y contenta con un pedazo de pan bazo, le expuso la embajada que traía de Venus; y luego, Proserpina le hinchó la bujeta secretamente de lo que pedía; la cual luego se partió, y aplacado el ladrar y la braveza del perro infernal con el engaño de la otra sopa que le quedaba, y habiendo dado la otra moneda a Carón el barquero por que la pasase, tornó del infierno más esforzada de lo que entró. Y después de adorada la clara luz del día, que tornó a ver, como quiera que en cumplir esto acababa el servicio que Venus le había mandado, vínole al pensamiento una temeraria curiosidad, diciendo: «Bien soy yo necia trayendo conmigo la divina hermosura que no tome de ella siquiera un poquito para mí, para que pueda placer a aquel mi hermoso enamorado».

Y como esto dijo, abrió la bujeta, dentro de la cual ninguna cosa había, ni hermosura alguna, salvo un sueño infernal y profundo, el cual, como fue destapado, cubrió a Psiquis de una niebla de sueño grueso, que todos sus miembros le tomó y poseyó, y en el mismo camino por donde venía cayó durmiendo como una cosa muerta.

Pero Cupido, ya que convalecía de su llaga, no pudiendo tolerar ni sufrir la luenga ausencia de su amiga, estando ya bien dispuesto y las alas restauradas, porque había días que holgaba, saliose por una ventana pequeña de su cámara, donde estaba encerrado, y fue presto a socorrer a su mujer Psiquis, y apartando de ella el sueño, y lanzado otra vez dentro en la bujeta, tocó livianamente a Psiquis con una de sus saetas y despertola diciéndole: «¿Aun tú, mezquina de ti, no escarmientas, que poco menos fueras muerta por semejante curiosidad que la que hiciste conmigo? Pero ve ahora con la embajada que mi madre te mandó, y entre tanto, yo proveeré en lo otro que fuere menester». Dicho esto, levantose con sus alas y fuese volando. Psiquis llevó lo que traía de Proserpina y diolo a Venus; entre tanto, Cupido, que andaba muy fatigado del gran amor, la cara amarilla, temiendo la severidad no acostumbrada de su madre, tornose al almario de su pecho y con sus ligeras alas voló al cielo y suplicó al gran Júpiter que le ayudase, y recontole toda su causa. Entonces Júpiter tomole la barba, y trayéndole la mano por la cara lo comenzó a besar, diciendo: «Como quiera que tú, señor hijo, nunca me guardaste la honra que se debe a los padres por mandamiento de los dioses; pero aun este mismo pecho, en el cual se encierran y disponen todas las leyes de los elementos, y a las veces de las estrellas, muchas veces lo llagaste con continuos golpes del amor, y lo ensuciaste con muchos lazos de terrenal lujuria, y lisiaste mi honra y fama con adulterios torpes y sucios contra las leyes, especialmente contra la ley Julia, y a la pública disciplina, transformando mi cara y hermosura en serpientes, en fuegos, en bestias, en aves y en cualquier otro ganado. Pero, con todo esto, recordándome de mi mansedumbre y de que tú creciste entre estas mis manos, yo haré todo lo que tú quisieres, y tú sépaste guardar de otros que desean lo que tú deseas. Esto sea con una condición: que si tú sabes de alguna doncella hermosa en la tierra, que por este beneficio que de mí recibes debes de

pagarme con ella la recompensa».

Después que esto hubo hablado, mandó a Mercurio que llamase a todos los dioses a consejo; y si alguno de ellos faltase, que pagase diez mil talentos de pena. Por el cual miedo todos vinieron y fue lleno el palacio donde estaba Júpiter, el cual, asentado en la silla alta, comenzó a decir de esta manera:

«¡Oh dioses, escritos en el blanco de las musas! Vosotros todos sabéis cómo este mancebo que yo crié en mis manos procuré de refrenar los ímpetus y movimientos ardientes de su primera juventud. Pero harto basta que él es infamado entre todos de adulterios y de otras corruptelas, por lo cual es bien que se quite toda ocasión, y para esto me parece que su licencia de juventud se debe de atar con lazo de matrimonio. Él ha escogido una doncella, la cual privó de su virginidad: téngala y poséala y siempre use de sus amores». Y diciendo esto, volvió la cara a Venus y díjole: «Tú, hija, no te entristezcas por esto; no temas a tu linaje ni al estado del matrimonio mortal, porque yo haré que estas bodas no sean desiguales, mas legítimas o bien ordenadas como el derecho lo manda». Y luego mandó a Mercurio que tomase a Psiquis y la subiese al cielo, a la cual Júpiter dio a beber del vino a los dioses, diciéndole: «Toma, Psiquis, bebe esto y serás inmortal; Cupido nunca se apartará de ti; estas bodas vuestras durarán para siempre».

EL REY CERDO

Galeoto, rey de Anglia, tiene un hijo que nació cerdo, el que se casa tres veces; y abandonada la piel porcina y convertido en un hermosísimo joven, fue llamado Rey Cerdo.

Lo mucho que el hombre le debe a su Creador, graciosas señoras, por haberlo puesto en el mundo como hombre y no como feo animal, no hay lengua tan tersa ni tan facunda que pueda expresarlo bastante bien en mil años. Sin embargo, me viene a la mente una fábula, ocurrida en nuestros tiempos, de alguien que nació cerdo, y luego, convertido en un joven bellísimo, fue llamado Rey Cerdo por todos.

Deben, pues, saber, queridas señoras mías, que Galeoto era rey de Anglia, hombre tan rico de los bienes de la fortuna como de los del espíritu; y tenía por mujer a la hija de Matías, rey de Hungría, llamada Ersilia, la cual superaba en belleza, virtud y cortesía a todas las otras damas de su época. Y Galeoto gobernaba su reino con tanta prudencia que no había en éste nadie que pudiera quejarse de él con razón. Habiendo vivido, pues, largo tiempo juntos, quiso la suerte que Ersilia nunca quedase encinta. Lo que disgustaba tanto al uno como al otro. Sucedió que Ersilia, paseando por su jardín, andaba juntando flores; y, sintiéndose ya bastante cansada, divisó un lugar lleno de verdes hierbas; al llegar a él, se sentó; e, invitada por el sueño y por los pájaros, que cantaban dulcemente en lo alto entre las verdes ramas, se quedó dormida. Entonces, para su buena fortuna, pasaron por el aire tres hadas altivas; las cuales, viendo a la joven dormida, se detuvieron y, considerando su belleza y su encanto, pensaron juntas en hacerla inviolable y hechizarla. Así pues, las tres hadas se pusieron de acuerdo.

La primera dijo: «Quiero que la reina sea inviolable y que la próxima noche que pase con su marido quede encinta y nazca de ella un hijo que no tenga igual en el mundo por su belleza».

La segunda dijo: «Y yo quiero que nadie pueda hacerle daño y que su hijo esté dotado de todas las virtudes y gracias imaginables».

La tercera dijo: «Y yo quiero que sea la mujer más prudente y más rica del mundo, pero que el hijo que concebirá nazca cubierto con una piel de cerdo, que se comporte como un cerdo en todo y para todo, y que no pueda salir nunca de ese estado sin haber tenido antes tres esposas».

Una vez que las hadas se fueron, la reina se despertó; y, levantándose de inmediato, recogió las flores que había juntado y volvió al palacio. No pasaron muchos días antes de que Ersilia quedase encinta; y, cuando llegó el momento del parto, dio a luz a un hijo que no tenía el cuerpo de un ser humano sino el de un cerdo. Cuando el rey y la reina se enteraron de esto, sintieron un dolor inenarrable. Y para que semejante parto no acarrease la deshonra de la reina, que era santa y buena, el rey se sintió inclinado a hacerlo matar y arrojar al mar. Pero luego, cambiando de actitud y pensando cuerdamente que fuera cual fuera su aspecto el monstruo era hijo suyo y tenía su sangre, dejó de lado ese feroz propósito y, cediendo a la piedad mezclada con

el dolor, quiso que se lo criase como un y se lo alimentase como ser racional y no como animal. El pequeñín, pues, solícitamente criado, se acercaba a menudo a su madre y, alzándose en dos patas, le ponía en la falda el morro y las pezuñitas. Y la compasiva madre, a su vez, lo acariciaba, poniéndole las manos en la peluda espalda, y lo abrazaba y lo besaba igual que si fuera una criatura humana. Y el niño enrulaba la colita, mostrando con gestos evidentes que las caricias de la madre le eran muy gratas. El cerdito, habiendo crecido bastante, empezó a hablar como un ser humano y a pasearse por la ciudad; y allí donde había inmundicias y basuras, se metía en ellas como hacen los cerdos. Luego, sucio y hediondo como estaba, volvía a casa y, yendo a refregarse en las ropas del rey y de la reina, se las ensuciaba todas de estiércol; pero, como era su único hijo, los padres lo soportaban todo con paciencia.

Uno de esos días, el cerdito volvió a casa y, después de ponerse todo sucio encima de las ropas de la madre, le dijo gruñendo:

—Madre mía, yo quisiera casarme.

Al oír esto, la reina respondió:

—¡Pero qué loco eres! ¿Quién quieres que te tome por marido? Eres hediondo y puerco, ¿y quieres que un barón o un caballero te dé a su hija?

Él contestó gruñendo que, fuera como fuese, quería una esposa. La reina, que no sabía como actuar, le dijo al rey:

—¿Qué debemos hacer? Mira en qué situación nos encontramos: nuestro hijo quiere esposa, y ninguna lo querrá por marido.

El cerdito volvió junto a su madre y, gruñendo con fuerza, decía:

—Yo quiero una esposa, y no pararé hasta que me den esa joven que he visto hoy y que me gusta tanto.

Ésta era hija de una pobre mujer que tenía tres, cada una de las cuales era hermosísima. Al oír esto, la reina enseguida mandó llamar a la mujer con su hija mayor y le dijo:

—Querida señora mía, eres pobre y estás cargada de hijas; si me dices que sí pronto te harás rica. Yo tengo este hijo cerdo, y quisiera casarlo con tu hija mayor. No pienses en tenerle respeto a él, que es cerdo, sino al rey y a mí, porque un día tu hija será dueña de todo nuestro reino. La hija, al oír estas palabras, se turbó mucho; y, poniéndose colorada como una rosa de la mañana, dijo que no quería de ningún modo aceptar aquella propuesta. Pero tan dulces fueron las palabras de la pobre mujer que la hija accedió. Cuando el cerdo volvió todo sucio a casa, fue corriendo a ver a su madre, que le dijo:

—Hijo mío, te hemos encontrado mujer, exactamente como tú querías.

Y, después de llamar a la esposa, vestida de honorabilísimas ropas reales, se la presentó al cerdo. El cual, viéndola bella y graciosa, no cabía en sí de contento, y, hediondo y puerco como estaba, le daba vueltas alrededor, haciéndole con el morro y las pezuñas tantas caricias como nadie había visto nunca hacer a un cerdo. Y ella, como él le emporcaba todo el vestido, lo empujaba para apartarlo, pero el cerdo le

decía:

—¿Por qué me rechazas? ¿Acaso no fui yo el que te dio este hermoso vestido?

A lo que ella contestó en tono soberbio:

—No, no le recibido de ti, ni de tu reino de cerdos.

Y cuando llegó la hora de irse a la cama, la joven dijo:

—¿Qué puedo hacer con este animal hediondo? Esta noche, antes de que haya terminado el primer sueño, lo mataré.

El cerdo, que no estaba muy lejos, oyó sus palabras pero no dijo nada. Cuando llegó la hora, pues, fue, todo cubierto de estiércol y carroñas, hasta el pomposo lecho, levantó las finísimas sábanas con el morro y con las pezuñas y, emporcándolo todo de estiércol hediondo, se tendió junto a su esposa. La cual no tardó mucho en dormirse. Pero el cerdo, fingiendo dormir, la hirió con tanta fuerza en el pecho con los colmillos puntiagudos que ella quedó muerta en el acto. Y, levantándose a la mañana temprano, se fue, como de costumbre, a comer y a emporcarse. A la reina se le ocurrió ir a visitar a la nuera; y cuando llegó y la vio muerta, asesinada por el cerdo, sintió un grandísimo dolor. El cerdo volvió a casa y, cuando la reina se puso a reprenderlo ásperamente, él le respondió que le había hecho a la esposa lo que la esposa le quería hacer a él, y se fue furioso.

No pasaron muchos días antes que el cerdo empezara de nuevo a decirle a la madre que quería casarse con la segunda hermana; y a pesar de que la reina se opuso a ello, igualmente él siguió diciendo con obstinación que la quería fuese como fuese, amenazando con destruirlo todo si no se la daban. Al oír esto, la reina fue a ver al rey y le contó todo; y él le dijo que sería mejor hacerlo morir antes de que devastase la ciudad. Pero la reina, que era su madre y lo quería enormemente, no podía soportar la idea de perderlo, aunque fuese un cerdo. Y después de llamar a la pobre mujer con la otra hija, deliberó largo tiempo con ellas; y una vez que hubieron deliberado juntas acerca del matrimonio, la muchacha consintió en aceptar al cerdo por esposo. Pero las cosas no salieron como ella lo deseaba, porque el cerdo la mató como a la primera, y a la mañana temprano dejó el palacio. Y cuando volvió a la hora acostumbrada cubierto de tanta inmundicia y tanto estiércol que, por el hedor, no era posible acercársele, el rey y la reina lo trataron muy mal por sus excesos. Pero el cerdo respondió, atrevidamente, que le había hecho a ella lo que ella pretendía hacerle a él.

No había pasado mucho tiempo cuando su alteza el cerdo le dijo nuevamente a la reina que quería volver a casarse, tomando por mujer a la tercera hermana, que era más hermosa aún que la primera y la segunda. Y como el pedido se le negó categóricamente, él insistía más aún en casarse con ella, y con palabras ruines y espantosas amenazaba de muerte a la reina si no se la daba por esposa. La reina, al oír aquellas palabras puercas y vergonzosas, sentía un tormento tan grande en el corazón que casi se vuelve loca. Y dejando de lado toda otra consideración, mandó llamar a la pobre mujer con su tercera hija, que se llamaba Meldina, y le dijo:

—Meldina, hija mía, quiero que tomes a su alteza el cerdo por esposo; no pienses

en tenerle respeto a él sino a su padre y a mí, porque si sabes llevarte bien con él serás la mujer más feliz y más satisfecha del mundo.

A lo que Meldina respondió, con semblante alegre y sereno, que estaba muy contenta, y le agradeció mucho a la reina que se dignase aceptarla como nuera. Y que aun cuando no recibiese nada más, le bastaría, pobre como era, con convertirse en un instante en la nuera de un poderoso rey. Al oír esta respuesta afectuosa y llena de gratitud, la reina, conmovida, no pudo retener las lágrimas. Pero no obstante temía que también a ella le ocurriese lo mismo que a las otras dos.

Vestida con trajes suntuosos y engalanada con joyas preciosas, la esposa esperó a que su marido volviese a casa. Cuando su alteza el cerdo llegó, más sucio y puerco que nunca, la esposa lo recibió amablemente, extendiendo en el suelo su precioso vestido y rogándole que se tendiese junto a ella. La reina le decía que lo apartase de su lado, pero ella se negaba a hacerlo y le dijo a la reina las palabras siguientes:

*Tres cosas he oído ya contar,
Sacra Corona pía y venerable:
una, que si algo no es posible hallar,
querer lograrlo es locura muy grande;
otra, que nunca se debe confiar
en lo que recto no es ni razonable;
la tercera, que el don hay que apreciar,
raro y precioso, que las manos asen.*

Su alteza el cerdo, que no dormía pero lo oía todo claramente, se incorporó y se puso a lamerle la cara, el cuello, el pecho y los hombros; y ella, a su vez, lo acariciaba y lo besaba, con lo que él se inflamaba de amor. Cuando llegó la hora de dormir, la esposa se metió en la cama y esperó a su querido esposo; y poco después el esposo, todo sucio y hediondo, fue a acostarse. Y ella, levantando la cobija, hizo que se le acercase, le acomodó la almohada debajo de la cabeza, tapándolo bien y corriendo las cortinas del dosel para que no tomase frío. Su alteza el cerdo, cuando se hizo de día, dejando el colchón lleno de estiércol, volvió a su comedero. La reina, por la mañana, fue a la habitación de la esposa; y, creyendo que vería la misma escena que las otras dos veces, encontró a su nuera contenta y de buen humor, aun cuando la cama estaba emporcada de inmundicias y carroñas. Y le dio gracias al Altísimo por semejante regalo: que el príncipe había encontrado mujer a su gusto.

Poco tiempo después, su alteza el cerdo, mientras estaba conversando agradablemente con su mujer, le dijo:

—Meldina, querida esposa mía, si supiera que no le dirás a nadie mi gran secreto, yo, haciéndote inmensamente feliz, te revelaría algo que hasta ahora he tenido escondido; y como sé que eres sensata y prudente, y veo que me amas con auténtico amor, quisiera compartirlo contigo.

—Puedes hacerlo sin temor —dijo Meldina—, porque te prometo que no se lo diré nunca a nadie sin tu permiso.

Así fue como su alteza el cerdo, tranquilizado por su esposa, se sacó de encima la

piel puerca y hedionda y quedó hecho un joven hermosísimo y agraciado: y pasó toda la noche abrazado en la cama con su Meldina. Y después de ordenarle que no dijese nada de todo aquello, porque faltaba poco tiempo para que saliese de estado tan miserable, se levantó de la cama; y poniéndose su traje porcino, se fue a hurgar en las inmundicias como antes. Dejo que cada uno imagine cuánta y cuál fue la alegría de Meldina al descubrir que estaba casada con un joven tan encantador y gentil.

Poco tiempo después la joven quedó encinta; y cuando llegó el momento del parto dio a luz a un hermosísimo niño. Esto les dio al rey y a la reina una alegría inmensa, sobre todo porque vieron que no tenía forma de animal sino de ser humano. A Meldina le parecía una carga muy pesada tener que ocultarle a la reina algo tan importante y maravilloso; de modo que fue a ver a la suegra y le dijo:

—¡Sapientísima reina! Yo creía que me había unido a una bestia; pero tú me diste por marido el joven más hermoso, más lleno de virtud y más cortés que haya creado la naturaleza. Él, cuando va a la habitación a acostarse conmigo, se saca la corteza hedionda y, dejándola caer al suelo, queda hecho un joven apuesto y lleno de gracia. Cosa que nadie podría creer sino lo viese con sus propios ojos.

La reina creía que su nuera estaba bromeando, mientras que decía la verdad. Le preguntó cómo podía hacer para verlo, y la nuera le respondió:

—Ven esta noche a mi habitación a la hora del primer sueño: encontrarás la puerta abierta y verás que todo lo que te digo es verdad.

Cuando llegó la noche, después de esperar a que todos se fuesen a dormir, la reina mandó encender las antorchas y fue con el rey a la habitación del hijo; y, una vez adentro, encontró la piel porcina tirada en el suelo, y, acercándose a la cama, vio que su hijo era un joven hermosísimo, al que Meldina, su esposa, estrechaba entre sus brazos. Al ver esto, el rey y la reina se alegraron mucho, y el rey ordenó que, antes de que nadie saliese de allí, la piel se rompiera en mil pedazos pequeñísimos; y tanta fue la alegría del rey y de la reina por la transformación de su hijo que poco faltó para que se muriesen. El rey Galeoto, viendo que tenía un hijo tan apuesto y virtuoso, y que éste le había dado nietos, renunció a la corona y al manto real y, en medio de grandes festejos, subió al trono su hijo; el que, a partir de ese momento, con el nombre de Rey Cerdo, gobernó el reino para gran contento de todo el pueblo, y vivió feliz largo tiempo con Meldina, su amadísima esposa.

LA BELLA Y LA BESTIA (BEAUMONT)

Había una vez un comerciante sumamente rico. Tenía seis hijos, tres varones y tres mujeres; y como ese comerciante era un hombre muy inteligente, no reparó en gastos para educarlos y les puso todo tipo de maestros.

Las hijas eran muy hermosas; pero la menor, sobre todo, despertaba admiración, y de pequeña sólo la llamaban la *Bella Niña*; de modo que el nombre le quedó, lo que les dio muchos celos a sus hermanas. Esta joven, que era más hermosa que sus hermanas, también era mejor que ellas. Las dos mayores tenían mucho orgullo porque eran muy ricas; se las daban de damas y no querían recibir las visitas de las otras hijas de comerciantes; sólo aceptaban como compañía a las personas distinguidas. Iban todos los días a bailar, al teatro, a pasear, y se burlaban de su hermana menor, que se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo buenos libros.

Como se sabía que esas jóvenes eran muy ricas, varios comerciantes importantes pidieron su mano; pero las dos mayores respondieron que nunca se casarían a menos que encontrasen un duque o, por lo menos, un conde. La Bella (puesto que ya les he dicho que tal era el nombre de la más joven), la Bella, digo, les dio muy amablemente las gracias a los que querían casarse con ella, pero les dijo que era demasiado joven y que deseaba quedarse junto a su padre algunos años más.

De pronto, el comerciante perdió su fortuna y lo único que le quedó fue una casita de campo muy lejos de la ciudad. Llorando, les dijo a sus hijos que tenían que ir a vivir a esa casa y que, trabajando como campesinos, podrían asegurar su subsistencia. Sus dos hijas mayores respondieron que no querían abandonar la ciudad y que tenían varios pretendientes que estarían muy contentos de casarse con ellas aunque ya no tuviesen fortuna. Las buenas señoritas se equivocaban; una vez pobres, sus pretendientes ya no quisieron mirarlas. Como nadie las quería a causa de su altivez, se decía: «No merecen compasión; nos alegra mucho ver adónde ha ido a parar todo su orgullo; que vayan a dárselas de damas cuidando ovejas». Pero, al mismo tiempo, todos decían: «En cuanto a la Bella, lamentamos mucho su desgracia; ¡es tan buena muchacha! ¡Le hablaba a la gente pobre con tanta bondad, era tan amable, tan correcta!». Incluso hubo varios nobles que quisieron casarse con ella aunque no tuviera un centavo; pero ella les dijo que no podía decidirse a abandonar a su pobre padre en la desgracia y que lo seguiría al campo para consolarlo y ayudarlo a trabajar.

A la pobre Bella la había apenado mucho perder su fortuna; pero se había dicho a sí misma: «Aunque llore, las lágrimas no me devolverán mis bienes; hay que tratar de ser feliz sin fortuna».

Una vez en su casa de campo, el comerciante y sus tres hijos se dedicaron a labrar la tierra. La Bella se levantaba a las cuatro de la mañana y se apresuraba a limpiar la casa y a preparar el almuerzo para la familia. Al principio esto le costaba mucho, porque no estaba acostumbrada a trabajar como una sirvienta; pero al cabo de dos meses se puso más fuerte y el esfuerzo le procuró una salud perfecta. Una vez terminada su tarea, tocaba el clavecín o bien se ponía a cantar mientras hilaba. Sus dos hermanas, por el contrario, se aburrían mortalmente; se levantaban a las diez de

la mañana, se paseaban todo el día y se entretenían añorando sus hermosos vestidos y sus antiguas amistades.

—Miren a nuestra hermana menor —se decían entre ellas—; tiene un alma tan baja y tan estúpida que está contenta con su desdichada situación.

El buen comerciante no pensaba como sus hijas; sabía que la Bella tenía más condiciones para lucirse en sociedad; admiraba la virtud de aquella joven y, sobre todo, su paciencia; dado que sus hermanas, no contentas con dejarle hacer todos los trabajos de la casa, la insultaban todo el tiempo.

Hacía un año que esta familia vivía en la soledad, cuando el comerciante recibió una carta en la que se le informaba de que un barco en el que él tenía mercaderías acababa de llegar a buen puerto. Esta noticia casi les hace perder la cabeza a sus dos hijas mayores, que creyeron que por fin podrían abandonar ese campo en el que se aburrían tanto; y cuando vieron que su padre se disponía a partir, le rogaron que les trajese vestidos, abrigos de piel, sombreros y todo tipo de adornos. La Bella no le pedía nada, ya que pensaba para sí misma que todo el dinero de las mercaderías no bastaría para comprar lo que sus hermanas deseaban.

—¿Tú no me pides que te compre algo? —le dijo el padre.

—Puesto tienes la bondad de pensar en mí —le dijo ella—, te ruego que me traigas una rosa, ya que aquí no hay.

No era que a la Bella le importase una rosa, pero no quería condenar con su ejemplo la conducta de sus hermanas, que hubieran dicho que si no pedía nada era para diferenciarse.

El buen hombre se fue, pero, cuando llegó, le hicieron pleito por sus mercaderías y, después de pasar por muchas dificultades, volvió tan pobre como era antes.

Sólo le quedaban treinta millas por hacer para llegar a su casa y ya se alegraba del gusto que le daría volver a ver a sus hijos; pero como antes había que atravesar un gran bosque, se perdió en él. Nevaba horriblemente; el viento era tan fuerte que dos veces lo tiró abajo del caballo; y cuando anocheció, creyó que se moriría de hambre y de frío o que se lo comerían los lobos, que oía aullar a su alrededor. De repente, vio, al final de un largo sendero entre los árboles, una luz muy fuerte pero que parecía estar muy lejos. Avanzó en esa dirección y vio que la luz salía de un gran palacio que estaba todo iluminado. El comerciante le dio gracias a Dios por el socorro que le enviaba y se apresuró a llegar a aquel castillo; pero le extrañó mucho no encontrar a nadie en el patio. El caballo, que lo seguía, al ver una gran caballeriza abierta entró en ella; y como encontró heno y avena, el pobre animal, que se moría de hambre, se abalanzó sobre ellos con gran avidez. El comerciante lo dejó atado allí y se dirigió a la casa, donde no encontró a nadie; pero al entrar en una gran sala, encontró en ella el fuego encendido y una mesa repleta de manjares en la que sólo había un cubierto.

Como la lluvia y la nieve lo habían calado hasta los huesos, se acercó al fuego para secarse, diciendo para sus adentros: «El dueño de casa, o sus sirvientes, me perdonarán la libertad que me tomo y, sin duda, pronto aparecerán». Esperó

muchísimo tiempo; pero cuando dieron las once, y como no había visto a nadie, no pudo resistir el hambre y, apoderándose de un pollo, se lo comió en dos bocados y temblando. Tomó también unos tragos de vino y, un poco más animado, salió de la sala y pasó por varios grandes aposentos magníficamente amueblados. Finalmente, encontró una habitación en la que había una buena cama; y como ya eran más de las doce de la noche y estaba cansado, decidió cerrar la puerta y acostarse.

Eran las diez de la mañana del día siguiente cuando se despertó, y se sorprendió mucho al encontrar un traje muy limpio en lugar del suyo, que estaba todo estropeado. «Seguramente —se dijo— este palacio le pertenece a algún hada buena que se ha compadecido de mi situación». Miró por la ventana y ya no vio más nieve sino enramadas de flores que deleitaban los ojos.

Volvió a la gran sala donde había cenado el día anterior y vio una mesita en la que había chocolate.

—Le agradezco, señora hada —dijo en voz alta—, que haya tenido la amabilidad de pensar en mi desayuno.

El buen hombre, después de tomarse el chocolate, salió para ir a buscar su caballo; y al pasar debajo de una enramada de rosas, recordó que la Bella le había pedido una y cortó una rama en la que había varias. Al mismo tiempo oyó un gran ruido y vio ir hacia él un monstruo tan horrible que estuvo a punto de desmayarse.

—Eres muy desagradecido —le dijo la Bestia con voz terrible—; te he salvado la vida al recibirte en mi castillo y tú me robas mis rosas, que son lo que más quiero en este mundo. Tienes que morir para reparar esta falta; sólo te doy un cuarto de hora para que le pidas perdón a Dios.

El comerciante se puso de rodillas y le dijo a la Bestia, uniendo las manos:

—Monseñor, perdóname, no creí ofenderte al cortar una rosa para una de mis hijas que me la había pedido.

—No me llamo monseñor —respondió el monstruo—, sino la Bestia. A mí no me gustan los cumplidos; quiero que se me hable con franqueza; así que no creas que me conmoverás con tus lisonjas. Pero tú me has dicho que tienes hijas; acepto perdonarte, con la condición de que una de tus hijas venga voluntariamente a morir en tu lugar. No intentes discutir conmigo, vete; si tus hijas se niegan a morir por ti, júrame que regresarás al cabo de tres meses.

El buen hombre no tenía intenciones de entregarle una de sus hijas a ese horrible monstruo, pero pensó: «Por lo menos tendré el gusto de besarlas una última vez». Así pues, juró que volvería, y la Bestia le dijo que podía partir cuando quisiera.

—Pero —añadió— no quiero que te vayas con las manos vacías. Vuelve a la habitación en la que dormiste, allí encontrarás un gran baúl vacío; puedes poner en él todo lo que quieras, yo mandaré que lo lleven a tu casa.

Tras estas palabras, la Bestia se retiró y el buen hombre dijo para sus adentros: «Aunque deba morir, al menos tendré el consuelo de dejarles pan a mis pobres hijos».

Volvió a la habitación en la que había dormido y, como encontró allí una enorme

cantidad de monedas de oro, llenó el gran baúl del que le había hablado la Bestia, lo cerró, fue a buscar el caballo a la caballeriza y salió de aquel palacio con una tristeza igual a la alegría que había sentido al entrar en él. El caballo tomó por sí solo uno de los caminos del bosque y, en pocas horas, el buen hombre llegó a su humilde casa.

Sus hijos lo rodearon; pero en lugar de conmovirse con sus demostraciones de cariño, el comerciante se echó a llorar, mirándolos. Tenía en la mano la rama de rosas que le llevaba a la Bella; se la dio y le dijo:

—Bella, toma estas rosas, le costarán muy caro a tu desdichado padre.

Y a continuación le contó a su familia la funesta aventura que le había sucedido.

Al oír este relato, las dos hermanas mayores dieron grandes gritos y prorrumpieron en injurias contra la Bella, que no lloraba.

—Miren cuál es el resultado del orgullo de esta mujercita —decían—. ¿Por qué no pidió vestidos y joyas como nosotras? Pero no, la señorita quería destacarse. Va a causar la muerte de nuestro padre y no llora.

—Sería más que inútil —repuso la Bella—. ¿Por qué tendría que llorar la muerte de mi padre? No va a morir. Ya que el monstruo acepta de buena gana a una de sus hijas, deseo entregarme a su furia, y me considero muy feliz porque, muriendo, tendré la alegría de salvar a mi padre y probarle mi cariño.

—No, hermana —le dijeron los tres varones—, no morirás; iremos a buscar a ese monstruo y sucumbiremos a sus golpes si no podemos matarlo.

—No cuenten con eso, hijos míos —les dijo el comerciante—; el poder de la Bestia es tan grande que no hay esperanza alguna de hacerla perecer. Me halaga el buen corazón de la Bella, pero no quiero exponerla a la muerte. Soy viejo, no me queda mucho por vivir; de modo que sólo perderé algunos años de vida, que sólo lamento a causa de ustedes, queridos hijos míos.

—Te aseguro, padre mío —le dijo la Bella—, que no irás a ese palacio sin mí; no puedes impedirme que te siga. Aunque yo sea joven no siento mucho apego por la vida, y prefiero que me devore ese monstruo antes que morirme de la pena que me daría perderte.

Por mucho que los demás dijese, la Bella insistió en ir al hermoso palacio; y sus hermanas estaban encantadas con eso, ya que las virtudes de la menor les habían dado muchos celos.

Al comerciante lo embargaba tanto el dolor de perder a su hija que no pensaba en el baúl que había llenado de oro; pero tan pronto como se encerró en su habitación para acostarse, lo sorprendió mucho encontrarlo junto a su cama. Decidió no decirles a sus hijos que se había vuelto tan rico, porque sus hijas hubieran querido volver a la ciudad y él estaba decidido a morir en el campo; pero le confió su secreto a la Bella, que le dijo que habían llegado algunos caballeros durante su ausencia y que dos de ellos pretendían a sus hermanas. Le rogó a su padre que las casase, porque era tan buena que las quería y les perdonaba de todo corazón el mal que le habían hecho.

Aquellas dos malvadas muchachas se frotaron los ojos con una cebolla para llorar

cuando la Bella se fue con su padre; pero sus hermanos lloraban en serio, igual que el comerciante: la única que no lloraba era la Bella, porque no quería aumentar el dolor que ellos sentían.

El caballo se encaminó hacia el palacio y, al caer la noche, lo divisaron, iluminado como la primera vez. El caballo se fue por sí solo a la caballeriza, y el buen hombre entró con su hija en la gran sala, donde encontraron una mesa magníficamente servida, con dos cubiertos. El comerciante no estaba de ánimo para comer; pero la Bella, esforzándose en parecer tranquila, se sentó a la mesa y le sirvió; luego se dijo a sí misma: «La Bestia me quiere engordar antes de devorarme, dado que me da tan bien de comer».

Una vez que terminaron de cenar oyeron un ruido muy fuerte, y el comerciante se despidió llorando de su pobre hija, porque pensaba que se trataba de la Bestia. La Bella no pudo evitar un estremecimiento al ver aquella horrible figura; pero se tranquilizó lo mejor que pudo; y cuando el monstruo le preguntó si había ido allí voluntariamente, ella, temblando, le dijo que sí.

—Eres muy buena —dijo la Bestia—, y te estoy muy agradecido. Buen hombre, vete mañana por la mañana, y que nunca se te ocurra volver por aquí. Adiós, Bella.

—Adiós, Bestia —contestó ella.

Y el monstruo se retiró de inmediato.

—¡Ah, hija mía! —dijo el comerciante besando a la Bella—, estoy medio muerto de terror. Hazme caso, déjame aquí.

—No, padre mío —le dijo la Bella con firmeza—; te irás mañana por la mañana, y me dejarás librada a la voluntad del Cielo; quizás se apiade de mí.

Fueron a acostarse, creyendo que no dormirían en toda la noche; pero en cuanto se metieron en la cama, se les cerraron los ojos. Mientras dormía, la Bella vio a una dama que le dijo: «Bella, me pone contenta ver que tienes tan buen corazón; la buena acción que haces, dando tu vida para salvar la de tu padre, no quedará sin recompensa». La Bella, al despertarse, le contó el sueño a su padre; y aunque esto lo consoló un poco, no le impidió dar grandes gritos cuando tuvo que separarse de su querida hija.

En cuanto él partió, la Bella se sentó en la gran sala y también se puso a llorar; pero como era muy valiente, se encomendó a Dios y resolvió no apenarse durante el poco tiempo que le quedaba por vivir, ya que creía firmemente que la Bestia se la comería esa noche. A la espera de esto, decidió pasearse y visitar aquel hermoso castillo. No podía dejar de admirar lo hermoso que era; pero la sorprendió mucho encontrar una puerta en la que estaba escrito Aposentos de la Bella. Abrió precipitadamente aquella puerta y la deslumbró la magnificencia que reinaba allí; pero lo que le llamó más la atención fue una gran biblioteca, un clavecín y varias partituras. «No quieren que me aburra», dijo en voz baja. Luego pensó: «Si sólo tuviera que permanecer un día aquí no me hubieran preparado todo esto». Esta idea le dio más ánimo.

Abrió la biblioteca y vio un libro en el que estaba escrita con letras de oro: *Desea, ordena, tú eres aquí reina y ama*. «¡Ay —dijo suspirando—, lo único que deseo es ver de nuevo a mi pobre padre y saber lo que está haciendo ahora!»». Dijo esto para sus adentros. Cuál no habrá sido su sorpresa, al mirar hacia un espejo, cuando vio su casa, a la que su padre acababa de llegar con un semblante sumamente triste; a sus hermanas, que salían a su encuentro; y, a pesar de las muecas que hacían para parecer afligidas, la alegría que tenían por haber perdido a su hermana reflejada en el rostro. Un momento más tarde, todo desapareció y la Bella no pudo dejar de pensar que la Bestia era muy amable y que no tenía nada que temer de ella.

A mediodía halló la mesa puesta y, durante la cena, oyó un excelente concierto, aunque no vio a nadie.

Por la noche, cuando estaba a punto de sentarse a la mesa, oyó el ruido que hacía la Bestia y no pudo evitar un estremecimiento.

—Bella —le dijo el monstruo—, ¿aceptas que te mire mientras cenas?

—Tú eres el amo —repondió la Bella temblando.

—No —respondió la Bestia—; aquí la única ama eres tú: no tienes más que decirme que me vaya, si te molesto, y yo saldré enseguida. Dime, ¿no es cierto que te parezco muy feo?

—Es cierto —dijo la Bella—, dado que yo no sé mentir; pero creo que eres muy bueno.

—Tienes razón —dijo el monstruo—; pero, además de ser feo, no tengo ninguna inteligencia: sé bien que sólo soy una bestia.

—Nadie es tonto —repuso la Bella— si cree que no tiene inteligencia: un tonto nunca sabe eso.

—Vamos, come, Bella —le dijo el monstruo—, y trata de no aburrirte en tu casa; ya que todo es tuyo. Me entristecería que no estuvieses contenta.

—Eres de una gran bondad —dijo la Bella—. Te confieso que me alegra mucho que tengas buen corazón: cuando pienso en eso, no me pareces tan feo.

—¡Ah, caramba, sí! —dijo la Bestia—. Tengo buen corazón, pero soy un monstruo.

—Hay muchos hombres que son más monstruos que tú —dijo la Bella—; y me gustas más tú, con tu cara, que aquéllos que, con cara de hombre, esconden un corazón falso, corrompido e ingrato.

—Si yo fuese inteligente —repuso la Bestia—, te haría un gran cumplido para agradecerte; pero soy estúpido y lo único que puedo decirte es que te doy las gracias.

La Bella cenó con buen apetito. Ya casi no le tenía miedo al monstruo; pero casi se muere del susto cuando éste le dijo:

—Bella, ¿quieres ser mi mujer?

Estuvo un rato sin contestar: tenía miedo de que un rechazo excitara la cólera del monstruo; no obstante, le dijo temblando:

—No, Bestia.

En ese momento, el monstruo quiso suspirar y soltó un silbido tan espantoso que hizo retumbar todo el palacio; pero la Bella se tranquilizó enseguida, porque la Bestia, después de decirle tristemente: «Entonces adiós, Bella», salió de la habitación, volviéndose de cuando en cuando para mirarla una vez más.

La Bella, al verse sola, sintió una gran compasión por aquella pobre Bestia: «¡Ay —decía—, qué lastima que sea tan feo, siendo tan bueno!».

La Bella pasó tres meses en aquel palacio con bastante tranquilidad. Todas las noches la Bestia iba a visitarla y charlaba con ella, durante la cena, de manera bastante sensata, pero nunca con lo que en la buena sociedad se llama ingenio.

Cada día, la Bella le descubría nuevas cualidades a aquel monstruo; el hábito de verlo la había acostumbrado a su fealdad y, lejos de temer el momento de su visita, a menudo miraba la hora en su reloj para ver si faltaba poco para las nueve; ya que la Bestia nunca dejaba de ir a esa hora.

Lo único que afligía a la Bella era que el monstruo, antes de acostarse, siempre le preguntaba si quería ser su mujer, y parecía transido de dolor cuando ella le decía que no. Un día, la Bella le dijo:

—Me das mucha pena, Bestia; querría poder casarme contigo, pero soy demasiado sincera para hacerte creer que eso podrá ocurrir alguna vez; siempre seré tu amiga, trata de conformarte con eso.

—Estoy obligado a hacerlo —repuso la Bestia—; me hago justicia a mí mismo, sé que soy realmente horrible, pero me gustas mucho. Sin embargo, me siento ya muy feliz con que consientas en quedarte aquí; prométeme que nunca me abandonarás.

La Bella se sonrojó al oír estas palabras; en su espejo había visto que su padre estaba enfermo por la pena de haberla perdido, y deseaba volver a verlo.

—Yo bien podría prometerte —le dijo a la Bestia— no abandonarte nunca, pero tengo tantas ganas de ver de nuevo a mi padre que me moriré de dolor si me niegas ese gusto.

—Prefiero morirme yo mismo —dijo el monstruo— antes que apenarte; te enviaré a casa de tu padre, te quedarás allí y tu pobre Bestia se morirá de pena.

—No —le dijo la Bella llorando—, te quiero demasiado para querer causarte la muerte; te prometo que volveré dentro de ocho días. Me hiciste ver que mis hermanas están casadas y que mis hermanos fueron a unirse al ejército; mi padre está solo, te pido que soportes que me quede con él una semana.

—Estarás allí mañana por la mañana —dijo la Bestia—; pero acuérdate de tu promesa. Bastará con que pongas tu anillo en una mesa al acostarte cuando quieras volver. Adiós, Bella.

La Bestia suspiró como solía hacerlo al decir estas palabras, y la Bella se acostó sintiéndose muy triste por haberla entristecido.

Cuando se despertó por la mañana, se encontró en la casa de su padre y, haciendo sonar una campanita que estaba al lado de la cama, vio venir a la sirvienta, que, al verla, dio un fuerte grito. El buen hombre acudió al oír aquel grito, y casi se muere de

alegría al ver a su querida hija; ambos permanecieron abrazados más de un cuarto de hora.

La Bella, después de los primeros arrebatos, pensó que no tenía ropa para levantarse; pero la sirvienta le dijo que acababa de encontrar en la habitación contigua un gran baúl lleno de vestidos recamados de oro y adornados con diamantes. La Bella le agradeció a la bondadosa Bestia sus atenciones; tomó el menos suntuoso de aquellos vestidos y le dijo a la sirvienta que guardase los demás, que pensaba regalar a sus hermanas; pero en cuanto pronunció estas palabras, el baúl desapareció. Su padre le dijo que la Bestia quería que ella se quedase con todo aquello; y de inmediato los vestidos y el baúl volvieron al mismo lugar.

La Bella se vistió y, mientras tanto, fueron a avisarles a sus hermanas, que llegaron con sus maridos.

Ambas eran muy desdichadas. La mayor se había casado con un joven noble tan hermoso como el Amor mismo; pero él estaba tan enamorado de su propia cara que sólo se ocupaba de eso día y noche y despreciaba la belleza de su mujer. La segunda se había casado con un hombre de gran inteligencia; pero él sólo la usaba para hacer rabiar a todo el mundo, empezando por su mujer.

Las hermanas de la Bella casi se mueren de dolor cuando la vieron vestida como una princesa y de una belleza más radiante que el día. Por más muestras de cariño que les dio, la Bella no pudo vencer sus celos, que aumentaron mucho cuando les contó lo feliz que era.

Aquellas dos envidiosas bajaron al jardín para llorar a sus anchas; y se decían una a otra: «¿Por qué esta mujercita es más feliz que nosotras? ¿Acaso no tenemos más encantos que ella?».

—Hermana mía —dijo la mayor—, se me ocurre una idea: tratemos de retenerla aquí más de ocho días. Su tonta Bestia se pondrá furiosa porque ella faltó a su palabra y quizás la devore.

—Tienes razón, hermana mía —respondió la otra—. Para eso hay que tratarla muy bien.

Y, tomada esta resolución, volvieron a subir y le mostraron tanto cariño a su hermana que la Bella se puso a llorar de alegría. Una vez pasados los ocho días, las hermanas se arrancaron los cabellos y se hicieron tanto las afligidas por su partida que ella prometió que se quedaría ocho días más.

Sin embargo, la Bella se reprochaba a sí misma la pena que le causaría a su pobre Bestia, a la que quería de todo corazón; y la extrañaba mucho. La décima noche que pasó en casa de su padre, soñó que estaba en el jardín del palacio y que veía a la Bestia que, tumbada en la hierba y a punto de morir, le reprochaba su ingratitud. La Bella se despertó sobresaltada y se echó a llorar. «¿No soy muy mala, acaso —se decía—, para apenar a una Bestia que es tan amable conmigo? ¿Es culpa suya si es fea y tan poco inteligente? Es buena, eso es más valioso que todo lo demás. ¿Por qué no quise casarme con ella? No son ni la apostura ni la inteligencia de un marido lo

que contenta a una mujer: es la bondad de carácter, la virtud, la amabilidad; y la Bestia tiene todas esas buenas cualidades. Vamos, no hay que hacerla infeliz; toda mi vida me reprocharía esa ingratitud». Dichas estas palabras, la Bella se levantó, puso el anillo en la mesa y volvió a acostarse. En cuanto estuvo en la cama se quedó dormida; y cuando se despertó por la mañana, vio con alegría que estaba en el palacio de la Bestia. Se vistió espléndidamente para agradarle, y se aburrió mortalmente todo el día esperando a que llegaran las nueve de la noche; pero, por más que el reloj sonase, la Bestia no apareció.

La Bella, entonces, temió haberle causado la muerte. Corrió por todo el palacio dando grandes gritos; estaba desesperada. Después de buscar por todas partes, recordó su sueño y corrió por el jardín hacia el canal, donde la había visto durmiendo. Encontró a la pobre Bestia tendida, sin conocimiento, y creyó que estaba muerta. Se arrojó sobre su cuerpo sin que su apariencia le diese horror y, sintiendo que aún le latía el corazón, sacó agua del canal y se la echó en la cara. La Bestia abrió los ojos y le dijo a la Bella:

—Olvidaste tu promesa; la pena de haberte perdido me decidió a dejarme morir de hambre; pero muero contento, dado que tengo el placer de volver a verte una vez más.

—No, querida Bestia mía, no morirás —le dijo la Bella—, vivirás para ser mi esposo: ya mismo te doy mi mano y juro que seré tuya y de nadie más. ¡Ay!, creía que sólo sentía amistad por ti; pero el dolor que siento me demuestra que no podría vivir sin verte.

En cuanto la Bella hubo pronunciado estas palabras, vio el castillo refulgente de luces; los fuegos artificiales, la música, todo le anunciaba una fiesta; pero todas aquellas bellezas no retuvieron su mirada: se volvió hacia su querida Bestia, cuyo peligroso estado la hacía temblar. ¡Cuál no fue su sorpresa! La Bestia había desaparecido, y lo único que vio a sus pies fue a un príncipe más hermoso que el Amor mismo, que le agradecía que hubiese puesto fin a su hechizo.

Aunque ese príncipe mereciese toda su atención, no pudo dejar de preguntarle dónde estaba la Bestia.

—Puedes verla a tus pies —le dijo el príncipe—. Un hada mala me condenó a conservar esa apariencia hasta que una bella muchacha consintiese en casarse conmigo, y me prohibió que dejase ver mi inteligencia. De modo tal que sólo tú en el mundo eras lo bastante buena como para dejarte conmovir por la bondad de mi carácter; y la corona que te ofrezco es poco para agradecerte todo lo que te debo.

La Bella, agradablemente sorprendida, le dio la mano a aquel apuesto príncipe para que se levantara. Fueron juntos al castillo y la Bella casi se muere de alegría al encontrar en la gran sala a su padre y a toda su familia, a los que la bella dama que se le había aparecido en sueños había transportado al castillo.

—Bella —le dijo esa dama, que era un hada poderosa—, ven a recibir la recompensa por la buena elección que has hecho: has preferido la virtud a la belleza y

a la inteligencia, mereces encontrar todas estas cualidades reunidas en una misma persona. Vas a convertirte en una gran reina: espero que el trono no destruya tus virtudes. En cuanto a ustedes, señoritas —les dijo el hada a las dos hermanas de la Bella—, conozco su corazón y toda la maldad que hay en él. Se convertirán en dos estatuas, pero conservarán toda la razón debajo de la piedra que las envuelva. Permanecerán a la puerta del palacio de su hermana, y no les impongo otra pena que la de ser testigos de su felicidad. Sólo podrán volver a su estado anterior en el momento en que reconozcan sus faltas; pero mucho me temo que siempre sigan siendo estatuas. Es posible enmendarse cuando se tiene orgullo, cólera, glotonería o pereza: pero la conversión de un corazón malvado y envidioso es una especie de milagro.

En ese mismo momento, el hada dio un golpe con su varita mágica y trasladó a todos los que estaban en la sala al reino del príncipe. Sus súbditos lo vieron con alegría y se casó con la Bella, que vivió con él mucho tiempo y gozó de una felicidad perfecta, porque era una felicidad basada en la virtud.

CRONOLOGÍA

- 1685.** Nace en París Gabrielle-Suzanne Barbot, hija de un abogado de La Rochelle.
- 1706.** Se casa con el militar Jean-Baptiste Gaallon de Villeneuve. Seis meses más tarde, obtiene la separación de bienes por la mala conducta y la gran cantidad de deudas de su esposo.
- 1708.** Nace su hija Marie-Louise-Suzanne.
- 1711.** Muere su marido. Queda viuda a los veintiséis años.
- 1728.** Después de muchos procesos, termina perdiendo la herencia de su marido, y se dedica a escribir para ganarse la vida.
- 1730.** Conoce al novelista y dramaturgo Claude-Prosper Jolyot de Crébillon, conocido como Crébillon fils, con quien vivirá en concubinato.
- 1734.** Publica su primer relato: *El Fénix conyugal*.
- 1739.** Publica la novela histórica *Gaston de Foix*.
- 1740.** Publica *La joven americana o los cuentos marinos*, obra en la que se encuentra *La Bella y la Bestia*.
- 1753.** Publica la novela *La jardinera de Vincennes*.
- 1755.** Muerte en París de Gabrielle de Villeneuve.
- 1757.** Jeanne-Marie Leprince de Beaumont escribe el cuento *La Bella y la Bestia*.
- 1899.** El estudio Pathé Frères filma por primera vez *La Bella y la Bestia*.
- 1946.** Jean Cocteau filma *La Bella y la Bestia*, con Jean Marais y Josette Day en el papel de los protagonistas.
- 1994.** Se estrena la ópera de Philip Glass *La Bella y la Bestia*, segunda parte de una trilogía operística en homenaje a Jean Cocteau.



GABRIELLE-SUZANNE BARBOT DE VILLENEUVE (La Rochelle, 1695 - París, 1755). Fue una escritora francesa influenciada por Madame d'Aulnoy, Charles Perrault, y varios escritores Preciosistas.

Nació en La Rochelle, Francia en 1695. Ella es conocida por *La Jardinera de Vincennes* (*La Jardinière de Vincennes*), escrito en 1767, pero sobre todo por su novela *La Bella y la Bestia* (*La Belle et la Bête*), que es la variante más antigua conocida del famoso cuento de hadas. Publicada por primera vez en *El Joven Americano y los Cuentos Marinos* (*La Jeune Américaine et les contes marins*), es de más de un centenar de páginas, que contienen muchos argumentos secundarios, y que implican una verdadera bestia salvaje, es decir, a un «estúpido», o sea, una Bestia que no sólo cambia de apariencia. Su larga versión fue abreviada, reescrita y publicada por Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, para producir la versión más comúnmente relatada. Falleció en París el 29 de diciembre de 1755.



LUCIO APULEYO (Madaura, 123 - En torno a 180). Fue un retórico y escritor romano, nacido en Madaura, cerca de la actual Argel, hacia el 125 y muerto hacia el 180. Criticó las costumbres de su tiempo en la famosa sátira *Las metamorfosis* también conocida como *El asno de oro*. Sus obras de contenido más filosófico son: *De deo Socratis* (sobre la esencia del demonio socrático), *De Platone et eius dogmate* (extractos de algunos diálogos de Platón sobre ética y física) y *De mundo*. En su pensamiento sigue las orientaciones del neopitagorismo, interpretándolo más en sentido religioso que estrictamente filosófico.

Después de estudiar y vivir en Cartago, Atenas y Roma, adquiriendo una notable formación oratoria y filosófica, volvió al norte de África, donde desempeñó altos cargos religiosos. De las muchas obras que escribió se han conservado las siguientes: la *Flórida*, una selección de su actividad oratoria; la *Apología*, en que se defiende de la acusación de mago; dos escritos filosóficos, *Sobre Platón y su doctrina* y *Sobre el dios de Sócrates*.



GIOVANNI FRANCESCO STRAPAROLA DA CARAVAGGIO (Caravaggio, Lombardía, hacia 1480 - Con posterioridad a 1557). Fue un escritor italiano del Renacimiento.

Nacido al parecer en Caravaggio, una localidad al sur de Bérgamo, de su vida se conoce muy poco, tanto que incluso se ha sospechado que su nombre puede ser el seudónimo de alguna persona perteneciente al círculo de Ottaviano María Sforza, obispo de Lodi, en cuya residencia de Murano, cerca de Venecia, se desarrolla la acción de sus *novelle*. En 1508 apareció en Venecia una colección suya de poesía amorosa: *L'Opera nova de Zoan Francesco Straparola*.

Recogió sus *novelle* en una colección bajo el título de *Le piacevoli notti*, (Las Noches Agradables) que apareció en Venecia en dos partes (1550 y 1553), la segunda escrita ante el éxito que tuvo la anterior. Los folcloristas han experimentado un gran interés por esta colección y las fuentes populares de algunos de sus cuentos, como *La bambola Poavola*, *La foresta d'agli*, *Giovannin cercò la morte*, *Il rubino meraviglioso*, *L'augel belverde*, *Pietropazzo*, *La gatta*, *Re Porco*, *L'uomo selvático*, *Brancaleone*, *La bella prigioniera*, *Il ladro matricolato*, etcétera.



JEANNE-MARIE LEPRINCE DE BEAUMONT (Ruan, 26 de abril de 1711 - Chavanod, 8 de septiembre de 1780). Fue una escritora francesa, famosa por ser autora de la versión más difundida del cuento de La bella y la bestia.

Trabajó como institutriz en la corte de Lorena donde desempeñó funciones de dama de compañía y de profesora de música, hasta que se casa con M. Beaumont. Comenzó a escribir desde muy joven, tras separarse de su marido (su matrimonio con Beaumont sería anulado), viajó a Londres donde fundó un periódico para jóvenes donde se trataban temas literarios y científicos y una escuela para niños. Escribió más de setenta libros: el primero fue una novela, *El triunfo de la verdad* (publicada en 1748), aunque se hizo célebre principalmente por sus libros de cuentos. En uno de ellos, *El almacén de los niños* (publicado en 1757) aparece su versión sobre La bella y la bestia. Se casó de nuevo y tuvo seis hijos. Regresó a Francia en 1776, concretamente a Saboya, donde pasó los últimos años de su vida.

NOTAS

[1] Este breve prefacio proviene del primero de los dos volúmenes de los *Contes de Madame de Villeneuve*, publicados en La Haya en 1745. <<

[2] Célebre feria parisina que dependía de la abadía benedictina de Saint-Germain des Prés, cuya existencia está atestiguada desde el reinado de Felipe Augusto, a comienzos del siglo XIII. Estaba situada en el lugar que hoy ocupa el Mercado de Saint-Germain, en el actual sexto distrito de París. Fue uno de los lugares más populares de París hasta la Revolución Francesa. <<

[3] Los orígenes de la *Comédie Italienne* se remontan a 1600, año en que se estableció la primera *troupe* de actores italianos. Su éxito fue inmenso durante todo el siglo XVII, llegando a competir con el mismo Molière. Después de la Revolución, en 1801, el elenco de la Comedia Italiana se fundió en la recién creada Ópera Cómica. <<

[4] Los jenízaros constituían un poderoso cuerpo de élite en el ejército otomano. Se trataba, en su origen, de esclavos cristianos adolescentes provenientes de países conquistados y educados de modo severísimo en Constantinopla, lejos de sus familias. La última revuelta había ocurrido en 1648, lo que nos permite fechar el relato, que la autora sitúa en pleno siglo XVII, durante la Fronda. <<

[5] *Plus bêtes que la Bête*; en francés, *bête* quiere decir tanto tonto como bestia. <<

[6] La autora usa a menudo, hasta el final del relato, esta palabra, sinónimo de ángel en el lenguaje teológico, para designar a las hadas. <<

[7] La madre del príncipe, no la de la Bella. <<